

Soy Jesús, ¿me conoces?



**José Gea
Escolano**

SOY JESÚS, ¿ME CONOCES?

JOSÉ GEA ESCOLANO

Editorial Letras Digitales

Colección Cruz Verde

Soy Jesús, ¿me conoces?

© José Gea Escolano, 2016

Primera edición: febrero de 2016

Coordinación editorial: Rafael Manuel Barbudo González

Editorial Letras Digitales

Colección Cruz Verde

Volumen 10

C/Zigia, 12-3ªA. 28027 Madrid

manuel@letrasdigitales.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	8
CAPÍTULO I: CÓMO ERA JESÚS.....	14
JESÚS NIÑO.....	14
JESÚS JOVEN.....	26
JESÚS ADULTO.....	39
I. CUALIDADES.....	43
SEÑORÍO.....	43
SEGURIDAD.....	47
LIBERTAD.....	49
INTEGRIDAD.....	53
VERACIDAD.....	58
FIRMEZA.....	61
CERCANÍA Y SOLEDAD.....	63
II. CÓMO DESARROLLA ESAS CUALIDADES ...	65

SENCILLEZ.....	65
SIMPATÍA.....	67
III. EXIGENCIA.....	73
CAPÍTULO II: JESÚS, EL HIJO DE DIOS.....	78
UN INTERROGANTE ABIERTO.....	82
JESÚS, CENTRO.....	88
EL HIJO DEL HOMBRE.....	91
EL HIJO DE DIOS.....	94
VISIÓN DE FE.....	98
QUERER VER.....	101
COMPROMETIDOS CON EL HIJO DE DIOS.....	106
CAPÍTULO III: JESÚS Y EL PADRE.....	113
NOS REVELA AL PADRE.....	113
ENVIADO DEL PADRE.....	120
OBEDIENTE AL PADRE.....	123

CAPÍTULO IV: SU OBRA	133
I- ENCARNACIÓN.....	133
VIVE LA AMISTAD.....	148
II- PASIÓN Y MUERTE.....	154
UNIDAD DE VIDA Y PASIÓN.....	155
III- RESURRECCIÓN.....	168
EXIGENCIA DE AMISTAD.....	177
CAPÍTULO V: MORAL CRISTIANA	183
DOCTRINA Y MORAL.....	183
LAS BIENAVENTURANZAS.....	194
MORAL DE FRATERNIDAD.....	199
FRATERNIDAD Y SERVICIO.....	204
COMUNIÓN.....	210
MORAL DE CORAZONES NUEVOS.....	222
CAPÍTULO VI: CRISTO Y TÚ	229
I- TU ENCUENTRO CON CRISTO.....	229
II- COMPROMISO Y ORACIÓN.....	241

ORACIÓN Y AMISTAD	250
III- DE CARA AL FUTURO.....	258
CONCLUSIÓN	269
ANEXOS: FICHAS CATEQUETICAS.....	271

INTRODUCCIÓN

No hace mucho escribí un libro, “*Me comprometí con Cristo*”, con una serie de consideraciones a los confirmados, en que les hablaba de distintos puntos fundamentales de la vida cristiana. Algunos amigos me han pedido que ampliara en un nuevo libro lo que en aquél decía sobre Jesucristo; ésa es mi intención, querido lector, al escribir este libro que tienes en tus manos. He leído algunos libros sobre Jesús. Me ha gustado especialmente la obra de Karl Adam, “*Jesús Christus*”, de la que he tomado algunas ideas. Otras las he sacado de algunas notas que tengo y que, tomadas no sé de dónde, me han servido para charlas y diálogos sobre Jesucristo. Pero, sobre todo, he reflexionado bastante; y he orado también.

No me ha resultado fácil escribirlo. Jesucristo rompe todos nuestros esquemas mentales; no es un personaje que se estudia, sino Alguien en quien está la

plenitud de la divinidad y con quien se van trabando lazos de amistad a medida que uno se va compenetrando con Él. Pedirle a una madre que describa el amor que le tiene al hijo es pedirle algo que sólo puede expresarse desde la vida; y la vida sólo puede comprenderse viviéndola.

Lo que voy a decirte de Jesucristo va a reflejar muy pobremente lo que yo siento por Él. Jesús es alguien con quien vivo y a quien vivo. Es como el horizonte de mi vida: en Él encuentra sentido mi vivir: le veo junto a mí, envolviéndome con su presencia cariñosa y dándoseme totalmente como amigo. Le veo, sí, le veo. Y le veo junto al mar, bajo las estrellas, en la vida, en el niño y en el anciano, en el rico y en el pobre, en el santo y en el hombre sin entrañas; lo veo también en mí, a pesar de que mi amistad con Él no es lo limpia que debiera ser.

Lo cierto es que, a pesar de ese puesto crucial que debe ocupar Cristo en la vida de todo creyente, hablamos poco de Él, menos que de la Iglesia, de las estructuras, del sexo, de la justicia, de la lucha en favor de los pobres... Recuerdo, a este propósito, que, haciendo la visita pastoral, al reunirme con los jóvenes e invitar-

les a que me hiciesen preguntas sobre cuestiones que les pudiesen interesar, después de haberme hecho ya varias preguntas sobre todos esos temas que interesan a los jóvenes, me dice una chica: “¿No le parece, señor obispo, que debiéramos hablar más de Jesucristo?”. *“Tienes más razón que un santo, le contesté”*.

Y es que el cristianismo es Cristo; y, sin llegar a una compenetración con Él por la amistad, es imposible comprender las razones de la moral y del actuar cristiano. Las motivaciones del comportamiento cristiano no están fundadas en una pura racionalidad, sino en la fidelidad a una amistad con Jesucristo. Hay que vivirla para comprender el cristianismo. Si no se vive, al tratar de actuar con criterios cristianos se desfonda uno porque ve que le faltan las fuerzas, fuerzas que sólo nos pueden venir de nuestra amistad con Él.

Jesús está incluso más allá del ideal de hombre perfecto que nos podamos imaginar, y no me refiero sólo al ideal de una vida moral sin tacha, me refiero también al ideal de hombre. Por eso su persona tiene un encanto especial. Hasta los no cristianos no han podido desentenderse de Jesús.

He sido testigo muchas veces de cómo cuando los jóvenes se encuentran con Jesús y lo toman en serio vibran de manera especial. Y es que tienen por delante todo un futuro que quieren construir. La figura de Jesús les atrae y les cautiva. Se les ve con la mirada limpia y el corazón generoso. Encuentran en Él el sentido de sus vidas y se lanzan a la aventura de construir con Él un mundo nuevo. Muchos jóvenes que son críticos con la Iglesia no lo son con Jesús; al contrario, ven en Él el ideal de sus vidas y acuden a Él como realidad viviente y liberadora.

En este libro no voy a tratar de probarte nada ni de convencerte de nada; ni menos, a intentar comerte el coco, según decís los jóvenes. Sencillamente, sólo voy a tratar de expresarte mi fe en Jesús, tal como lo veo y tal como trato de vivir mi amistad con Él.

Desde luego, yo veo en Jesús a mi gran amigo, al mismo tiempo que amigo de todos los hombres. Te ruego que no veas en este libro más que al amigo que habla del amigo, y que te dice que es tan feliz con esta amistad, y que te invita, en nombre del amigo, a participar en ella.

Podrías imaginarte la siguiente escena: un buen día suena el teléfono y te dicen: es para ti.

—¿Quién?

—Jesús.

—¿Qué Jesús?

—El de Nazaret.

Esto te desconcierta un poco y sigues preguntando:

—¿Qué quieres?

—Charlar un rato contigo. Desearía que me conocieses un poco más. Ciertamente me conoces, pero no sé si suficientemente. Quisiera decirte quién soy, cómo soy, contarte el sentido y la razón de mi vida, ponerme a tu disposición, decirte que puedes contar conmigo siempre. Porque quizá andas buscando sin acabar de encontrar. Y es posible que, sin saberlo, me estés buscando a mí. Por eso te llamo.

—Bien, pues adelante. Vamos a hablar sin prisas.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo. Tengo el día libre.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y mañana es hoy, cuando tienes este libro en tus manos.

Por tanto, no sé si definir estas páginas como un libro de oración o un libro de catequesis. Ciertamente es un libro en el que he puesto un gran cariño a Jesús y lo he escrito con una gran simpatía hacia los jóvenes — también hacia los jóvenes de setenta años— que vais caminando por la vida buscando una razón para vivir, un norte hacia el que dirigir vuestros pasos.

Sería maravilloso que, al final del libro, puesto que lo que en él pretendo decirte es que en Jesús tienes un amigo, le dijese tú, de corazón y de verdad: “*Jesús, aquí tienes otro amigo dispuesto a llegar hasta donde sea*”.

He añadido un apéndice con unos guiones o fichas que puedan servir para dialogar en grupo sobre los temas tratados en los distintos capítulos. Se trata de abrir pistas de reflexión para que el conocimiento de Jesucristo no se quede en pura teoría, sino que sea un primer paso hacia una estrecha y gozosa amistad entre Él y los jóvenes.

CAPÍTULO I: CÓMO ERA JESÚS

JESÚS NIÑO

Para comprender a cualquier hombre hay que tener en cuenta su niñez. Es ésta una etapa de la vida que tiene una influencia decisiva en la formación de la persona. En esta etapa entran en juego una serie de factores que van configurando la personalidad del hombre del futuro. El ambiente familiar, los amigos, el centro educativo, los problemas vividos, van modelando y construyendo al hombre.

En Jesús no sucede así. Su personalidad no se va configurando por las influencias positivas o negativas de unos y de otros. Su personalidad no está nunca a merced del ambiente o de las circunstancias que rodean su vida; su personalidad es divina y no depende de los avatares de la vida que transcurre a su lado. Al contrario, es Él quien va imprimiendo un nuevo ritmo a la vida que hay junto a Él.

Esto no obsta para que los acontecimientos que vive le vayan dando una experiencia humana que, asumida por Él, tenga una línea de coherencia en sus futuras actuaciones. En el niño y en el adulto encontramos al mismo Jesús perfecto.

Su vida de niño no predetermina ni condiciona su vida de adulto en el sentido de que durante su niñez haya recibido criterios que condicionasen la formación de sus propios criterios. Su personalidad no es condicionada por nadie, aunque sus reacciones fueron de niño durante su niñez y de adulto cuando mayor. En ninguna etapa de su vida dependió, en sus decisiones, de lo que veía u oía.

Tampoco nos podemos imaginar a un Jesús niño como un Jesús adulto disfrazado de niño. Fue, desde el principio hasta el final de su niñez, un niño-niño, pensando, hablando y actuando como niño. Si asumió lo humano, excepto el pecado, asumió nuestra propia manera de ser niños. No fue un adulto en pequeño; sí un niño perfecto; y la perfección del niño no consiste en la imitación del adulto. Asumió el ser niño como los niños, con todo el candor y la ingenuidad que los niños tienen. Quiso vivir la experiencia maravillosa que lleva consigo el mundo de la niñez.

Las experiencias vividas durante esta primera etapa de su vida se irán volcando en etapas posteriores. Y desde luego que una de sus experiencias más positivas durante el período de su infancia sería ver cómo los niños aceptaban lo que se les hablaba de Dios. Y Él les hablaba de Dios, de niño a niño. Y les hablaba como hablan los niños. En este clima en que cada niño expresa lo que siente y lleva dentro, Jesús expresaría con toda naturalidad lo que llevaba dentro y que siempre expresó: su inmenso cariño a Dios su Padre.

Quienes hemos actuado en catequesis somos testigos de cómo acogen los niños el mensaje que se les propone. No hay predisposiciones negativas ni condicionamientos. La palabra de Jesús dirigida a los niños —la misma de siempre, pero salida de labios de niño— caía en campo abonado por la inocencia y sencillez; no había deformaciones que impidiesen o que dificultasen que diese fruto.

Las dificultades vendrían de los mayores. Indudablemente, algunos, al comentar con sus padres las conversaciones tenidas con Jesús, se encontrarían con la oposición de los mismos a lo que su amigo Jesús decía. La semilla de la palabra quedaba estéril en sus

corazones. Lo mismo sucede en algunos de nuestros colegios y de nuestras catequesis. Ahí empezaría a dolerle: un mundo de candor y de sencillez abierto a Dios y enturbiado en su transparencia por unos y por otros.

Algo de esto podemos entrever en algunas de sus frases en su predicación posterior: habla de hacerse pequeños como este niño para entrar en el Reino de los Cielos (Mt. 18, 3-4); de que hay que recibir como un niño el Reino de Dios (Mc. 10, 15); de que quien acoge a un niño como éste en mi nombre a mí me acoge (Mt. 18, 5). Y qué fuerte suena su frase: *“Quien escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar”* (Lc. 17, 2).

Cuando, ya adulto, se presenta en la sinagoga de Nazaret (Lc. 4, 16 y sig.), es posible que reconociese en algunos de sus paisanos que no creían en Él y que intentaron arrojarle por un precipicio, a algunos de los amigos de la infancia abiertos antes a su palabra de niño y cerrados ahora a su palabra —la misma— de adulto. Muy dentro del alma llevaría el hecho de que, después de treinta años de vivir en Nazaret, no hubiese allí nadie que creyese en Él. Diría que nadie es profeta

en su tierra. ¿Qué pasó? Lo mismo que pasó después en su predicación: la doctrina y la ley eran interpretadas indebidamente y tergiversadas. Por eso dice que se compadecía de la gente, a quienes veía como ovejas sin pastor. En su mente aparecería el recuerdo de aquellos niños amigos de Nazaret; ellos sí le hacían caso cuando les hablaba de Dios, aunque después alguien quitase de sus almas esa semilla que Él había sembrado en sus corazones hablando con ellos de niño a niño.

Después de esta introducción, ¿quieres que, dando rienda suelta a la imaginación, te exponga mis impresiones de Jesús niño? Me lo quiero imaginar moreno, con unos extraordinarios ojazos negros, transparentes, limpios; con la mirada brillante de la inocencia reflejando la ternura de Dios.

Me lo quiero imaginar riéndose a carcajadas y recibiendo los besos fuertes y sonoros de sus padres, ese abrazo casi asfixiante, con forcejeos inútiles por desprenderse de sus brazos y correteando después, contento y un poquillo alocado, libre ya de esa demostración amorosa y tierna de sus padres.

Me lo quiero imaginar acercándose pausadamente hacia ellos y lloriqueando, restregándose con el

dorso de la mano los ojos llenos de lágrimas porque se había hecho daño jugando en la calle con sus amigos; o corriendo hacia ellos y riendo con una simpatía extraordinaria para contarles las peripecias vividas con sus compañeros.

Me lo quiero imaginar jugando con sus amigos a tirar la piedra más lejos, sabiendo ganar y sabiendo perder; charlando con ellos de su mundo infantil, con interpretaciones sencillas de todo lo que veían que ocurría a su lado, y representando en sus juegos cosas que veían hacer a los mayores. Él alude a uno de estos juegos cuando mayor habla de los niños jugando en la plaza: unos, haciendo sonar las flautas con sones tristes o alegres, y otros, simulando pena o alegría, según el aire de la música, algo así como jugar a bodas y a entierros (Mt. 11, 16).

Me lo quiero imaginar cuando el grupo o pandillita con quienes iba había hecho alguna trastada. Es posible que le hiciesen a Él responsable, o porque nadie se atreviese a dar la cara o porque alguien le acusase falsamente. Seguro que daría la cara por cosas que no había hecho y sufriría las consecuencias de asumir la responsabilidad por no delatar a sus amigos. Me gusta-

ría ver su reacción ante una falsa acusación: iba a ser lo suyo de mayor. Y me gustaría ver su primer encuentro con el falso acusador. ¿Se lo echaría en cara? ¿Se lo diría con el silencio sobre lo ocurrido, como diciendo aquí no ha pasado nada? ¿Con algún gesto que le manifestara que aquello no había estado bien? No sé. Porque sí, por una parte, Jesús no se callaba con facilidad, su estilo al perdonar fue el olvido del pecado. Lo que sí sé cierto es que no rompería la amistad con nadie.

Me lo quiero imaginar hablando de Dios con sus amigos. Todo hombre, de pequeño, tiene como una inclinación hacia lo que será su vida futura; y Él ha venido precisamente a hablarnos de Dios. Y como el ambiente en que se movían grandes y pequeños era la ley y los profetas, me lo imagino interpretando, con estilo muy propio, los pasajes de los libros sagrados que les explicaban, hablando de Dios como niño, pero en la misma línea en que, de mayor, hablaría de su Padre.

Pero Él no era un niño que admitiese las desviaciones que podían darse en la interpretación de la ley como no pudo admitirlas en su vida pública. De ahí que, ya desde niño, algunos le tacharían de rebelde en materia religiosa. Indudablemente, manifestaría a sus

compañeros su propia interpretación. Indudablemente también, algunos padres de sus amigos, disconformes con los comentarios que Jesús hacía con sus hijos, se lo reprocharían sin dejar de advertir a San José y a la Virgen para que vigilasen de cerca a su hijo porque decía cosas muy extrañas a los suyos: habría que tener mucho cuidado con Él y estar muy al tanto para que no se desviase; además, tenía mucho ascendiente sobre los niños y, con esas ideas raras, resultaba muy peligroso para la fe de sus hijos.

Me lo quiero imaginar explicando a sus padres lo que había pasado, como también, dando las explicaciones pertinentes a los padres de sus amigos cuando intentaban corregir sus “desviaciones”. Indudablemente, algunos padres prohibirían a sus hijos que fuesen con Él; su amistad no era conveniente para sus hijos; sus opiniones eran peligrosas para la fe de los mismos: las mismas acusaciones que se repetirían cuando mayor, con motivo de su predicación. Seguro que esto empezó ya desde niño.

Y, desde luego, me quiero imaginar a la Virgen y a San José saliendo en defensa de su hijo ante estas acusaciones de desvío y hablando de mayor a mayor.

Algunos les tacharían también de desviarse del verdadero camino al consentir a su hijo actitudes que no estaban conformes con lo que decían los maestros de la Ley. Ha sido lo habitual en la vida de los grandes hombres de Dios.

Por último, me lo quiero imaginar orando. Pero ¿cómo? ¿Como niño o como adulto? ¿Oraría haciendo una trampita y, en sus momentos de oración a solas, la haría como un adulto? Desde luego que no. Repito que no era un adulto disfrazado de niño; oraba como niño, pero ¿es que la oración de un niño tiene menos contenido que la oración de un adulto? Todo su ser de niño entraba en diálogo con el Padre, expresando los mismos sentimientos que el adulto: la alabanza, la acción de gracias y la petición están lo mismo en el corazón de un niño que en el de un adulto. Él la haría con la profundidad divina y con la sencillez de un niño. También la oración de los niños ha sido asumida por Jesús.

En fin, esto es lo que se me ha ocurrido decirte sobre Jesús niño. Le he dado un poco de rienda suelta a mi imaginación. No he hecho más que traducir al mundo de la niñez el aire y el estilo del Jesús adulto. Los evangelistas no nos dan datos concretos de esta etapa

y, puesto que la historia guarda un total y absoluto silencio, el único camino para desvelar el misterio de su niñez es la imaginación. Por eso me lo he querido imaginar un niño muy normal, noble, sin malicia, sincero, simpático, juguetón, con una vida orientada a la misión que el Padre le había confiado y rezumando bondad e integridad por todas partes.

Los evangelistas no intentan transmitirnos ni su biografía ni su psicología, sino su mensaje y el hecho redentor. Si su pretensión hubiese sido escribir su biografía, nos hubiesen dicho muchas otras cosas. Sin embargo, su biografía sería distinta de la de cualquier otro personaje biografiado. La biografía de cualquier personaje, grande o pequeño, nos muestra una vida en continua evolución y perfeccionamiento; mientras que, en Jesús, su vida es plenitud desde el principio y su biografía vendría a consistir en diversas manifestaciones de esa plenitud. De todos modos, a mí me hubiera gustado que nos diesen más datos; supongo que a ti también.

Hay, sin embargo, un pasaje que nos presenta el Evangelio, cuando, a los doce años, se queda en el templo y sus padres le encuentran al tercer día, escu-

chando a los doctores y haciéndoles preguntas. Yo me lo imagino como a uno de esos chavales con quienes me encuentro en las visitas que hago a las escuelas o a las parroquias y que me hacen preguntas y a quienes pregunto también algunas cosas. A veces te encuentras con alguno que te llama la atención por lo acertado de las preguntas y de las respuestas.

Algo así, a mi modo de ver, ocurriría con Jesús: fue con sus padres en una peregrinación al templo y acude al lugar donde los doctores interpretan la ley: es lo suyo. Su caso es como el de un niño a quien le gusta mucho la mecánica y, al pasar por cualquier taller, se queda encandilado viendo cómo están montando o desmontando cualquier aparato; no se fija en nada más; está embelesado y para él no corre el tiempo. Y en el templo está Jesús horas y horas en el lugar donde se explica la ley.

Con un desparpajo impresionante haría sus preguntas a los doctores, y cuando sus respuestas no fuesen muy convincentes insistiría, como suele hacer cualquier muchacho. Quizá los doctores, para salir de apuros, le harían también alguna pregunta a la que indudablemente respondería con una facilidad y clari-

videncia impresionantes, sin aires de intelectualidad, pero con esa sabiduría y con esa lógica propia de los sencillos, como haría después cuando adulto. Es lógico que llamase la atención y que todos se admirasen de sus preguntas y de sus respuestas, como nos dice el Evangelio.

Mientras Él seguía cautivado por la ley que se estaba explicando, los demás peregrinos irían desfilando entre la muchedumbre y se organizaría la vuelta a Nazaret. Al tercer día sus padres le encuentran donde era lógico que estuviese: en el centro de la enseñanza de la Ley. Aquello era lo que le “tiraba”; era lo suyo.

Sus padres esperarían que acabase todo aquel diálogo y la Virgen le hizo una pregunta llena de finura y de cariño: “*¿Por qué has hecho eso con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo!*». Él les contestó: “*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo he de estar en la casa de mi Padre?*». No hay regañinas; hay un deseo de comprenderle. Por eso se nos dice a continuación que su madre conservaba todo esto en su corazón. Ella es la primera que intenta comprenderle. Sabe que su hijo es, al mismo tiempo, su Dios y trata de acomodarse a Él, de comprenderle,

cuando lo normal es que los padres traten de que los hijos se acomoden a ellos. Por eso ella guarda todo esto en su corazón y va descubriendo, a través de la fe, los caminos misteriosos del Señor.

Aunque, a decir verdad, ¿quieres que te diga una cosa, pero así, entre nosotros, con toda confianza y con todo secreto? Estoy convencido de que Jesús, incluso siendo niño, le diría a la Virgen cada cosa..., le haría cada confidencia..., pero no hablándole como adulto, sino como niño, pero como niño-Dios. Porque Jesús no empieza a hablar del Padre al empezar su vida pública; antes no estaba mudo. Y María guardaba todas sus palabras en su corazón. ¿Tú crees que la revelación de Dios y del misterio redentor que hizo Jesús públicamente no se la iría haciendo particularmente a la Virgen como diciéndole: *“No se lo digas a nadie, que esto ahora sólo es para ti?”*. Los secretillos que se llevarían entre los dos... ¡Casi nada!

JESÚS JOVEN

Tampoco los Evangelios nos dicen una palabra sobre Jesús joven. Desde la escena del niño Jesús en el templo hasta que empieza su predicación, hay un completo

silencio. De ahí que, también en este caso, hayamos de dar un poco de rienda suelta a nuestra imaginación, más que por curiosidad, para interpretar su mensaje basándonos en el estilo de vida que llevó de adulto y conscientes de que en toda su vida hay una unidad y una línea muy definida desde el principio al fin: una misión que ha recibido del Padre y que ha cumplido hasta las últimas consecuencias.

Te he dicho hace un momento que a ti y a mí nos gustaría que los Evangelios fuesen más explícitos al hablarnos de la infancia y de la juventud de Jesús. Y ahora me voy a desdecir de ello. Permíteme que te proponga algunas ideas que más adelante te expondré con detenimiento. La primera es que Dios actúa siempre muy normalmente y con mucha lógica; pero con la lógica divina, no con nuestra pequeña lógica humana. ¿Qué significa esto?

Que Jesús es alguien distinto. Jesús es una revelación de Dios desde su ser de hombre; pero es revelación desde su propia humanidad. Sin gestos llamativos ni milagrosos, sin ensueños ni fantasías, sin que entre en juego lo fantástico. Para evitar estos extremos, lo lógico es que sea un hombre adulto el que sea portador

del mensaje de salvación. Los mensajes importantes y trascendentales no se encomiendan a los niños ni a los jóvenes, sino a los adultos. Y Dios se acomoda a esta manera de obrar de los hombres. Dios actúa desde la propia realidad humana.

Lo cual no significa que Jesús sea totalmente idéntico a nosotros sin ninguna diferenciación. Es hombre como nosotros pero es, al mismo tiempo, Dios; es hombre como nosotros, pero no es pecador. No recibe la salvación como nosotros, sino que la da. Es el único maestro y nosotros somos todos discípulos. Por tanto, sus gestos y sus actitudes nunca pueden ser idénticos a los nuestros. El maestro y el discípulo nunca tienen la misma actitud a la hora de empezar una lección ni a la hora de resolver un problema; actúan de modo distinto. No actúan codo con codo como pueden hacerlo dos condiscípulos.

Jesús está más allá de nuestro horizonte humano. Es alguien distinto, aunque camina con nosotros y va con nosotros. De ahí que una imitación de Jesús, más que en un paralelismo de vidas haya que centrarla en un encuentro de dos vidas, en una integración de nuestra vida con la suya. Jesús es, fundamentalmente,

un mensaje y una invitación a la comunión de vidas. Porque Él es siempre plenitud, de niño, de joven y de adulto, y nosotros siempre estaremos en camino hacia la plenitud.

Él es el camino que tenemos abierto ante nosotros; Él es la verdad que hemos de ir asimilando poco a poco; Él es la plenitud de vida de la cual participamos todos los que creemos en Él.

Por la Encarnación Él ha asumido nuestra propia realidad humana y nuestra propia experiencia, no el proceso de perfeccionamiento de esa realidad. Ha asumido nuestra situación, no nuestra actitud. La experiencia que va adquiriendo no le va modelando en cuanto a criterios y actitudes, como nos sucede a nosotros, que vamos madurando a medida que integramos nuestras experiencias vividas, que nos hacen ver las cosas de manera distinta a como las veíamos antes. Su experiencia es asumida por su plenitud y nos va presentando y ofreciendo el mensaje en sintonía con la experiencia que ha vivido.

Por eso lo que Él hizo lo hemos de traducir a nuestra propia realidad humana. Hemos de traducir, no copiar; porque en Él hay siempre una razón distinta y

un estilo propio, por tanto. Hemos de aprender de Él en todo, aunque no podamos hacer nada como Él. En Él todo es mensaje, y en nosotros, recepción y acogida.

Seguramente por eso los evangelistas guardan silencio sobre lo que Él hizo de niño y de joven y se centran en presentarnos el mensaje de Jesús. Tratan sencillamente de situarnos ante Él. Nos presentan a Jesús con una misión concreta recibida del Padre y realizándola perfectamente hasta las últimas consecuencias. Este mensaje desemboca lógicamente en una invitación a aceptarlo personalmente, integrando nuestra vida con la suya. Todo lo demás queda envuelto en el silencio. Y aunque sigue siendo válida la imaginación, sólo es positiva en la medida en que sus resultados sean coherentes con la peculiaridad propia de su vida.

Menudo rollo te he largado en un par de páginas. Pero sigue leyendo, sigue, que lo que viene te va a resultar muy fácil de entender. Vamos a seguir con la imaginación.

Lo quiero ver en un clima familiar, con Dios en el centro y con actitudes de servicio, de comprensión y de amor. Nada de vida paradisíaca; la austeridad de

una familia obrera que compartían con cualquiera lo poco que tenían.

Lo quiero ver joven obrero, con la dureza del trabajo diario, con la responsabilidad del cumplimiento del deber; sobre todo, después de la muerte de San José, al tener que hacerse cargo de llevar adelante la casa.

Lo quiero ver joven con los jóvenes; con sus expansiones, con sus charlas, con su alegría y sus bromas, mirando la vida sin nostalgias, sino con la ilusión de quien camina hacia un mundo nuevo y mejor. Sin matar el tiempo con pasatiempos, sino aportando lo mejor de su vida en una contribución al bien de todos.

Lo quiero ver tratando con las jóvenes, con naturalidad, con cortesía, con deferencia; considerándolas en su propia dignidad de hijas de Dios; sin someterse a los condicionamientos de la época de una artificial separación de las chicas. Algo de esta actitud nos dice su comportamiento después con la mujer samaritana, cuando los apóstoles se extrañan al verle hablando con una mujer.

Es lógico que alguna se fuese enamorando de Él; pero algo verían en Él que les haría desistir de una

pretensión sería matrimonial. No veían en Él determinados gestos preferenciales que permitiesen tener como cierta esperanza de poderle conquistar. No daba pie para iniciar un trato que pudiese desembocar en matrimonio; lo veían metido en una atmósfera que no era la de cualquier otro chico: estaba más allá de la particularidad del amor. Veían un amor abierto a todos y a todas por igual. Veían que su camino era otro, lo cual no era óbice para que unas lo mirasen con una simpatía extraordinaria y otras, influenciadas por cierto ambiente que en determinados sectores se habría creado en torno a Él, pensasen: “¡Qué lástima que tenga esas ideas tan raras!”.

Lo quiero ver, en línea con la misión universal que había recibido, con una amistad abierta a todos, sin preferencias por unos o por otros. Nada de grupo cerrado. Quizá la gente le considerase un poco raro porque no tuviese un grupo especial de amigos con quienes estar continuamente. Indudablemente que los jóvenes con más problemas, los jóvenes más desilusionados, ellos y ellas, serían sus preferidos, sin que esta preferencia dependiese, ni mucho menos, del atractivo o de la simpatía personal de unos o de otros. El consejo

adecuado, la palabra oportuna, el estímulo, el ánimo, serían su estilo. Amigo siempre de todos. No cabecilla del grupo, sino ayudando a todos a abrir el corazón a Dios y dándole paso a Dios al corazón humano.

Lo quiero ver joven con ideales, con ilusiones, con el deseo de forjar un mundo nuevo, pero sin sueños inútiles; exigiéndose a sí mismo lo que pedía a los demás; lo quiero ver disconforme con las injusticias que veía a su lado, clamando contra ellas con calma y con energía viviendo al mismo tiempo eso que decía. Un joven con ese aire evangélico que después proclamaría por todas partes. Un joven sabiéndose portador de una misión, sabiendo a dónde iba, con un quehacer concreto y con un objetivo claro en su vida; un joven viviendo en plenitud su vida: de joven.

Me lo imagino contemplativo; un auténtico contemplativo, en diálogo continuo y reposado con su Padre. Si, estando con sus apóstoles en plena predicación, en agotadoras jornadas, cuando ni siquiera les dejaban tiempo para comer, se pasaba noches en oración o se retiraba con frecuencia a orar, creo que en una vida normal de trabajo dispondría de algo más de tiempo, ¿y en qué lo iba a invertir? Lógicamente, en estar con

su Padre. No sé si dedicaría a la oración los ratos libres que le dejaba el trabajo o, más bien, dedicaría al trabajo los ratos libres que le dejaba la oración.

Lo que pasa es que tenemos nuestras ideas y nuestros esquemas y se los queremos aplicar a Jesús cuando sus esquemas son completamente distintos de los nuestros. Nosotros le dedicamos a la oración el tiempo que nos sobra de otras muchas cosas. Para Jesús, lo primero y principal era estar con su Padre, que llenaba toda su vida. Todo lo demás era un quehacer que el Padre le había encomendado.

Desde esta referencia constante al Padre, claro que hablaría de Él, ¡y de qué manera! ¿Cómo podía dejar de hablar del Padre? ¿Cómo podía callar? No había empezado todavía su ministerio público, pero sí había empezado ya su ministerio, pues ministerio es toda su vida. No creo que fuese un hombre fácil para callarse ni, menos, de hacerle callar.

Esto, desde luego, supone incomprendiones, interpretaciones falseadas de lo que uno pretende, acusaciones... Hay siempre como un muro de defensa ante hechos y personas que, con su ejemplo, nos invitan a cambiar nuestra vida. Indudablemente, muchos le ve-

rían con ideas extrañas, un poco especial, incluso no bien equilibrado. Cuando niño y cuando adulto. No olvides que solemos llamar equilibrados a aquellos que no se salen de la norma establecida, e, indudablemente, Jesús se salía. Lo veían simpático, agradable, atractivo, pero tenía sus ideas religiosas fuera de lo corriente y no había quien le convenciese y le “condujese al redil”. Lo cierto es que un poquito de lío con Él sí que se armarían.

No sé si en la sinagoga se le aceptaría con agrado. Creo que les resultaría un tanto incómodo. Al principio de su vida pública hay un pasaje que nos deja entrever algo de esto. Nos dice San Lucas (4, 16): “*Fue a Nazaret, donde se había criado; entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para tener la lectura*”. Esto sucede cuando, inmediatamente después de haber sido bautizado por Juan, vuelve a su tierra. Sigue diciendo San Lucas que cuando acaba de leer y se sienta, “*Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Él*”.

Las opiniones que antes exponía personalmente en su ambiente las iba a reafirmar oficialmente. Cuando después de la lectura del texto inicia su reflexión,

lo hace con las siguientes palabras: “*Hoy se cumple esta escritura que acabáis de escuchar...*” (Lc. 4, 21). ¿Qué sucedió para que la gente que, al principio de su discurso estaban admirados por su sabiduría, le interrumpiesen llenos de ira y pretendiesen arrojarlo por un barranco que había cerca del pueblo? Sencillamente, que se presentaba en nombre de Dios y les echaba en cara su incredulidad. Ellos podían tolerar que Jesús tuviese unas ideas extrañas, podían admitir que tuviese una sabiduría prodigiosa, como lo estaba demostrando; pero lo que no podían admitir era que se presentase en nombre de Dios. Y a las primeras de cambio, intentan hacer con Él lo que hicieron los dirigentes del pueblo judío después de tres años de predicación. Esta reacción hacía tiempo que se estaba fraguando. Su manera de ser y de pensar no encajaba en el ambiente.

Por último, quiero exponerte alguna sugerencia sobre la experiencia que Jesús tuvo en su trato con los jóvenes y que podemos entrever, de alguna manera, en algunos episodios de su vida pública. Sólo dos ejemplos.

El primero: un joven que busca. Está en Mateo, 19, 16-22. Se le acerca un joven y le pregunta qué ha de hacer para conseguir la vida eterna. Él le contesta que

guarde los mandamientos. El joven le responde que ya los guarda y le sigue preguntando qué más ha de hacer. Jesús, nos dice San Marcos, le miró con enorme simpatía. Es uno de tantos jóvenes con quienes se encontró Jesús, buenos, nobles, honrados, cumplidores de la ley y de su deber. Pero este joven no se conformaba con lo que hacía; aspiraba a más; quería superarse. Y Jesús, sin tapujos y sin medias tintas, con toda claridad, le propone un camino nuevo: hacer de su vida un don en vez de limitarse a cumplir con una serie de deberes.

Ciertamente que las palabras de Jesús son exigentes: nada menos que venderlo todo, darlo a los pobres e irse con Él. El joven, al oír esto, frunció el ceño y se fue triste. La razón que da el Evangelio es que tenía muchos bienes. No se atrevió a desprenderse de ellos; no se atrevió a complicarse la vida por Jesús; no se atrevió a seguirle hasta las últimas consecuencias.

En este pasaje podemos ver reflejados muchos encuentros de jóvenes con Jesús, jóvenes de su tiempo y jóvenes del nuestro. De parte de Jesús, una enorme simpatía hacia los jóvenes que se acercan a Él en actitud de búsqueda. De parte de los jóvenes, a veces una indecisión a la hora de la radicalidad de una respuesta

decidida y valiente. Hay riquezas de las que no es fácil desprenderse, sobre todo, cuando uno arriesga totalmente su futuro. Este encuentro con Jesús lo tenemos todos, tarde o temprano. Es el encuentro en que ponemos en juego toda nuestra vida y todo nuestro futuro.

El segundo ejemplo que quería proponerte sobre las relaciones de Jesús con los jóvenes y que viene a reflejar la experiencia de Jesús en su trato con ellos es la parábola del hijo pródigo. Está en Lucas, 15, 12-32. No te la cuento porque supongo que la habrás leído y oído muchas veces. Empieza así: *“Un hombre tenía dos hijos y el más joven de ellos dijo a su padre...”*.

Es la historia de tantos jóvenes que se creen autosuficientes y que quieren ser independientes, que creen bastarse a sí mismos, que quieren vivir a su aire, que no quieren sujetarse a nada ni a nadie; y no es que la vida consista en una sujeción, pero sí en una interrelación de derechos y deberes. Cuando se marcha de la casa paterna, el sexo y la diversión incontrolada le sumen en una terrible soledad. Piensa entonces en su padre y decide volver a casa. Ha encontrado el más espantoso fracaso donde esperaba cosechar los mayores éxitos. Se refleja extraordinariamente la inexperiencia de la juventud.

Jesús se retrata en la imagen del padre que espera y que acoge y defiende al hijo que vuelve. Jesús comprende al joven y comprende sus fallos. Sabe esperar porque confía en él, sabe perdonar porque comprende su debilidad, sabe acoger porque le tiene un cariño impresionante del que no tenemos ni idea.

También en este ejemplo se percibe una gran simpatía de Jesús hacia los jóvenes. En él podemos ver condensada una rica experiencia de encuentros de Jesús con jóvenes de su tiempo; encuentros que se han ido repitiendo a través de la historia y que, más o menos, vienen a ser una radiografía de nuestra vida en nuestras relaciones con Dios.

Las relaciones de Jesús con el joven que busca y con el joven que se cree autosuficiente vienen a ser como una pincelada de la experiencia, densa y rica, de Jesús joven en su trato con los jóvenes.

JESÚS ADULTO

Y empezamos con los datos históricos. Dejamos ya la imaginación y, en adelante, vamos a centrarnos en lo que nos dicen los Evangelios.

La vida pública de Jesús no la podemos imaginar como la iniciación de una actividad pública de quien se ha estado preparando durante varios años y, una vez adquirida una suficiente madurez, inicia una actividad para la cual se ha capacitado debidamente. La vida pública de Jesús es sencillamente la manifestación de lo que Jesús es y siempre ha sido. Es el Padre quien, en el momento de su bautismo, manifiesta la realidad de su filiación: “*Éste es mi Hijo amado*” (Lc. 3, 22).

Lo mismo cabe decir del hecho de que, en ese mismo momento, descienda sobre Él el Espíritu Santo en forma de paloma. Más que venida es manifestación de que el Espíritu está en Él. No es el caso de los profetas que, en un momento determinado de su vida, son invadidos por el Espíritu y empiezan a actuar en su nombre. Se trata de algo así como de una presentación ante el mundo, de Jesús sin cambio alguno ni de su realidad ni de su misión; se trata de la presentación de la propia realidad de Jesús, no de una realidad añadida.

Y Jesús empieza su predicación pública; predicación que, lógicamente, tendría el mismo contenido que Jesús manifestaría en sus conversaciones y en sus

actuaciones entre sus familiares y paisanos. En el caso de Jesús, se trata de una perfección y de una misión que tiene desde el principio, aunque se mueva dentro del ámbito de su vida privada. Después empezará a llamar a unos discípulos y a salir por los distintos pueblos y aldeas predicando la buena noticia de salvación.

Adentrarnos en la realidad personal de Jesús y más, para expresarla y comunicarla a los demás, es algo muy arriesgado. Con Jesús no sucede lo que con cualquier personaje célebre de la historia que haya podido sobresalir en la guerra, en la ciencia, en la política o en el arte: por mucho que estos personajes hayan dejado una huella profunda en la historia de la humanidad o por mucho que imprimieran un nuevo ritmo a la historia que pudiese llegar incluso a cambiarla, son siempre una mezcla de cualidades y defectos, van evolucionando poco a poco, hasta llegar a una cierta plenitud siempre relativa.

El caso de Jesús es distinto. Cuando uno empieza a leer el Evangelio y se pone en contacto con la persona de Jesús, la primera impresión que uno tiene es que se trata de alguien distinto, de que Jesús no es como los demás. Aparece desde el principio con una

grandeza única, al mismo tiempo que con una impresionante sencillez y naturalidad. Esto, en cuanto a cualidades personales; y en este orden es tal la fascinación que ejerce, que los Evangelios pueden dar la impresión de haber pretendido describir al hombre ideal en todo lo que es humano. Es un personaje tan apasionante, que uno intuye que hay en Él algo más allá de su propia realidad humana.

Aunque en mi reflexión me voy a limitar a una consideración de la persona de Jesús sin entrar en consideraciones acerca de su influencia sobre los hombres de cualquier época, no quiero dejar de señalar el impacto que ha producido en toda la humanidad: en esto nadie se le puede comparar. Tan es así, que su nacimiento divide la historia en dos etapas: antes y después de Jesucristo.

Es tal la grandeza de su personalidad que cuando uno trata de describir cualquier cualidad suya, la ve entrelazada con todas las demás cualidades propias de un hombre perfecto. En cualquier hombre encontramos algún defecto, alguna limitación; en Jesús, nada de eso. De ahí la dificultad que uno encuentra al tener que hablar de Jesús: no sabe por dónde empezar, espe-

cialmente cuando Jesús lo es todo para él. A pesar de la dificultad que ello entraña, he tratado de ordenar mis conceptos, no su vida, para poder decirte algo sobre Jesús.

I. CUALIDADES

SEÑORÍO

Para los cristianos, Jesús es el Señor; así, con artículo, y no con el artículo indeterminado, como podríamos decir de cualquiera que es un señor, sino con el artículo determinado: es “el Señor”; no hay otro. Cualquiera que se acerque a Él sin prejuicios, lo puede ver con un señorío y con una elegancia impresionante. Es éste uno de los aspectos que últimamente más me llaman la atención. Se le ve con un gran señorío sobre la naturaleza, sobre la enfermedad, sobre la muerte, sobre el pecado, sobre los acontecimientos, sobre los hombres, sobre las distintas situaciones en que Él o ellos se puedan encontrar.

Con ese mismo señorío y con la elegancia suprema de los grandes hombres, se le ve en las distintas situaciones en que se encuentra durante toda su vida; se le ve siempre como un ser superior en sus relaciones

con sus enemigos, en las discusiones y en sus milagros; en su entereza y gallardía en sus relaciones con cualquiera. Se le ve con un señorío pleno sobre toda la creación, sobre la vida y sobre la muerte. Sin orgullo, sin despreciar a nadie, con un exquisito tacto y finura en sus relaciones con los demás.

Domina las fuerzas de la naturaleza, el hecho de la enfermedad y el fracaso de la muerte. Recuerda la cantidad de milagros que hizo. No hay para Él ningún obstáculo insuperable. Sus enemigos le temen, y son poderosos, mientras que Él es un vagabundo sin medios humanos, sin cargos de prestigio, ni riquezas, ni relevancia social. Para muchos de ellos era un indocumentado que les sacaba de sus casillas con su interpretación de la ley de la que ellos eran los maestros. En sus discusiones con ellos aparece siempre con una lógica impecable, dueño de sí, sin impacencias, sin nerviosismos.

Tal es este señorío con que se presenta siempre, que la gente le reconoce una superioridad inigualable en su enseñanza y en su vida. Y como no acaban de comprender la realidad de su persona, le consideran como una encarnación de algún personaje importante

en la historia del pueblo; algunos dicen que es el Bautista, o Elías, o Jeremías (Mt. 16, 14).

A pesar de este señorío, se le ve siempre sin afán de dominio o de poder, sin el deseo de tenerlo todo controlado, como temiendo algún imprevisto que pueda echar abajo todos sus planes; al contrario, se le ve siempre dueño de la situación, hasta en la cruz. Te invito a que leas las páginas en que se nos relata su pasión. Camina conscientemente hacia ella; sabe lo que va a suceder punto por punto. Predice algunos sucesos. No hay nada imprevisto; no se le ve yendo a la ventura, a ver qué pasa.

Léete esos pasajes y le verás con un señorío y con una dignidad impresionantes. Se trata del señorío y de la dignidad que manifiesta quien es capaz de amar hasta el punto de entregar su vida de una manera gratuita, del señorío de quien es capaz de olvidarse de sí hasta el extremo de dar su vida en favor de los demás.

Desde la última cena hasta las últimas palabras que pronuncia en la cruz, verás que el heroísmo en el amor le es connatural. Verás la altura del cariño que manifiesta a sus apóstoles, a pesar de que, dentro de poco, le van a abandonar todos; la dignidad con que

se muestra en el momento del prendimiento; el silencio elocuente ante el sumo sacerdote y ante Herodes; la confesión de su divinidad ante sus jueces; el diálogo sereno con Pilato; las palabras de consuelo a las mujeres que se cruzan con Él en la calle de amargura; la promesa del paraíso al buen ladrón cuando ambos están a punto de morir en la cruz..., todo ello nos está hablando de una vida que Él entrega porque quiere, no porque se la quiten a la fuerza. Nos está hablando del señorío de quien mira confiadamente el futuro, de quien sabe que su obra de entregar su vida ha de tener éxito, de quien es consciente de poseer una fuerza misteriosa que nadie podrá vencer.

Y no es que los evangelistas sean unos literatos que poetizan sobre su pasión. Sus narraciones son de lo más sencillo que se pueda imaginar. Se limitan a describir unos hechos sin comentarios sobre los mismos. Son un testimonio narrativo y frío sobre lo que sucedió. A través de esas narraciones se descubre la personalidad única de Jesús dominando siempre la situación.

A pesar de este señorío y de esta superioridad, nunca trata de endiosarse, no se preocupa por el éxito

personal, le tiene sin cuidado lo que puedan pensar o decir de Él. Confía plenamente en Alguien a quien hace referencia constantemente, de quien depende y a quien obedece hasta las últimas consecuencias: el Padre. No tiene más obsesión que cumplir su voluntad hasta los más mínimos detalles. Conjuga grandeza personal con obediencia fiel... Y ya nos estamos encontrando con el misterio de su personalidad. De ello hablaremos más adelante.

SEGURIDAD

Te decía antes que sabe a dónde va y por qué. No improvisa sobre la marcha. Es consciente de que tiene ante sí un camino que el Padre le ha trazado y que Él va a recorrer con decisión y sin vacilaciones. Es consciente de su señorío y de su poder, pero su vida está dominada por el amor; y el amor lo va traduciendo constantemente en servicio. Hay en Él una gran humanidad por la que su señorío se transforma en servicio y liberación, no en opresión ni en dominio.

Esto le da una gran seguridad. Está en manos del Padre y sabe que el Padre nunca le deja solo. Por eso jamás pierde la serenidad. Nunca se pone nervioso

como sin saber qué hacer. Nunca le vemos precipitado al decidir, ni corrigiendo sus decisiones, ni enmendándolas sobre la marcha. Nunca le vemos indeciso o dubitativo ni en actitud de búsqueda de lo más conveniente o de lo más positivo; nunca le vemos reconociendo haber dado un paso en falso. No vale para Él lo que tantas veces nos sucede a nosotros cuando, ante nuevas circunstancias o nuevos datos, desearíamos haber tomado decisiones distintas de las que a su debido tiempo tomamos. Nunca le vemos con timidez ni con gestos vacilantes ante cualquier situación, por complicada y difícil que sea. Sabe perfectamente lo que ha de hacer en cada momento.

Por eso nunca pide un consejo ni consulta con nadie lo que debe hacer. Está muy seguro de sí mismo. Su seguridad no es la del orgulloso ni es la traducción de un aire de superioridad que tienen algunos que no se dignan pedir consejo a nadie. Su seguridad está basada en que sabe perfectamente lo que el Padre quiere de Él y lo acepta sin vacilaciones. Es la seguridad de un hombre con un ideal bien claro y definido; la seguridad de un hombre que sabe lo que lleva entre manos, que sabe a dónde va y por qué.

LIBERTAD

La libertad es uno de los valores más apreciado por el hombre y al que es muy sensible la juventud. Es una de las características que definen la personalidad humana. Por la libertad el hombre puede decidirse a forjar su propio destino realizándose personalmente. Esta realización personal a veces es impedida por el egoísmo o la comodidad, por otras personas que juegan con uno y hacen de él una marioneta, por una serie de intereses creados, por miedo a afrontar las propias responsabilidades...; en fin, por todo aquello que le impide al hombre ser dueño de sí.

Jesús es el hombre perfectamente libre, lo cual equivale a decir que en el cumplimiento de su misión, no está condicionado por nada ni por nadie, que se pertenece a sí, que no depende de nada. Es lo que llamamos libertad interior. Y esta libertad, fruto del señorío del hombre sobre sí mismo, no es un absoluto, sino que está en función de la propia realización personal. Quien no es capaz de realizarse personalmente, no es libre por mucho que haga lo que quiera. Uno es capaz de realizarse personalmente en la medida en que es capaz de darse a los demás, de servir, de amar. Y uno sólo

puede dar lo que le pertenece, por eso, para poder darse, necesita uno previamente ser dueño de sí, necesita pertenecerse a sí mismo.

Cristo, por ser perfectamente dueño de sí, por ser completamente libre, fue capaz de darse hasta las últimas consecuencias, hasta la muerte, de una manera totalmente gratuita, sin condicionamientos de ningún tipo. No está pendiente de unos ni de otros, ni de crearse amigos o enemigos, ni de si va a ser bien o mal visto. Se realiza perfectamente como hombre cumpliendo con la misión que el Padre le ha confiado. Este es el sentido de su libertad.

Y porque se pertenece a sí y no depende de nadie, no busca dueño; lo es de sí mismo; no está en venta, no tiene precio ni se ofrece al mejor postor; por eso es insobornable. No cuentan para Él ni las amenazas ni los favores que pueda recibir. Está en su centro y no lo busca en otra parte. Su centro es su fidelidad al Padre. El Padre es quien da sentido a su vida y a todo su actuar. El reconocimiento del señorío sobre sí es fruto del reconocimiento del señorío del Padre sobre todas las cosas. No admite otro señorío. Poseerse a sí mismo y ser señor de sí equivale a reconocer que el único

señorío absoluto es el señorío de Dios. Cuando uno lo acepta, se pertenece a sí porque pertenece a Dios.

Cuando uno es consciente de su pertenencia en exclusiva a Dios, no teme a nada ni a nadie. Sabe que está en buenas manos y que no puede fracasar. Por eso Cristo no tiene miedo. A veces se esconde (Jn. 11, 54), pero no por miedo, sino porque todavía no ha llegado su hora. El miedo supone una falta de libertad interior y Cristo es totalmente libre. No hay nadie capaz de hacerle volver atrás en el cumplimiento de su misión. Da ánimos a los suyos y les estimula a no tener miedo.

Porque es libre, propone la verdad con toda claridad ante quien sea, sin miedo a granjearse antipatías ni persecuciones. Incluso se juega la vida por la verdad; se la juega y la pierde; pero sabe que el Padre, el único en quien confía, saldrá en su defensa.

Te invito a leer el pasaje de Jn. 8, 30-59. Se trata de una viva discusión con los fariseos. Te transcribo algunas frases que demuestran cómo estaba electrizado el ambiente y cómo Jesús usa su libertad en favor de la verdad:

“No somos esclavos de nadie. Somos hijos de Abraham. No hemos nacido de adulterio. Dios es nuestro padre”.

“Vuestro padre es el diablo. No sois de Dios”.

“Estás endemoniado”.

“Honro a mi Padre”.

“Tienes miedo. Ahora estamos seguros de que estás loco”.

“Es mi Padre quien me honra. Lo conozco bien, y si lo negase sería un embustero como vosotros. Antes de que Abraham existiera existo yo”.

Como ves, la discusión va subidita de tono. Cogieron piedras para apedrearlo, pero se escondió. Si lees todo el diálogo verás que, a medida que avanza la discusión, sus enemigos van perdiendo los estribos; Jesús permanece inalterable, pero con decisión, con valentía, sin miedo; es un hombre libre para la verdad.

Y porque es un hombre libre, es capaz de obedecer. La libertad no está reñida con la obediencia; al contrario. Uno es más libre cuanto menos condicionado está en el cumplimiento de su misión; es más libre cuanto mejor cumple el objetivo de su vida, cuanto más perfectamente ocupa ese puesto que Dios le ha asignado; cuanto más perfectamente es como debe ser. Esto es precisamente lo que hizo Jesús. Nadie le pudo impedir hacer lo que el Padre quería. Se realizó en plenitud y en libertad.

INTEGRIDAD

Su integridad es una consecuencia de su libertad. Es un hombre sin doblez, honrado, recto, consecuente en su vida con lo que está diciendo. Es de una entereza extraordinaria. Su vida es limpia, clara, diáfana. Nadie le puede echar en cara ningún defecto. Tú imagínate que, en medio de esa fuerte discusión a la que acabo de aludir, cuando lo están tratando de loco, de samaritano, de endemoniado, les dice, así, a cuerpo limpio: *“A ver quién es capaz de señalarme una falta”*. Se necesita tener agallas para decir eso en un ambiente enconado como ése.

Se enfrenta con quien sea, especialmente con quienes tuercen el camino del Padre. En este sentido, tienen una significación especial las diatribas contra los escribas y fariseos. Léete el capítulo 23 de San Mateo y verás la fuerza de aquello de *“Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que ni entráis ni dejáis entrar, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello, que os parecéis a sepulcros blanqueados, que por dentro estáis llenos de hipocresía y de crímenes”*. Claro que no se lo podían perdonar y claro que Él sabía que se la jugaba. Pero era un hombre libre e íntegro. No se podía callar, pasase lo que pasase.

Incluso sus enemigos, cuando intentan cazarle con alguna de sus respuestas, como cuando le proponen la cuestión de si es, o no, lícito pagar el tributo al César, le dicen al iniciar el diálogo: “*Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios de verdad*”. No es que lo dijiesen convencidos, pero, al decirlo, estaban manifestando lo que la gente pensaba de Él. Sabían que era un hombre íntegro.

Consecuente con esa integridad, llega a vivir intensamente la pobreza. Su vida es de una extraordinaria sencillez. No tiene nada ni piensa tener nada ni promete nada a los suyos, a pesar de que sus discípulos piensen que va a fundar un reino y que ellos van a ocupar los primeros puestos. Es un pobre vagabundo. No tiene residencia fija: va de ciudad en ciudad y de aldea en aldea; pasa las noches al aire libre; no tiene dónde reclinar su cabeza; enseña en cualquier parte. Y la gente le sigue, le da crédito; tiene prestigio ante el pueblo, el prestigio de la gente sin doblez que mira por los pobres y se vuelca sobre aquellos a quienes nadie hace caso. Los marginados ven en Él un punto de apoyo y una esperanza de rehabilitación.

Esta manera de actuar es la coherente con la línea de amor universal que está predicando. Abre sus brazos de amigo a todo el mundo. Sus preferidos: los pobres y los despreciados. Estos no son nunca rentables humanamente hablando. Porque no son ellos quienes detentan el poder y el poder los margina: quien se pone de su parte se sitúa con ellos en el campo de la marginación, y si da la cara por ellos, se sitúa en contra del poder. Por eso Jesús se enfrentó con los poderosos. Se puso de parte de Dios, cuya palabra había sido falsificada por falsas interpretaciones, y se puso de parte de los pobres y marginados, que no contaban para nada.

Y pasó lo que tenía que pasar. Era un hombre que estorbaba y fueron a por Él. Es lo que suele suceder a todos aquellos que se enfrentan con los poderosos; es lo que les sucedió a los profetas enviados antes de Jesucristo y lo que les ha sucedido y les está sucediendo a quienes, en nombre de Jesucristo, se enfrentan con los poderosos. Acaban mal. Como Cristo. Acaban en la incompreensión y en la cruz. Se inventarán, como en el caso de Cristo, otras causas para la acusación oficial y para la condena. Pero la verdadera causa es que estorbaban para sus proyectos de poder y de dominio

sobre los demás; para estos proyectos estorba el amor del que Jesús es portador.

Podemos preguntarnos si tanto Cristo como sus seguidores, cuando han llegado a la cruz, han sido derrotados o han vencido. Porque la cruz no es, ni mucho menos, una derrota; no. Es el fruto del amor que ha sido capaz de llegar hasta las últimas consecuencias. Cristo ha sido consecuente con la misión que el Padre le había confiado. Su muerte en la cruz es el último paso de la fidelidad de Jesús a la voluntad del Padre; es la última expresión del salmo 40, 7-9 que la carta a los Hebreos pone en sus labios: “*Puesto que no quieres sacrificios ni holocaustos, aquí me tienes para hacer tu voluntad*” (Hebr. 10, 7). Así aparece Jesús como un hombre de una sola pieza, desde el principio de su vida hasta el final, desde su Encarnación hasta su muerte.

La cruz es, por tanto, en su realidad y en su simbolismo, la expresión más genuina del amor; por eso, por el amor que hay en ella, en la cruz está la salvación del mundo. Alguien la ha definido como el banco de prueba del amor. Por eso Jesús tiene autoridad, la autoridad de quien es capaz de amar, la autoridad del prestigio y de la integridad de una vida que se resuelve,

toda ella, en el amor y en el servicio desinteresado a quien pueda necesitar de Él.

Te confieso, por otra parte, que me invade una gran alegría cuando pienso en la cruz de Cristo. Veo que el amor de Cristo por mí y por cada uno de los hombres ha llegado hasta este extremo. Veo que en la cruz ha triunfado el amor, que ha sido capaz de superar todo, sin echarse atrás, dando la cara y llegando hasta el final, hasta dar la vida; no se puede llegar a más.

Y cuando pienso que también muchos hermanos han llegado a la cruz, haciendo patente, con ello, el testimonio de que el amor de Cristo sigue intensamente presente en el mundo, ¿sabes lo que siento? Una inmensa vergüenza, de mí mismo. ¿Cómo es posible —pienso— que no acabe yo de reaccionar ante este amor extraordinario de Cristo como han sido capaces de reaccionar tantos hermanos en la fe? De verdad, es para pensarlo. Cuando miro mi amor a Cristo y a los hermanos a la luz de la cruz del Señor, me veo con un amor muy raquíico, pero no me desanimo ni me desespero porque sé que Él sigue confiando en mí.

VERACIDAD

Jesús es el Hombre de la verdad, y esto, por su integridad. Es un hombre transparente, sin recámara. Se manifiesta siempre tal cual es. Quienes se acercan a Él estarán, o no, conformes con lo que dice, pero saben que dice lo que siente. Saben que no miente, no engaña, no disimula. Él es consciente de que proclamar la verdad le va a traer complicaciones, pero sigue con esta manera de obrar.

Propone siempre la verdad sin medias tintas, sin politiqueos, sin disimulos. Propone con la mayor fidelidad una doctrina que Él mismo dice no ser suya, sino del Padre que le envió: “*Mi doctrina no es mía, sino del que me envió*” (Jn. 7, 16). No importa que la verdad sea a veces dura y exigente. La propone sabiendo que muchos no la van a aceptar porque rompe los moldes religiosos y morales en que es mueve la gente y porque van a decir que es muy dura, y muy exigente, y que ya no se lleva, y que les va a resultar antipática, y que le van a abandonar muchos por decir cosas inauditas. A pesar de todo, ni la calla ni la disimula; la expone con toda claridad porque es la manifestación del designio de Dios.

Unos ejemplos: cuando habla de la indisolubilidad del matrimonio, a los apóstoles les parece muy duro y dicen que no trae cuenta casarse (Mt. 19, 10).

Cuando habla de la dificultad que tienen los ricos para salvarse y los discípulos quedan desorientados sobre lo que les está diciendo, les dice que lo que para los hombres es imposible es posible para Dios (Mt. 19, 26). Él es consciente de que para Dios no hay nada imposible y que puede dar a cualquiera el coraje necesario para cumplir lo que el hombre, por sí mismo, es incapaz de cumplir.

Cuando promete la eucaristía y muchos discípulos decían, al oírlo, que ese modo de hablar era intolerable, *“Jesús, sabiendo que sus discípulos protestaban de aquello”* (Jn. 6, 6-), no rectificó, a pesar de que, como sigue diciendo el evangelista, *“Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron más con Él”*.

Cuando el sumo sacerdote le pregunta oficialmente si Él es el Cristo, el Hijo del Dios vivo, lo afirma con toda claridad, sabiendo que se está jugando la vida con esa confesión (Mt. 26, 24).

Jesús es el hombre de la verdad, y la verdad es, muchas veces, dura y exigente. Pero Él no la pue-

de cambiar ni suavizar, porque ello equivaldría a falsearla. Su exposición de la verdad es siempre clara, sencilla, lógica, contra las deformaciones exteriores formalistas, jurídicas o equivocadamente compasivas y tolerantes. Esto lo hacen algunos que temen quedarse solos. Jesús será muy comprensivo con quienes fallan una y mil veces a pesar de la buena voluntad y del esfuerzo que puedan poner; pero nunca les escamoteará la meta hacia la que deben tender, por muy alta y exigente que sea.

A nosotros no suele gustarnos la verdad desnuda, cruda y exigente; nos gusta más compaginar, nadar entre dos aguas, movernos dentro del campo de lo lícito y de lo ilícito, distinguir entre lo grave y lo leve. Nos cuesta más movernos en el campo del amor radical a Dios y a los hombres. Tratamos de protegernos con la coraza de nuestras interpretaciones de la ley y de las normas; nos asustan las exigencias demasiado radicales. Pero a un hombre que, por decir la verdad que nos salva, acaba en la cruz, no se le puede ir con medias tintas.

Por eso son los sencillos de corazón, los humildes, los que tienen corazón de niño, quienes aceptan plenamente su mensaje. Tener corazón de niño signifi-

ca no estar a la defensiva, no aparentar ni guardar las apariencias ni buscar las propias conveniencias, interpretando a nuestro gusto las cosas que vemos u oímos. Por eso hay que hacerse como niños para entrar en el Reino de los Cielos.

FIRMEZA

Es de una voluntad de hierro, inquebrantable. Su carácter es firme y decidido. Ni las circunstancias más adversas ni nadie, le hacen volverse nunca atrás en las decisiones tomadas ni en el camino emprendido. Y es que, por una parte, tiene muy claro el sentido de su vida y, por otra, tiene una gran claridad mental y una gran lucidez de juicio. No se trata de tozudez, sino de lógica interna entre lo que es, lo que dice y lo que hace.

Todo en su vida es claridad, verdad, firmeza y unidad. Hay una coherencia extraordinaria en toda su doctrina y una gran claridad en su exposición. Tiene una inteligencia clarividente, que se manifiesta de manera especial, en las discusiones con sus enemigos. Sabe por dónde van; sabe lo que quieren; conoce sus intenciones, les arguye con una contundencia nada co-

mún. Se quedan sin palabra ante Él. A veces nos dice el Evangelio que ya no se atrevían a preguntarle.

Tiene muy claro el sentido de su vida: hacer comunión. Compartir su vida, entregándola; compartir su verdad, comunicándola. Esta es la razón de su vivir y de su actuar. Este es el objetivo de su vida y no hay quien le aparte de su camino; ni en cuanto a su propósito de recorrerlo hasta el final ni en cuanto a su fidelidad al Padre en la manera de recorrerlo.

Durante toda su vida hay una serie de intentos que se estrellan contra la firmeza de su voluntad. Las tentaciones en el desierto son el primer asalto; se le insinúa un camino de éxito que no es el predeterminado de la cruz. Lo rechaza con decisión. Sus parientes tratan de llevárselo con ellos diciendo que no está bien de la cabeza; no lo consiguen. Pedro, con la mejor buena voluntad, trata de persuadirle para que no vaya a Jerusalén porque es peligroso; Jesús le contesta con una frase muy dura y, a la vez, llena de confianza: “*Apártate Satanás, porque no piensas como Dios, sino como los hombres*” (Mt. 16, 22). Y, ya clavado en la cruz, dicen sus enemigos: “*Que baje de la cruz y le crearemos*” (Mt. 27, 43). Tampoco cede, sigue en la cruz

hasta el final, acepta el fracaso más rotundo, aunque la espectacularidad del milagro hubiese sido tan extraordinaria como la espectacularidad del fracaso de la cruz. El camino que le marcó el Padre era el éxito del amor en el fracaso y Él no busca otro éxito.

CERCANÍA Y SOLEDAD.

Desde luego, la figura de Cristo es desconcertante. Ni le podemos encasillar en nuestros esquemas ni entra en los parámetros de los grandes genios de la historia. Rompe todos los moldes.

Es cercano, asequible, sencillo, de una simpatía arrolladora, pero, al mismo tiempo, ama la soledad y es incomprendido por todos. Da la impresión de ser otro, de que va por otro camino, de que está llevando a cabo una obra que nadie sabe concretamente en qué consiste.

Detalles de su cercanía los podemos encontrar en cada página del Evangelio: los muchedumbres; los sencillos; los pobres; los niños; los enfermos; los pecadores; los marginados. Él va recorriendo las aldeas y los pueblos. Todos tienen acceso a Él, especialmente los que no cuentan para nada en la vida social. Todos

tienen para Él la mayor importancia. Detalles como la multiplicación de los panes, como el pescado asado con que espera a sus apóstoles a la orilla del lago, como la conversión del agua en vino en las bodas de Cana, son gestos muy significativos.

Está cerca del pueblo que sufre y que espera. Les ayuda, les da ánimo. El pueblo le siente muy cerca, se siente comprendido y por eso se van tras Él, olvidándose hasta de traerse la comida. Le quieren, le admiran, le tienen confianza.

Al mismo tiempo, es un hombre que busca la soledad, no una soledad de aislamiento y separación, como un ensimismamiento o repliegue sobre sí, sino que su soledad es un encuentro con el Padre. Su soledad es plenitud junto a su Padre. Esta constancia en el diálogo con su Padre y de presencia ante Él, marca una línea continua y permanente en su vida; no estoy solo, dirá. Está siempre en presencia de su Padre. Por eso, cuando tiene un momento libre se retira para expresarse con Él. En su oración nunca hay nadie con Él; su oración es propia y exclusiva. Lo mismo que nunca dice nuestro Padre, sino mi Padre y vuestro Padre, tampoco ora con los suyos, aunque les enseña y les invita a

orar. Él es “Otro”, vinculado a nosotros, pero “Otro”. Y mantiene esa identidad a pesar de su cercanía a todos.

Por eso es un incomprendido, nadie lo entiende. Es caso único: tiene esquemas diferentes. Ni sus familiares, ni sus apóstoles, ni el pueblo, ni las autoridades religiosas ni las civiles le comprenden. Su misión se sale de lo corriente. Sus ideales son demasiado elevados para que puedan ser entendidos por quienes se mueven a ras de tierra.

Los jóvenes soléis quejaros de ser incomprendidos. Ojalá lo seas tú también, pero por ser elevados tus ideales y tu manera de actuar; ojalá lo seas por la limpieza y dignidad de tus actuaciones, no porque estés buscando vivir a tu aire sin aceptar tus propias responsabilidades.

II. CÓMO DESARROLLA ESAS CUALIDADES

SENCILLEZ

A pesar de ser un hombre único en sus cualidades, su vida es de lo más normal y corriente: sin endiosarse. No busca el éxito, sino prestar un servicio. Es el Maestro y Señor y lava los pies a sus discípulos, invitándo-

les a hacer ellos lo mismo. Este lavatorio de los pies no es un gesto desconectado de su vida, es más bien un símbolo de lo que ha sido toda ella.

Huye cuando lo quieren hacer rey y, al preguntarle Pilato si es rey, contesta afirmativamente, pero añadiendo que su reino no es de este mundo. Huye de protagonismos, no busca que le alaben, no busca su gloria. Busca solamente la gloria del Padre. No defiende sus derechos. Su defensa está en manos del Padre.

Su grandeza, su señorío y su autoridad los compagina perfectamente con la sencillez, la humildad y el servicio. Hasta los milagros los realiza con naturalidad. Son la respuesta normal de un ser sensible al dolor y al sufrimiento de los hombres.

Es bautizado por Juan y pasa por uno de tantos; es un hombre entre los hombres, uno más entre nosotros; comparte nuestra historia y nuestras vicisitudes. No pretende deslumbrar, sino acompañar al hombre en su caminar por la vida.

La doctrina más sublime la hace asequible a la gente más sencilla. Cuando, a pesar de la sencillez con que expone las parábolas, los apóstoles no acaban de

entender el mensaje, sigue proponiéndoselo con unas palabras e imágenes al alcance de cualquiera.

Sus parábolas nos muestran a un Jesús atento a la vida y a la naturaleza. No está ausente de la realidad, está inmerso en ella. Es un contemplativo nato, pero con los pies sobre el suelo. Y así habla de la levadura, de la siembra, del crecimiento imperceptible de las plantas, de la pesca, de las ovejas, de las yemas de la higuera a punto de reventar en primavera, de las nubes que amenazan tormenta, de la poda de la vid, de saber la dirección del viento... y de tantas otras cosas que nos muestran a un hombre que conoce bien las tareas de los hombres.

No sé cuál será tu opinión, pero para mí, de todos los libros de la Biblia, los Evangelios son los más profundos y sencillos. Tienen un encanto especial respiran un aire limpio, ingenuo, fresco, tienen esa sencillez primera sin interpretaciones: participan de la claridad, la profundidad y la sencillez de Jesús.

SIMPATÍA

Los evangelistas, al hablarnos de Jesús, nos quieren transmitir su mensaje, no su psicología. Y, en cuanto a

su obra, nos dicen qué hizo, no cómo lo hizo. Sin embargo, a través de las narraciones evangélicas yo veo un Jesús poniendo en todo lo que hacía y decía, mucha humanidad, mucho calor, mucha simpatía.

Quizá porque en tiempos antiguos había una insistencia en meditar y privilegiar la pasión, se nos ha representado un Jesús serio, un hombre con mucha capacidad de aguante, encarnando el dolor, la traición, el desprecio... Y realmente esto fue así en determinados momentos de su vida.

Pero a mí me gusta verle también en otros momentos fuera del drama de su pasión y lo veo humano, simpático, agradable, cariñoso, sonriente, asequible, cercano...; sencillamente, como era. Tiene un gran atractivo. Hay en Él una fuerza misteriosa, como un magnetismo que atrae y cautiva a la gente. Se los lleva de calle. Su fama, en cuatro días, se va extendiendo por todas partes y la gente acude a Él desde los lugares más remotos.

Y les habla de Dios con un cariño impresionante. Las exigencias de su moral sólo se pueden comprender desde una visión atrayente y gozosa de Dios. ¿Te lo imaginas cómo hablaría de su Padre? ¿Te ima-

ginas cómo conectaría con la gente, presentándoles a un Dios volcado sobre los hombres con un cariño extraordinario? ¿Te lo imaginas despertando entusiasmo al ofrecerles un rostro de Dios alegre? ¿Te lo imaginas pidiendo alegría incluso cuando fuesen perseguidos e incomprendidos por su causa? Nadie puede pedir alegría si no está alegre, y nadie puede despertar simpatía si no es simpático. Y Jesús contagiaba alegría y simpatía.

Demuestra una simpatía especial hacia los paganos. Rompe los esquemas de comportamiento tenso que hay de los judíos, principalmente entre sus dirigentes, de cara a los paganos. La escena con aquella mujer sirio-fenicia es maravillosa. ¿La recuerdas? Está en Mateo 15, 22-28. Acude a Jesús para que cure a su hija. Se lo pide y Jesús, dice el evangelista, “*No le contestó palabra*”. Un poco después los discípulos le dicen: “*Atiéndela, porque viene detrás gritando*”, como diciéndole: atiéndela para que nos deje en paz. Cuando ella los alcanza y le suplica insistentemente por su hija, Jesús pone a prueba su fe con unas palabras que suenan duro, pero que indudablemente las diría con cariño; de lo contrario, la mujer no le hubiese

respondido con el encanto y la confianza de aquella frase: “*Cierto, Señor; pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos*”. Yo me imagino al Señor diciéndole, con simpatía y sonriendo, aquella frase que parece dura si se lee maquinalmente: “*No está bien quitarles el pan a los hijos para echarse-lo a los perros*”. Y me imagino el final de la escena, poniéndole las manos sobre sus hombros y diciéndole aquellas consoladoras palabras: “*¡Qué grande es tu fe, mujer! Que se cumpla lo que deseas*”.

Yo lo veo sonriente y agradecido cuando le hacen algún obsequio. Me gusta oírle decir: “*Gracias*”. Ese vaso de agua fresca que le ofrecen en cualquier casa cuando llega a una aldea sudoroso y polvoriento del camino. Quisiera ver también su actitud agradecida ante aquella mujer que le unge los pies, y los riega con sus lágrimas, y los enjuga con sus cabellos. Y cómo la defiende cuando alguien en su interior la está despreciando.

Quisiera ver su actitud al acariciar a los niños. ¿Cómo sería una caricia de Jesús? Desde luego que no con seriedad. ¿Qué les diría? ¿Qué bromas les gastaría? ¿Qué reacciones tendrían los niños ante las

bromas de Jesús? ¿Y cómo reaccionaría Jesús ante las ocurrencias de los niños? Creo que se lo pasaría fenomenal. ¿No es significativo que una de las frases más fuertes y más duras del Evangelio la haya dicho Jesús precisamente contra aquellos que escandalizan a cualquiera de estos pequeñuelo? ¿Y cómo no imaginarse a Jesús hablándoles a un grupo de niños y diciéndoles las mismas cosas que decía a los mayores, pero con un lenguaje adaptado para ellos? ¿Cuáles serían las parábolas o los cuentos con moraleja que les contaría? Yo me los imagino mirándole embelesados, con los ojos bien abiertos y después, muy hondo en el corazón, el mensaje claro y diáfano de ese hombre bueno y simpático a quien llaman Jesús.

Me lo quiero imaginar cuando les decía a los apóstoles aquello de “*Duros de cabeza*”; quisiera percibir el tono de su voz, indudablemente que se lo diría con la familiaridad con que se dicen esas cosas entre amigos. Me gustaría ver también las expresiones de su rostro cuando los apóstoles le están dando cuenta de cómo les ha ido en su predicación por las aldeas a las que les mandó Jesús y le van contando sus peripecias.

¿Y sabes dónde lo quisiera ver también por averiguar si tenía o no sentido del humor? En su aparición después de resucitado a aquellos dos discípulos que marchaban, desilusionados y defraudados, camino de Emaús. Ellos no se habían dado cuenta de que era Jesús y le van contando todo lo sucedido en aquellos días en Jerusalén. No sé la cara que pondría ni tampoco el acento con que les haría la pregunta: “¿Qué es lo que ha sucedido?”. Cuando desapareció después de haberle ellos reconocido al partir el pan, ¿no habría una sonrisa para ellos? ¿Tampoco la habría para los apóstoles cuando se les aparece y creen todos que es un fantasma? ¿Tampoco para Tomás cuando le dice: “¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que creen sin haber visto”.

Resumiendo, me lo quiero imaginar con la simpatía más arrolladora hacia aquellos que se acercaban a Él con el corazón abierto, Jesús es ese hombre con quien todos están a gusto, y están a gusto con Él todos los que buscan, los que no son autosuficientes, los que no son engreídos ni orgullosos, los que no son hipócritas ni fariseos. ¿Verdad que tú también estás a gusto con Jesús? Aunque seguramente puedes abrirle un po-

quito más tu corazón. No dejes de hacerlo. Te sentirás cada día más a gusto con Él. Y esto es maravilloso.

III. EXIGENCIA

No te vayas a creer que al hablarte de un Jesús simpático te estoy hablando de un Jesús melifluo y dulzón. Nada de eso: un hombre muy hombre, y tan hombre que es simpático como el que más. Pero esto no quita que también sea exigente como el que más a la hora de decidirse uno a tomar partido por Él. Y si en simpatía y cordialidad no hay quien le gane, tampoco nadie le gana en exigencias: es que Él se ha exigido primero a sí. Se exige a sí porque nos ama y nos exige, también porque nos ama. Sencillamente, se trata de la exigencia del amor. Y el amor ya sabes que no es un pasatiempo, es algo muy serio, sobre todo cuando se trata de un amor en que se ponen en juego dos vidas: la suya y la tuya. Y si Él ha puesto en juego toda su vida por nosotros, no le podemos ir con tonterías ni con mediocridades. Porque ha amado hasta el final, exige también ser amado hasta el final.

El amor es muy mal juez para los que no aman. Por eso nos presenta ese juicio duro contra quienes no

han sido capaces de amar. Recuerda los pasajes del trigo y de la cizaña (Mt. 13, 41), y de la red (Mt. 13, 49), y de las diez vírgenes y de los talentos y del juicio final (Mt. 25). En todos estos casos hay un juicio severo sobre aquellos que no han sido capaces de amar.

Se trata del mismo Jesús a quien veíamos antes tan atrayente y simpático. Y, desde luego, no les parecería nada simpático a los escribas y fariseos cuando les lanza todas esas diatribas que recoge San Mateo en el capítulo 23 de su evangelio, en que va repitiendo, una y otra vez, aquello de “*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!*”; no dice “*Ay de ellos*”, sino “*Ay de vosotros*”; se lo dice cara a cara. Así que de blandengue, nada.

A la hora de las exigencias no se anda con rodeos. Puedes darte una vueltecita por las páginas del Evangelio y la exigencia la verás en todas ellas. Ahí van, sin embargo, unas citas que me parecen significativas. Léete las instrucciones que da a sus discípulos cuando los envía a predicar. Están en el capítulo 10 de San Mateo. Te entresaco unas cuantas frases: “*No os procuréis oro ni plata*”... “*Os mando como ovejas entre lobos*”... “*Os llevarán a los tribunales, os azotarán*

en las sinagogas y os conducirán ante gobernadores y reyes por mi causa” ... “Un hermano entregará a su hermano a la muerte, y un padre a su hijo; los hijos denunciarán a sus padres y los harán morir. Todos os odiarán por causa mía” ... “He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nueva con la suegra” ... “El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que conserve su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la conservará”.

¿Te gusta éste resumen de instrucciones? Bueno, pues así por todo el Evangelio. Sólo te añado una frase de San Juan en la que Jesús, al final ya de su vida, inmediatamente antes de su Pasión, les recuerda lo que les ha repetido tantas veces: *“Acordaos de aquello que os dije, que un siervo no es más que su amo; si a mí me han perseguido, lo mismo harán con vosotros, y el caso que han hecho de mis palabras lo harán de las vuestras”* (Jn. 15, 20). E inmediatamente antes, les acaba de decir: *“Cuando el mundo os odie, tened presente que primero me ha odiado a mí. Si pertenecierais*

al mundo, el mundo os querría como a cosa suya, pero como no le pertenecéis..., el mundo os odia” (Jn. 15, 18-19).

Bien, podemos decir: “pero todo esto ¿a cambio de qué?”. A cambio de Él. La recompensa que ofrece es Él. Y no es que te lo diga yo, lo dice Él mismo. Recuerda que cuando Pedro le pregunta cuál va a ser su recompensa, ya que ellos lo han dejado todo y le han seguido, le contesta que recibirán “*Cien veces más y heredarán la vida eterna*” (Mt. 19, 29). Y San Juan dice: “*Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*” (Jn. 17, 3).

Un poco desconectados sí estarían quienes le escuchaban. También los apóstoles, hasta el final de la vida de Jesús, andaban un poco desconcertadillos. Fíjate que al acabar la última cena, todavía están discutiendo entre ellos quienes ocuparían los primeros puestos en el reino que iba a instaurar.

Realmente es que es desconcertante: se antepone a todo y a todos. Incluso se antepone a nuestra propia vida. Y quien no es capaz de afrontar estas exigencias no es digno de Él. Totalmente distinto a todos

los demás líderes de todos los tiempos. Todos ellos han prometido cosas; a nadie se le ha ocurrido prometerse a sí mismo. ¿No es desconcertante? Nuestra única recompensa es Él, y a cambio de renunciar a todo. Lógicamente, surge la pregunta: ¿quién es Jesús? ¿Cuál es el sentido último de su vida? ¿Qué pretende? ¿Cuál es el secreto de su personalidad?

CAPÍTULO II: JESÚS, EL HIJO DE DIOS

Es lógico que una persona como Jesús produzca un gran impacto no sólo en la gente de su tiempo, sino a través de la Historia. Que Jesús tuviese una personalidad fuera de serie, nadie lo pone en duda. Sus contemporáneos veían en Él algo especial, y algo especial ve también en Él el hombre de hoy cuando se encuentra con Jesús. Antes y ahora, la gente que busca se acerca a Jesús. Unos encuentran en Él unas cosas, y otros, otras. Quizás un modelo de vida y de moral; quizás una razón para vivir tratando de encontrar en Él el sentido de sus vidas; quizá salir a flote de la problemática que están viviendo; quizás unos intereses personales o la salida de una situación difícil por la que están atravesando; quizás están buscando un encuentro en plenitud con Dios.

Desde luego, hay distintas maneras de ver a Jesús; desde quien le mira con indiferencia o con rechazo

hasta quien hace consistir en Él la única razón de su vida. Depende de lo que uno vaya buscando y de lo que vaya intentando ser personalmente.

Por poco que uno se interese por la persona de Jesús, salta a primer plano una pregunta inquietante que aparece flotando varias veces en el Evangelio y que se formula también el hombre de hoy al encontrarse con Jesús: “*¿Quién es Jesús?*”. Preguntas como “*¿Quién es éste a quien el viento y el mar obedecen?*” (Mc. 4, 41); “*¿Quién es éste que hasta perdona pecados?*” (Lc. 7, 49) se repiten con frecuencia en los Evangelios. ¿Te parece que nos adentremos un poco en el misterio de su personalidad? Hasta ahora hemos visto cómo era; ahora vamos a ver quién era.

Al decir que vamos a ver quién era, lo que realmente nos estamos preguntando es si era un hombre como todos nosotros o si es un hombre distinto de todos los demás hombres; pero distinto en el sentido que voy a decirte.

Todos somos distintos en cuanto que todos tenemos cualidades que nos diferencian a unos de otros. Uno tiene cualidades extraordinarias para el deporte; otro, para la pintura; otro, para las matemáticas; otro,

para la poesía..., etc. Pero todos, a pesar de nuestras cualidades tan distintas, somos “personas” exactamente igual unos que otros. En el caso de Jesús, la cuestión la planteamos de la siguiente manera: Jesús ¿es persona exactamente igual que nosotros aunque tenga unas cualidades muy superiores a las nuestras? En otras palabras: la persona de Jesús, ¿es humana o divina? Esta es la cuestión primordial que tenemos planteada en este momento.

Dicho de otra manera, la cuestión de la personalidad de Jesús la podemos centrar en la cuestión de lo que llamamos el “Yo”. Atiende un poco, aunque te parezca un tanto rollo, lo que voy a decirte. El “Yo” es eso que llamamos persona y que es algo distinto de las cualidades que uno puede tener, como inteligencia, fuerza, simpatía, bondad, sencillez... El “Yo” es ese punto de convergencia de todas mis cualidades y de todo lo que soy. Mi “Yo” no es mi mano, ni mi pie, ni mi corazón, ni mi inteligencia, aunque “Yo” tengo manos y pies y corazón e inteligencia. El “Yo” equivale a persona, de modo que sólo la persona puede decir “Yo”. Cuando tú, y yo, y cualquiera decimos “Yo”, estamos refiriéndonos a distintas personas “humanas”.

Pero cuando Jesús dice “Yo”, ¿está refiriéndose también a una personalidad “humana”, en cuyo caso sería una persona igual que nosotros o, al decir “Yo”, se está refiriendo a una personalidad que hay en Él, superior a la humana? Esta es la cuestión que planteamos cuando preguntamos quién es Jesús. En otras palabras, su “Yo” ¿es divino o humano?

Te adelanto la doctrina de la Iglesia sobre el particular. En Jesús hay un solo “Yo” divino, es decir, una sola persona divina que es el Hijo; esa persona divina se ha hecho hombre sin dejar de ser Dios; algo así como si un médico, sin dejar de ser médico, se hace también maestro; esa persona sería médico y maestro a la vez. Jesús, desde el momento de la encarnación, es decir, desde el momento en que asume nuestra naturaleza humana, es, a la vez, Dios y hombre, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero, en fin, vamos a seguir con nuestras reflexiones no sólo para entender esta enseñanza de la Iglesia, sino también para ir descubriendo cómo nos afecta a nosotros esta respuesta a la pregunta que tenemos formulada sobre quién es Jesucristo.

UN INTERROGANTE ABIERTO

Antes de ir respondiendo al interrogante sobre la personalidad de Jesús, vale la pena fijarnos en algunos detalles que llaman la atención de quien lee sin prejuicios el Evangelio. Te sugiero que te fijes en los siguientes:

1. Jesús, desde el principio, se nos presenta como un hombre perfecto. No le vemos madurando con el transcurso del tiempo y según la influencia que pueden ejercer sobre Él sus lecturas o sus maestros, o a medida que le va madurando la vida o los acontecimientos. Se le ve en plenitud desde el principio. Su perfección no es fruto de una evolución. Es algo innato en Él. Desde el principio se mueve sin vacilación alguna en el terreno de lo religioso y de lo divino. No hay variaciones ni cambio de enfoque en su doctrina ni en la orientación de su obra. Es siempre el mismo.

2. Hablando con sus apóstoles o con la gente, jamás emplea el pronombre “nosotros” incluyéndose Él. ¿Te habías fijado en eso? ¡Y cuidado que se sentía vinculado a los apóstoles y a todos los hombres!

3. Tampoco habla jamás, refiriéndose al Padre, de “nuestro” Padre. Dice mi Padre y vuestro Padre.

4. Cuando ora, lo hace solo. A sus apóstoles les enseña a orar, pero su oración no la hace en común con ellos. Sólo en la última cena recita con ellos unos salmos del ritual. Pero su diálogo con el Padre es único y personal.

En todos estos detalles estamos viendo una relación especial con el Padre y una diferenciación de nosotros, a pesar de que, según Él mismo dice, estamos unidos a Él como los sarmientos están unidos a la vid. Tiene una conciencia clara de que su “Yo” está más allá de nuestro “nosotros”; su “Yo” está junto al “tú” con que alude al Padre y con quien dice ser una misma cosa. En cambio, sí que dice “nosotros” refiriéndose al Padre: *“Padre santo, protege tú mismo a los que me has confiado para que sean uno como lo somos «NOSOTROS»”* (Jn. 17, 11).

5. Se proclama superior a todos los que han venido antes. Nada menos que superior a Abraham, padre del pueblo y depositario de la promesa (Jn. 8, 56-58). Se proclama superior a Jonás y a Salomón (Mt. 12, 41-42). Se proclama superior a David (Mt. 22, 43-45) y, aludiendo al salmo 110: *“Dijo el Señor a mi señor...”*, se aplica estas palabras a sí mismo como señor de Da-

vid. Se proclama superior a Moisés tanto por el lugar preeminente que Él ocupa en el momento de la transfiguración (Mt. 17, 3) como cuando habla del pan del cielo que no les ha dado Moisés siendo Él el verdadero pan del cielo que da la vida eterna (Jn. 6, 32).

Es natural que hubiese muchos desconcertados ante estas afirmaciones claras y tajantes; es natural que en un pueblo teocrático hubiese muchas discusiones acerca de Jesús. Eran tan inauditas estas afirmaciones, que algunos decían de Él que estaba fuera de sí, que estaba loco.

6. No sólo se tiene por superior a todos los que le han precedido, sino que se considera “mayor” que el templo (Mt. 12, 6), “señor del sábado” (Mt. 12, 8) y corrige las prescripciones de la Ley de Moisés sin invocar siquiera a Dios, como los profetas. Estos, cuando hablaban en nombre de Dios, lo hacían con estas o semejantes palabras: “*Así dice el Señor...*”. Pero Jesús lo hace de manera completamente distinta. Corrige algunos preceptos con autoridad propia: “*Habéis oído que se mandó a los antiguos...*”, y va enumerando una serie de preceptos de la ley, como no matarás, no cometerás adulterio, no jurarás en falso, ojo por ojo y

diente por diente... A continuación de cada una de estas prescripciones de la ley añade esta expresión que se va repitiendo: *“Pero yo os digo...”* ¡Lo que faltaba! No quieras imaginarte la reacción de muchos judíos ante estas afirmaciones de Jesús, con lo que significaba para ellos el templo, el sábado y la ley. Puedes leer este pasaje en Mateo 5, 12-48.

7. Cuando realiza milagros, lo hace con autoridad; los hace en nombre propio, no como pidiéndolo como un favor a Dios. Lógicamente, ante la autoridad con que hacía milagros, todos se quedaban perplejos y se preguntaban lo que nosotros nos vamos preguntando: *“¿quién es éste?”*. También los apóstoles se hacían esta misma pregunta. Recuerda cuando calma la tempestad, la reacción de los que iban con Él en la barca, una vez sobrevino la calma, fue preguntarse: *“¿Quién es éste a quien hasta el viento y el mar obedecen”* (Mt. 8, 27).

8. Se presenta como portador del poder divino con tal amplitud, que incluso perdona los pecados por mí mismo, sin mencionar a Dios. No dice: *“En nombre de Dios te perdono los pecados”*, sino que dice: *“Tus pecados te son perdonados”*. Y en prueba de que tiene

ese poder, realiza milagros. Y hace una cosa y otra con la mayor ostentación: “*Para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder para perdonar los pecados* —le dice al paralítico—: *toma tu camilla y vete a tu casa*” (Mc. 2, 10).

Esta manera de actuar produce el desconcierto entre los escribas y fariseos: no saben a qué atenerse. Le piden signos y señales de que es un enviado de Dios. Van con frecuencia a hablar con Él; discuten constantemente; quedan en ridículo y humillados ante el pueblo y con frecuencia renuncian a hacerle más preguntas. Incluso le tienen cierto miedo. Y se trata de un joven de unos treinta años; y no se explican de dónde le ha venido la sabiduría que tiene; y ven que la gente está encandilada con Él; y le reconocen una inteligencia fuera de serie; y no hay en Él un desliz o un fallo en que puedan apoyarse para desacreditarle.

9. Con frecuencia dice: “*Yo he venido al mundo*”; habla de “venir”, indicando una preexistencia antes del hecho de su nacimiento. Dice San Juan en 18, 37: “*Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo*”. En otro pasaje pone en boca de Jesús estas palabras: “*Antes de que Abraham naciese Yo soy*” (Jn. 8,

58). Esta frase última les sonó tan fuerte que tomaron piedras para arrojárselas.

10. Habla muchas veces de la fe; la pide; la exige; sin embargo, Él no cree. Insiste en que deben todos creer en Él. Se constituye en centro y en objeto de la fe. Debemos creer en Él si queremos salvarnos. No es sólo un predicador: es el centro al que deben tender los hombres y en quien deben creer.

Después de estas diez observaciones, y retomando la pregunta que las ha motivado, vemos que esa manera de obrar de Jesús nos deja entrever que su “Yo” es distinto de cualquier otro “Yo”. Hay algo especial en su personalidad; sus contemporáneos lo notaban, aunque no supiesen precisar en qué consistía. Esta peculiaridad, sin embargo, no consistía en lo que hacía, sino en lo que era; no en lo que predica, sino en cómo lo predica y en cómo se nos presenta como portador de Dios. No le vemos de este lado con nosotros, sino del otro lado, con el Padre, desde donde ha venido para estar con nosotros. Él tiene conciencia de ser alguien distinto de todos nosotros.

JESÚS, CENTRO

Desde esta perspectiva no es raro que para nosotros, los cristianos, Cristo no sólo es el fundador de nuestra religión, sino que es el centro y el objetivo de la misma. Jesús no es un predicador, sin más; es quien da contenido a nuestra fe, y esto, de tal manera que podemos decir que el cristianismo es Cristo. Los fundadores de otras religiones predicaron que había que tener fe en alguien a quien predicaban; Cristo exige tener fe en Él; “*creed en mí*”, dice; “*sin mí no podéis hacer nada*”; “*yo soy la resurrección y la vida*”; en otro pasaje no dice que el que crea en lo que El enseña resucitará, sino “*Yo lo resucitaré*”. Te repito que no es éste el caso de los fundadores de otras religiones. En el caso, por ejemplo, de los mahometanos, Mahoma predica a Dios, a quien llama Alá, a quien se adora, a quien se entrega la vida, en quien se tiene fe. Mahoma, el fundador de esta religión, es considerado por los creyentes como un enviado de Alá, como un profeta, con un gran ascendiente, pero sólo como un profeta. Los creyentes no le dedicaban a él sus vidas, sino a Alá, ni creen en él, sino en Alá, a quien Mahoma les ha predicado.

El caso de Jesús es algo inaudito en la historia de las religiones serias; no me refiero, como comprenderás, a los casos de locos e iluminados que se creen dios. Aceptar a Jesús tal como se presenta va a contrapelo de la manera de pensar de los judíos, de los gentiles y del hombre moderno. Los judíos, en tiempo de Jesús, tenían ya muy vivo el sentimiento de la unidad de Dios. Si se hubiese presentado como un enviado de Dios simplemente, seguramente que le hubiesen admitido como admitieron a los profetas anteriores, de manera especial cuando, en nombre de Dios, realizaban grandes prodigios en los que se adivinaba la presencia de Dios. Si se presentaba como un Dios distinto del Dios en el que creían, lo hubiesen rechazado, porque no admitían el politeísmo. Y si se presentaba como el Dios en quien creían, no iba a ser fácil que lo admitiesen.

En el ambiente del mundo gentil tampoco era fácil que le admitiesen; en todo caso, le podrían haber admitido como un dios en forma humana; pero no era eso, ni mucho menos, lo que decía Jesús: su predicación era profundamente monoteísta.

Y en cuanto al hombre moderno, está demasiado metido en la técnica y en lo experimental, va perdiendo

humanidad y tiene una tendencia a admitir sólo lo que puede comprobarse experimentalmente; va perdiendo el sentido de lo invisible y se está incapacitando para ver más allá de lo visible y contrastable. Normalmente no suele ir más allá de la admiración de Jesús como un personaje excepcional.

En estas circunstancias ambientales, humanamente hablando, de Jesús cabría decirlo todo menos que tuviese éxito. Lo realmente impresionante e inexplicable es que haya tenido seguidores, y más, de la talla que los ha tenido en todas las épocas y en todos los lugares. Porque, desde luego, Jesús no pudo ser nunca una creación de su ambiente. No es como uno de esos personajes señeros de la historia que han sabido captar las aspiraciones de un pueblo, se han puesto al frente del mismo y lo han conducido hacia determinados objetivos. Todo lo contrario: su objetivo es que todo se acomode a Él.

En el caso del pueblo judío, no ven en Jesús la fuerza ni el poder de Dios. Ciertamente ven que hace unos signos que llaman la atención; pero estaban esperando un liberador político que se manifestase con signos de poder y grandeza y que avasallase a los enemigos

del pueblo. Y, sobre todo, cuando su vida acaba en la cruz, no ven en Él la fuerza de Dios por la que suspiran.

Tampoco entra Jesús en la lógica del mundo gentil. Su doctrina, centrada en la cruz, es considerada como la mayor necesidad. La lógica y la sabiduría divinas que Jesús presenta centradas en Dios, no encajan con la lógica y sabiduría humanas centradas en el Hombre alrededor del cual giran hasta las divinidades de los gentiles.

Ni entra en la lógica del mundo marcada por criterios de rentabilidad, porque ni la doctrina de Cristo ni la cruz son rentables; se contraponen a la escala de valores y a los criterios que rigen la vida moderna.

Es lógico que en estos tres mundos surgiese la incompreensión y la persecución tanto de Jesús como de sus seguidores de antes y de ahora. Entre estos mundos y Jesús hay tal antagonismo que lo que para unos es sabiduría, es para los otros necesidad, y lo que para unos es fuerza es para los otros debilidad.

EL HIJO DEL HOMBRE

Vamos a tratar de escuchar de labios del mismo Jesús la manifestación de su personalidad. Él va haciendo

gradualmente una revelación de la misma. Y la hace en una doble vertiente: de cara a los íntimos y de cara al pueblo en general. No se manifiesta de buenas a primeras, como el Mesías, como el Hijo de Dios, como igual al Padre y como Hijo del Padre.

Jesús empieza su predicación por Galilea, la parte norte de Palestina, lejos de Jerusalén, centro del culto y de la religiosidad judía. Su fama se va extendiendo de comarca en comarca, se le va considerando como un hombre extraordinario y la gente va intuyendo que Dios está con Él.

Jesús, en su predicación, empieza a aplicarse a sí mismo una expresión que aparece en el libro de Daniel y que tiene un doble sentido: “Hijo del hombre”. Cuando Daniel describe de forma apocalíptica la historia de los imperios humanos, con imágenes de bestias y de fieras que luchan contra Dios y son vencidos, dice: *“Yo seguí contemplando en las visiones de la noche: y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A Él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron”* (Dan. 7, 13-14).

Te he dicho que esta expresión tenía un doble sentido, porque lo mismo que se puede aplicar al Mesías aparece a veces en la Escritura, aplicada a un hombre cualquiera sin referencia obligada a la divinidad.

Al aplicarse Jesús a sí mismo este título, por una parte, manifiesta algún rasgo de su personalidad de cara a la gente de buena voluntad que se acerca a Él, y por otra se protege contra sus enemigos, ya que esta expresión puede entenderse de distintas maneras. De hecho, nadie llama a Jesús “Hijo del hombre”; se trata de un título que sólo aparece en labios de Jesús aplicándose a sí mismo. Y lo hace sencillamente como primer paso para llamar la atención sobre una realidad fuera de lo común que hay en Él; realidad que se irá desvelando y precisando a medida que vaya pasando el tiempo, hasta llegar a la plena revelación de su personalidad.

Esta realidad fuera de lo común es precisamente su divinidad. Ni la va escondiendo ni la va proclamando por doquier. La manifestará con toda claridad cuando sea necesario, aunque le cueste la vida, como lo hace ante el sumo sacerdote cuando éste le pregunta en el juicio si Él es el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

De haber proclamado claramente desde el principio su divinidad, hubiera tenido que ir escondiéndose constantemente para no ser apedreado por blasfemo; y no es que tuviese miedo, que era algo desconocido para Él, sino porque no era ése el designio del Padre. Cuando llegó la hora, esa manifestación de su divinidad fue el primer paso de su entrega a la muerte.

EL HIJO DE DIOS

Aunque el título de Hijo del hombre no expresa con toda claridad y contundencia, la afirmación de su divinidad, Jesús lo toma como punto de partida. Y se atribuye a sí mismo, como Hijo del hombre, lo que es propio de Dios: perdonar los pecados. Recordemos el caso de la curación del paralítico (Mc. 2, 10). Cuando, al presentarle al paralítico, le dice que sus pecados le son perdonados y los escribas piensan que está blasfemando porque sólo Dios es quien puede perdonar los pecados, les dice: *“Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad para perdonar los pecados...”* y cura al paralítico.

Hay aquí ya una manifestación de su divinidad: en el milagro se ve la mano de Dios. Si el Hijo del

hombre hace cosas que sólo Dios puede hacer, la consecuencia es clara.

Pero hay una revelación más íntima y más directa de su divinidad: es la revelación que Jesús va haciendo a sus apóstoles. En un primer momento, Jesús acepta la confesión de su divinidad hecha por Pedro. Les tantea con la pregunta aquella de: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”. Y al responderle que “*Unos dicen que Elias, otros que Jeremías o uno de los profetas*”, les sigue preguntando: “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*” Es cuando Pedro toma la palabra y dice: “*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*”.

Jesús acepta esta confesión de Pedro con estas palabras: “*¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás! Porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre del cielo*” (Mt. 16, 15-17). Sin embargo, no ha llegado todavía el momento oportuno para proclamar abiertamente su divinidad. Por eso, a continuación les prohíbe terminantemente que lo digan a nadie. La frase de Pedro ya no tiene la ambigüedad que tiene el título de Hijo del Hombre. Es posible que entre los apóstoles hubiese algún indeciso. Al fin y al cabo, se

trata de una revelación que el Padre ha hecho a Pedro y que Jesús ratifica ante ellos.

Esta revelación seguirá el proceso normal que tiene lugar en la manifestación entre amigos de la propia intimidad; se van manifestando progresivamente a medida que va aumentando el amor y la confianza. A los amigos más íntimos responde una manifestación más íntima también.

Este es el caso de Jesús con los apóstoles. Se les irá revelando a medida que se le van abriendo y van confiando en Él, hasta llegar a esa manifestación de Lc. 10, 21-24: *“Con la alegría del Espíritu Santo, exclamó: Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque le has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla... Quién es el Hijo lo sabe sólo el Padre; quién es el Padre lo sabe sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”*. Y a continuación, como haciéndoles una confidencia, les dice aparte a sus discípulos: *“Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron”*. Revelación, confidencia y secreto que les pide que guarden.

En estas palabras hay una manifestación muy profunda de su divinidad. Y es que a Dios no lo puede conocer nadie. Sólo Él se conoce a sí mismo. Conocer a Dios es propio de Dios. De ahí que las palabras de Jesús al respecto manifiestan su divinidad tanto por lo que dice de que sólo Él conoce al Padre como por lo de que sólo el Padre tiene conocimiento de Él. Hay un conocimiento mutuo entre Él y el Padre que supone una igualdad entre ellos.

Esta revelación viene a completarse con otras: dos frases de Jesús y un diálogo con Felipe concretan esta revelación. En Juan, 10, 30, dice: *“El Padre y yo somos uno”*. Le quieren apedrear *“Por una blasfemia porque tú siendo hombre, te haces Dios”*. Y en otro pasaje (Jn. 16, 15), en sintonía con su unidad con el Padre, dice: *“Todo lo que tiene el Padre es mío”*.

Y en el ambiente denso e íntimo de la última cena, después de decir que Él es el camino, la verdad y la vida, añade: *“Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre, aunque ya desde ahora lo conocéis y lo estáis viendo”*. Y al decirle Felipe que les muestre al Padre, Jesús le contesta: *“Con tanto tiempo como llevo con vosotros, ¿no me conoces todavía, Felipe? Quien me ve*

a mí está viendo al Padre... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo no las digo por mi cuenta; el Padre, que permanece en mí, es el que realiza las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (Jn. 14, 9-11).

Al llegar a este punto, la máquina se me queda clavada. No sé qué teclear ni qué decirte ante la revelación más trascendental que ha habido en toda la historia humana. Se siente uno muy pequeño ante esta sencillez con que Jesús se manifiesta como Dios igual al Padre. Revelación muy por encima de todas las intuiciones y de toda imaginación. Se nos revela el Otro, más allá de todos nosotros; con una personalidad distinta de la nuestra, con una personalidad divina. En mi ánimo aparece el asombro, la admiración y la aceptación. Es la actitud de quien se encuentra ante el gran misterio que aúna todos los demás misterios.

VISIÓN DE FE

Sólo aceptando esta manifestación que Jesús hace de su propia personalidad, es decir, desde la fe en Él y en su palabra, es desde donde se puede ver la unidad del Cristo hombre y del Cristo Dios, la unidad de su

encarnación, vida, muerte y resurrección. Y te digo que solamente desde la fe, porque sólo desde ella se puede ver la unidad que hay en Jesús entre su humanidad y su divinidad. Si no hay fe, se podrá ver en Él un hombre muy extraordinario pero nada más. Su figura podrá producir admiración, pero nada más. Y no es a esto, ni mucho menos, a lo que vino Jesús. Él insiste en que está dando un testimonio, en que sus obras dan testimonio de Él, en que su Padre da testimonio también de Él y dice que *“todo el que es de la verdad oye mi voz”* (Jn. 18, 37).

Es la realidad de su divinidad y su misión como hombre-Dios lo que está siempre presente en su vida y en sus obras. Y como esta realidad rompe todos los esquemas en que nos movemos en nuestra vida y es realidad única en la historia, por muy razonable que pueda verse, hay que dar lo que podríamos llamar el salto de la fe. Y este salto es el mismo para los que convivieron con Él que para nosotros.

Su divinidad explica y da unidad a su extraordinaria perfección humana. Su humanidad es como un camino que conduce al santuario de su divinidad. Cuando uno descubre el santuario, se explica el por-

qué del camino. Cuando uno descubre su divinidad es cuando puede comprender la vida y la historia de Jesús. El mismo Jesús es camino y es santuario; camino visible y santuario invisible, pero reales uno y otro. Aunque uno sea perceptible en los niveles humanos y el otro sólo pueda serlo desde la fe. Si al Jesús histórico se le desconecta del Cristo de la fe, se le falsifica y se le priva de su propia significación testimonial.

Y no es que para la confesión de su divinidad haya que conocer previamente toda la realidad de su vida como una demostración científica que desemboca en una conclusión. No. Cualquier detalle puede bastar porque es la revelación del Padre lo que cimienta nuestra fe.

De lo contrario, ¿cómo se puede comprender el proceso de fe del que llamamos el buen ladrón, de aquel que estaba crucificado con Él? ¿Qué vio para creer en Él?

Humanamente hablando: un derrotado, un humillado, un vencido. Allí estaba clavado en una cruz como Él; sus enemigos se estaban burlando: “*Si eres Hijo de Dios, sálvate y baja de la cruz*” (Mt. 27, 40); “*Ha salvado a otros y Él no se puede salvar*” (Mt. 27,

42). “*También los soldados se acercaban para burlarse de él y le ofrecían vinagre diciendo: Si eres tú el rey de los judíos, sálvate*” (Lc. 23, 37). Este era el ambiente que se respiraba junto a la cruz de Jesús.

¿Qué lógica humana puede hacer comprensible que quien estaba crucificado con Él y que “*también lo insultaba*” (Mc. 15, 32) cambiase de actitud y, después de increpar a su compañero dijese: “*Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino*” (Lc. 23, 42)? ¿Te imaginas la escena? Se lo reveló el Padre. Pero ¿cuál sería el punto de conexión entre la revelación del Padre y el testimonio de Jesús? No sé; pero incluso en la cruz había en Él un señorío, una dignidad, una elegancia hasta en el dolor y en la humillación; este señorío estaba proclamando que allí había algo más que un hombre. Algo parecido le sucedió al centurión cuando, al ver que había expirado ya, dijo: “*Verdaderamente este hombre era hijo de Dios*” (Mc. 15, 39).

QUERER VER

Esta revelación del Padre sobre la divinidad de Jesús en el corazón del hombre sólo es percibida y aceptada por quienes tienen el corazón abierto a Dios, por

los sencillos, por los humildes, por los sinceros. Ni la sabiduría de este mundo, ni la grandeza, ni el poder, ni, menos, la autosuficiencia son actitudes válidas para reconocer en Jesús al Hijo de Dios.

De ahí que ante las manifestaciones públicas que Jesús hace de su divinidad haya dos reacciones distintas en quienes le escuchan: la de aquellos que, por principio, se niegan a admitir en Jesús una realidad superior a la humana; y la de quienes se acercan a Él con el alma limpia y el corazón abierto.

Hay en el evangelio de San Juan (cap. 7-9) un caso verdaderamente típico de la negativa a aceptar el testimonio que Jesús da de sí mismo. Te lo describo porque la cerrazón de sus enemigos no deja resquicio alguno por donde pueda penetrar la luz de Jesús. Y no es que esa actitud sea exclusiva de los escribas y fariseos de aquel entonces. También en la actualidad hay actitudes de cerrazón respecto a Jesús; y antes, como ahora, no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Nos describe el evangelista las distintas opiniones sobre Jesús: para unos es buena persona; para otros, extravía a la gente; le quieren matar; intentan prenderle y mandan para ello a unos guardias que se

vuelven sin haberle prendido, y la razón que dan cuando les preguntan por qué se han vuelto sin prenderle es que nadie ha hablado nunca como ese hombre. Y sigue la división de la gente a propósito de Él.

Le presentan la mujer adúltera y la defiende; a continuación viene el gran debate sobre si son hijos de Abraham o hijos del diablo, como les llama Él, y sobre el que ya te hablé anteriormente.

En el capítulo 9 viene ya el colmo de la ceguera. Cura a un ciego de nacimiento en día de sábado. La gente pregunta al ciego y éste cuenta cómo ha sucedido. Llevan al ciego a los fariseos y lo vuelve a contar. Actitud de los fariseos: no puede venir de Dios porque no guarda el sábado. Actitud de la gente: si fuese pecador no podría hacer tales señales. Le preguntan al ciego qué piensa: él responde que es un profeta. Llaman a sus padres para que reconozcan al hijo; les preguntan qué opinan; ellos tienen miedo y les dicen que le pregunten a él, que ya es mayorcito.

Vuelven a llamar al ciego. Otra vez el interrogatorio. Y el ciego aquel, que a mí me cae fenomenalmente por su sinceridad, les contesta con serenidad y con un cierto aire de guasa: *“Ya os lo he dicho... ¿Para*

qué queréis oírlo otra vez? ¿Es que queréis haceros discípulos suyos también vosotros?” La respuesta dura y airada no se hizo esperar: *“Discípulo de Él lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. A nosotros nos consta que a Moisés le habló Dios, pero ése no sabemos de dónde procede”*.

Y el ciego, que no tenía un pelo de tonto, contesta maravillosamente: *“Eso es lo raro, que no sepáis de dónde procede cuando me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores... Si éste no procediera de Dios no podría hacer nada”*. No pudieron aguantar el diálogo. Le replicaron: *“Empecatado naciste de arriba abajo, ¡y vas tú a darnos lecciones a nosotros!”*. Y lo expulsaron.

Realmente, sus enemigos estaban incapacitados de entrada para aceptar a Jesús. No querían ver. Ya podía hacer milagros, ya podía decir que si no le creían a Él que creyesen a sus obras. No servía de nada; decían que hacía sus milagros en nombre del demonio. Tampoco se fijaban en su conducta, en la limpieza de su vida, en su integridad, en su honradez; nadie podía echarle en cara ningún defecto. Pero no querían ver. Cristo se define como luz del mundo, y para ver hay

que abrir los ojos; si no se abren, por mucha luz que haya se permanece en la oscuridad.

Por el contrario, cuando hay buena disposición, cuando uno tiene los ojos abiertos a la luz, ve. Esto es la fe: ver a la luz de Cristo. Por eso el Evangelio habla de los hijos de la luz y de los hijos de las tinieblas; por eso esa lucha entre la luz y las tinieblas, ese intento de sofocar la luz.

San Juan, al hablarnos de Jesucristo bajo la imagen de la luz, nos dice estas palabras: *“La luz verdadera, la que alumbra a todo hombre, estaba llegando al mundo. En el mundo estuvo, y aunque el mundo se hizo mediante ella, el mundo no la conoció. Vino a su casa, pero los suyos no la recibieron. Pero a los que la recibieron los hizo capaces de ser hijos de Dios”* (Jn. 1, 9-12).

Pero hubo muchos que fueron capaces de abrir sus ojos a la luz y de mirar de un nuevo modo la realidad a la luz de esa luz. Fueron los sencillos de corazón, los que estaban en actitud de búsqueda, los que mantenían viva la esperanza; los que no temían complicarse la vida cuando viesan que ello merecía la pena.

Fue a éstos a quienes se iba revelando Jesús progresivamente en su intimidad. Cuando la vida iba acompasándose a la revelación, ésta se iba haciendo más intensa y más plena. Cristo iba revelando el secreto de su personalidad a quienes lo iban aceptando como amigo y como íntimo, a aquellos que le daban entrada en sus vidas. La vida era la respuesta a la luz. Porque también la luz era vida. Por eso dice San Juan, refiriéndose a Cristo como Palabra encarnada: “*Ella contenía vida y esa vida era la luz del hombre*” (Jn. 1, 4).

COMPROMETIDOS CON EL HIJO DE DIOS

El hombre de corazón sencillo no sólo está abierto a la verdad, sino que también está abierto a la vida. Y estar abierto a la vida supone estar dispuesto a darle una nueva orientación, hasta radicalmente distinta, para acomodarla a la verdad.

Esta es la razón por la que muchos, antes y ahora, no aceptan la verdad de Jesús, porque no están dispuestos a revisar sus vidas para acomodarlas a la gran verdad de la divinidad de Jesús. Esta gran verdad,

como Jesús nos irá revelando, consiste en el hecho de que Dios nos ama y en que el amor es el norte que debe dirigir nuestra vida.

La divinidad de Jesús se nos va revelando gradualmente. Desde esta revelación vamos descubriendo que su divinidad es lo que da sentido y unidad a su vida. Todos sus hechos y enseñanzas están apuntando hacia esa divinidad de tal manera que, sin ella, no se pueden explicar; pero también puede el hombre cerrarse a la verdad; es lo que les sucedía a aquellos de quienes te acabo de hablar.

A medida que uno se pone en contacto con Jesús, va descubriendo en sus obras y en su enseñanza tal finura de cariño y tal intensidad en el amor que no es posible tal calidad en una pura criatura a pesar de que externamente parezca sólo eso. Pero a medida que uno va profundizando en su encuentro con Él, se va sintiendo más impactado; su admiración va en aumento; va descubriendo en Él la presencia de Dios, que sale a nuestro encuentro, y el asombro va inundando de gozo el corazón.

Esta reacción se produce cuando uno se encuentra vitalmente con Jesús. No es suficiente un conocimiento

histórico. Es, salvadas las distancias, una reacción parecida a cuando uno descubre el mar aunque lo haya visto en fotografía: su inmensidad sobrecoge. Tú podrás saber muchas cosas sobre Jesús, pero cuando te pones directamente en contacto con Él, produce en tu vida un impacto inenarrable; en Él ves no la suma perfección de una persona humana, sino que vas descubriendo en Él la inmensidad del cariño de Dios a todos los hombres y a ti. Y este cariño de Dios le sale tan de dentro y le es tan propio, que ves a la divinidad presente en Él de una manera connatural. A pesar de todo, es necesaria la revelación del Padre para pasar al convencimiento de que la divinidad no sólo está presente en Él, sino de que Él es Dios.

Es entonces cuando nuestro encuentro con Él es capaz de darle un vuelco a nuestra vida y de cambiar nuestros proyectos de futuro. Es cuando uno se siente invitado a entrar en el misterio de Jesús. Es cuando uno descubre el porqué de su vida y el sentido de su presencia en este mundo; es cuando uno descubre también la razón de su propia vida. Es cuando vamos descubriendo en Jesús la cercanía de Dios; en Él podemos palpar a Dios; en Jesús se ha roto la imagen de un Dios lejano, al ver en Él al “*Dios con nosotros*”.

La fe en la divinidad de Jesús proyecta su luz sobre la historia de Jesús. El Jesús de la historia y el Jesús de la fe no son dos seres distintos. Se trata del mismo Jesús visto con ojos de fe y no con una actitud racionalista. Jesús es el Hijo de Dios desde el primer instante de la encarnación. Su divinidad no es algo añadido por la comunidad cristiana a alguien que era cómo nosotros. Lo que sucede es que la comunidad cristiana se va constituyendo desde la fe en la divinidad de Jesús; pero Jesús, aún sin ser creído, sigue siendo Dios, el Hijo de Dios. A medida que se acepta esta fe, va constituyéndose la Iglesia; y a medida que la vamos aceptando nosotros, nos vamos incorporando a ella.

También nosotros le damos a Jesús la misma respuesta que le dio San Pedro: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”*. Pero cada día se la damos con una intensidad distinta, como cuando decimos de alguien que es nuestro amigo; puede tratarse de una amistad recién iniciada, de una amistad que se va enfriando o de una amistad muy íntima y muy intensa.

A mí se me ha ido revelando desde niño a través del testimonio de mis padres, de mi familia, de mi

parroquia, de mis educadores, miembros todos de la Iglesia, cuya fe me iban transmitiendo. Mi vida la iba sintonizando con esta fe en la divinidad de Jesús.

A través de los años vas notando que la conciencia de su divinidad se va haciendo más viva e intensa; y no se trata de un mero conocimiento de su vida y de sus obras, sino de una mayor intimidad con el Dios amigo y cercano que es Jesús. No lo veo como un recuerdo, sino como una presencia. Para mí, Jesús es el Dios amigo, el Dios cercano, resucitado, vivo, pendiente de su amistad conmigo. No se me impone; se me brinda y se me ofrece desinteresadamente. No se me manifiesta con una grandeza divina que impone, sino con una sencillez que subyuga. Lo siento cerca, luchando y sufriendo conmigo cuando yo lucho y sufro, y gozando y alegrándose cuando yo gozo y me alegro.

También mi confesión de la divinidad de Jesús se ha visto robustecida por el testimonio de tantos hermanos que se van dejando a jirones su vida por Él. He visto a muchos sufriendo y luchando y trabajando por Él; y los he visto alegres y con serenidad y con una inmensa paz en el alma. He sido testigo de muchas de-

cisiones heroicas; muchas renunciaciones duras y difíciles, motivadas por un amor intenso y entrañable por Jesús. He visto a muchos hermanos con las señales del dolor de Cristo en el cuerpo, quemando sus vidas, día a día, en la soledad, en la incompreensión, en el anonimato. He visto a muchos que podían con facilidad dejar de complicarse la vida con sólo hacer marcha atrás en la línea de amistad con Jesús. Pero los he visto seguir adelante confesando con sus labios y con su vida: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”*.

A ellos, a ti y a mí, el Padre, como a San Pedro, nos lo ha ido revelando. Con esa revelación suave del amigo que se va manifestando al amigo. El Padre nos va conduciendo hacia Él; nos va centrando en Él. Yo lo voy encontrando con mayor intensidad cada día a medida que se me va revelando con mayor claridad.

No sé cuál será tu nivel en tu encuentro con Cristo ni cuál la intensidad de la revelación del Padre en tu interior. Pero indudablemente el Padre te lo está revelando. Debes ver hasta qué punto y con qué intensidad eres capaz de decir, tú también, de verdad y con el corazón: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”*. En Jesús has de acostumbrarte a ver, no una aparición

de Dios, sino la presencia junto a ti, de un Dios encarnado, de un Dios cercano, de un Dios amigo. Pero no olvides que esta cercanía de Dios está exigiendo de ti una cercanía junto a Él. Sé consecuente. Tienes ante ti una apasionante tarea en la realización de tu vida junto a la vida de Jesús. Ten el coraje de aceptar la revelación que gradualmente te va haciendo el Padre de la divinidad de Jesús.

CAPÍTULO III:

JESÚS Y EL PADRE

NOS REVELA AL PADRE

Para entender la obra de Jesús hay que hacer referencia al Padre, que es quien le da sentido. Para entrar en el misterio de Jesús, en el misterio de su vida y de su obra, hay que verle con una dependencia constante de su Padre.

A pesar de la autoridad con que siempre se manifiesta, del señorío con que afronta todas las situaciones, de la superioridad sobre todo cuanto le rodea, siempre se le ve dependiendo de Alguien a quien obedece y a quien intenta agradar en todo: “*Yo hago siempre lo que es de su agrado*” (Jn. 8, 29). Su mundo es su Padre. Hay en Jesús una visión de todo desde la connaturalidad de su visión del Padre. No hay en Él fe, sino visión; y desde esta visión del Padre ve todas las cosas como saliendo de sus manos. En los hombres y en las cosas ve una manifestación de Dios; por eso

ama con locura todo lo que Dios ha creado. Nada le es indiferente; por eso su vida es fascinante; ve más allá de la realidad sensible; percibe todas las cosas como colgando de las manos de Dios.

Si penetramos en su intimidad, vemos en su interior como un “sancta sanctorum” al que nadie puede tener acceso. Su Padre lo llena por completo. Lo absorbe. Es su gran amor y su gran pasión. En ese “sancta sanctorum” sólo habita su Padre. Hay un vacío de todo lo humano, de todo personalismo, de todo interés, de todo apego, de toda voluntad propia: sólo su Padre y sólo su voluntad. Y no es que se retire a su interioridad de vez en cuando; se trata de un contacto permanente. “*Yo no estoy solo*” (Jn. 3, 16), dice en una ocasión.

Es, pues, lógico que al hablar de Jesús hayamos de hablar necesariamente del Padre, que es quien da unidad a toda vida y a toda su obra. Y lo primero que salta a la vista es el cariño inmenso que le tiene y el cariño con que habla de Él. No se trata de filosofías ni de absolutos ni de misticismos; tampoco se trata de una pura racionalidad ni de un moralismo, por muy sublime que sea; ni, menos, de un temor o miedo ante su majestad o su poder absoluto. Nos presenta al Padre tal

como Él lo siente: con cariño. Y nos invita a llamarle, también nosotros, nuestro Padre. Ciertamente que hay una diferencia entre su filiación y la nuestra, por eso dice mi Padre y vuestro Padre, pero nos invita a llamarle Padre.

Al revelarnos al Padre, nos va descubriendo el auténtico rostro de Dios. Y no es que nos lo descubra sólo con sus palabras, nos lo descubre, sobre todo, con su vida, con su vida reflejada en sus palabras. Si su vida podemos resumirla como el cumplimiento de la voluntad del Padre, podemos decir que Jesús es imagen perfecta del Padre y que el Padre se nos revela en Jesús. Si en este caso valiera hablar de psicología, podríamos decir que nadie nos ha hablado de la psicología de Dios como Jesús. Nadie como Él nos ha hablado de sus sentimientos hacia los hombres con tanta elevación, claridad y seguridad; ni tampoco con tanta belleza.

El Padre no sólo está al final de su camino, sino desde el principio. Toda su vida es una íntima relación filial con Él, un continuo estar pendiente de Él. Es verdaderamente su obsesión. Se le ve siempre pendiente de Él con un cariño impresionante.

Sus primeras palabras que aparecen en el Evangelio son: “¿Pero no sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas que son de mi *Padre*?” (Lc. 2, 49). Las pronuncia cuando sus padres le encuentran en el templo. Sus últimas: “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc. 23, 46) en el momento de morir en la cruz. Y durante toda su vida está haciendo constantemente referencia a su Padre.

Y tanto por lo que nos dice como por su actitud respecto de Él, nos está revelando su modo de ser, aparte de que su propia vida es pura transparencia del Padre, y por eso podrá decir “*Quien me ve a mí ve al Padre*” (Jn. 14, 9).

Nos revela principalmente su santidad y su cariño hacia todos los hombres. Lo hace con gestos proféticos, como con la expulsión de los mercaderes del templo, reivindicando con ello la santidad del templo derivada de la santidad del Padre; y lo hace con su predicación constante.

La manifestación de la bondad del Padre brilla de modo especial en su propia vida de bondad extraordinaria, reflejo de la bondad del Padre; y brilla en su acogida a cualquiera que se acerca a Él, sea justo o pe-

adorador; y brilla en sus parábolas. ¿Recuerdas la del hijo pródigo? Es maravillosa esta revelación de su bondad y de su misericordia. Nuestro Padre Dios está pendiente de nosotros, seamos como seamos. Somos sus hijos, tanto si somos buenos como si somos malos. A un padre no le importa cómo sea su hijo para amarle. Cuanto peor es, más sufre su padre por él. Está pendiente de todos nosotros: espera anhelante la vuelta del hijo pródigo y hace salir el sol para justos y pecadores. Pero se complace de un modo nuevo en el hijo bueno.

En esta revelación que nos hace del Padre nos está indicando el proyecto de Dios sobre el hombre y su designio de salvación. Jesús ha sido constituido como punto central de encuentro entre Dios y el hombre. Nos manifiesta el amor entrañable de Dios, que llega hasta el extremo de darnos a su Hijo unigénito y está a la espera de que nosotros le devolvamos amor por amor a través de Cristo, ya que, también a través de Cristo, nos ha dado el Padre su amor. Y Cristo nos revela este designio del Padre, iniciando el camino de comunión con todos los hombres. El Padre se nos da totalmente en el Hijo; el Hijo se nos da totalmente hasta la muerte y se da, en nuestro nombre, totalmen-

te al Padre; y está a la espera de nuestra respuesta en cuanto a darnos nosotros, también totalmente, al Padre uniendo nuestra donación a la que el Hijo hace de sí mismo.

Dios no es, pues, un ser solitario, sino un ser en comunión. Se nos ha dado totalmente en Cristo y confía en que nos demos también totalmente a Él. Esta realidad divina de ser en comunión se nos manifiesta claramente en Cristo, que, como imagen del Padre, es un ser en comunión: en comunión con el Padre y en comunión con todos los hombres.

Su comunión con el Padre y el cumplimiento de la misión que ha recibido de extender esta comunión a todos los hombres, es el principio vital que da unidad a su vida. Por eso podemos ver en Él una soledad y una cercanía. Una soledad en cuanto que nada le llena y en cuanto a que sus pautas en su obrar difieren de nuestras pautas; y una cercanía en cuanto que no cesa de invitarnos a una unión plena con el Padre.

Esta intimidad con su Padre se traduce en una oración constante, en una oración continua: nadie ha orado como Jesús. Su oración consiste en “estar” con el Padre; esto era un gozo para Él. Su oración no era

“para...”; su oración era el objetivo englobante de su vida, era su plenitud, no un medio para conseguir algo determinado. Su oración era fundamentalmente de alabanza y de acción de gracias. No era una oración de arrepentimiento como la nuestra; Él no es un hijo pródigo como nosotros; no pide perdón para sí, sino para los demás. Él es santo como el Padre. Aunque le reconoce una superioridad respecto de su naturaleza humana y afirma expresamente: “*El Padre es mayor que yo*” (Jn, 14, 28), dice también, aludiendo a su naturaleza divina: “*El Padre y yo somos uno*” (Jn. 10, 30).

Su humanidad es la revelación perfecta del Padre. Hasta Jesús, Dios ha estado en camino hacia el hombre. Se le ha ido manifestando a través de los profetas y de los hechos salvíficos, a través de distintas revelaciones. Pero este camino de Dios hacia el hombre ha finalizado en Jesús. En Él ha llegado la plenitud de la manifestación y de la revelación divina. Él es la imagen perfecta del Padre. En Él Dios está con nosotros. Jesús es el Emmanuel; es esto lo que este nombre significa: el Dios con nosotros.

ENVIADO DEL PADRE

Aparte de esa revelación que Jesús hace de sí mismo en su relación con el Padre, nos habla constantemente del sentido de su obra y de toda su actuación. Él se siente enviado por el Padre para cumplir con la misión que el Padre le ha confiado. Alude a éste continuamente. En el evangelio he contado unas cincuenta veces en que Jesús emplea la palabra “enviado” aludiendo a que ha sido enviado por el Padre. Si quieres leerlo desde el capítulo 5 al 8 de San Juan, en ellos encontrarás veinte veces la palabra “enviado”. Jesús insiste una y otra vez en ella. Su estilo al moverse por la vida es el de un enviado.

¿Qué significa esto? Sencillamente, que está siempre haciendo referencia a aquel que le envió, cumpliendo con su encargo con una extremada fidelidad. Toda su vida podemos resumirla en el cumplimiento de la misión recibida. Hay una serie de frases significativas: “*Yo no obro por mi cuenta*” (Jn. 8, 28), “*No hablo por mi cuenta*” (Jn. 7, 17), “*No he venido por mi cuenta*” (Jn. 7, 28); sobre las cosas que dice, afirma: “*No las digo por mi cuenta*” (Jn 14, 10). Es decir, que lo que hace y lo que dice lo está haciendo

y diciendo como enviado, siempre con una referencia y con una total fidelidad a aquel que le envió.

Hay en Él lo que podríamos llamar una psicología de enviado: está actuando siempre en nombre de otro, en nombre del Padre. Como Él mismo dice, “*Las obras que el Padre me ha concedido realizar, las obras que hago, éstas dan testimonio de que el Padre me ha enviado*” (Jn. 5, 36).

Por eso es intransigente en la doctrina, porque no es suya sino de aquel que le envió; por eso es exigente consigo, porque siente la responsabilidad de cumplir con la misión encomendada; por eso todas sus actitudes son una diáfana transparencia del Padre. Por eso quien le ve a Él ve al Padre.

Podemos decir que, como enviado, hay una perfecta sintonía entre su voluntad y la voluntad del Padre: “*Yo no busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió*” (Jn 5, 30), y esta otra frase: “*Yo hago siempre lo que es de su agrado*” (Jn 8, 29).

Por eso no es enemigo de nadie ni se enfrenta positivamente con nadie: porque ha sido enviado a salvar a todos los hombres, justos y pecadores. Pero por eso es también intransigente con toda desorientación,

con todo pecado y con toda falsedad, esté donde esté. Y lo dirá claramente a quien sea; nunca por enemistad sino porque ha sido enviado a liberar a todos de la falsedad y del pecado que hay en cualquier hombre. Y te lo dice también a ti y me lo dice a mí cada vez que, con sinceridad, estamos dispuestos a escucharle. Y lo decía a los fariseos y lo decía a los hipócritas y a los escribas y a quien fuese, porque había sido enviado para salvarlos a todos. Por eso no toma partido en favor de ningún grupo sino en favor del hombre, sea quien sea y sea como sea.

Me dirás que tiene grandes discusiones, y es verdad, pero las tiene porque le quieren hacer callar y porque quieren tergiversar la voluntad del Padre, y Él no se presta a eso. Desvirtuaría su misión si transigiese con una serie de interpretaciones de la Ley que la tergiversaban. Esto chocaba con su misión y El es fiel a ella. Si se enfrentan con su misión, Él acepta el reto. No se vuelve atrás. Es fiel al Padre.

Por otra parte, como es “enviado”, “va” a donde le envían. No es como un maestro que recibe a quienes van a consultarle cualquier cosa de su especialidad. Va recorriendo todas las aldeas y ciudades proclamando

la Buena Noticia del Reino de Dios. Es portador de un mensaje y lo va difundiendo por todas partes. Y como es enviado y actúa en nombre del Padre, quien le recibe a Él recibe a quien le envió, y quien le rechaza, también rechaza a aquel que le envió. Hay una fusión entre el enviado y quien lo envía. Lo mismo que sucederá después cuando Él envíe a sus apóstoles; les dirá: *“Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a aquel que me envió”* (Mt 10, 40). Es la misma misión que se va continuando a través de los tiempos.

Y como la misión que ha recibido no es cuestión sólo de una doctrina, sino de una doctrina conectada con la vida, Él hace de su vida una comunión; es lo que realmente está anunciando: una comunión de vidas entre Dios y todos los hombres. Y desde su vida, invita a todos, en nombre de quien le ha enviado, a hacer también una comunión.

OBEDIENTE AL PADRE

No sé qué pensarás de la obediencia. No es algo que suela tener mucha aceptación, sobre todo entre la gente joven. Quizá si precisamos un poco su sentido, poda-

mos llegar a ponernos un poco de acuerdo sobre si se trata de algo positivo que valga la pena asumir o no.

Algunos piensan que la obediencia es propia de pusilánimes, de gente incapaz de iniciativas propias; como un corsé del que hay que librarse para poder uno actuar por su cuenta; algo así como no tener voluntad propia, bailando siempre al son que le tocan. Yo, desde luego, no entiendo la obediencia así. Al contrario, entiendo la obediencia de modo totalmente opuesto a todo eso.

Los grandes hombres de la Historia, los grandes héroes, los hombres que han dejado huella profunda a través de los tiempos, han sido hombres de obediencia. Han estado cautivados por un ideal, por una empresa, por una ilusión. Ha habido fuera de ellos algo que les ha absorbido, en lo que estaban embebidos; algo por lo que han sido capaces de dar su vida, de sufrir, de luchar. Han sido hombres de voluntad de hierro, que no se han doblegado ante nada ni ante nadie porque estaban pendientes de algo que les absorbía y les cautivaba. Y esto a veces era un ideal, una meta o una persona. Este depender de algo no equivale a no tener voluntad propia, sino a que su voluntad estaba firmemente orientada en una dirección determinada.

Este es el caso de Jesús. Te decía antes que Él se sentía enviado y que toda la razón de su vida consistía, precisamente, en haber sido enviado con una misión determinada. Y como enviado, lo que predominaba en Él era la fidelidad a quien le envió. De ahí que su voluntad estuviese siempre pendiente de la voluntad de aquel que le había enviado. Esto es sencillamente lo que llamamos obediencia. En su obediencia al Padre adquiere Cristo su plena realización humana. Llega hasta las últimas consecuencias obedeciendo a su Padre. Nadie es capaz de apartarle de ese camino. Y precisamente porque obedece hasta el fin, es exaltado a la diestra del Padre y realiza la obra de la redención de toda la humanidad.

Lo que hemos de ver tú y yo en nuestra obediencia, es si aquello a lo que estamos obedeciendo es algo que vale la pena o no. Porque todos obedecemos a algo; obedecemos a eso de lo que dependemos. Y a veces resulta que aquello de lo que dependemos es algo que no vale la pena, como puede ser la droga, el sexo, el placer, la comodidad, el deslumbrar, el dinero, el egoísmo y tantas otras cosas que lo único que hacen es esclavizarnos, por mucho que alardeemos de ser li-

bres. No te estoy soltando un rollo, sino tratando de introducir mi reflexión sobre la obediencia de Jesús.

Si tú y yo admitimos que Dios nos ha puesto en el mundo con una misión determinada y que nuestra realización personal está fundada en el cumplimiento de esa misión, no me negarás que obedecer a Dios es el único camino para realizarnos debidamente, Jesús se realiza así y por eso es modelo válido para todos.

Su obediencia está en perfecta sintonía con la voluntad del Padre, que consiste, como veníamos diciendo, en hacer una comunión de vida con todos los hombres. Y como para hacer comunión es indispensable que haya una donación entre las personas que la hacen, Cristo hizo una donación de su vida hasta las últimas consecuencias, hasta la muerte. Y no es que el Padre quisiese una víctima como reparación, sino un amor que llegase hasta la victimación; lo que quería era una realidad de comunión y un modelo perfecto de la misma en todo el acontecer diario de la vida de su Hijo. Dime si esta obediencia es falta de personalidad. Dime si es de hombres apocados una vida que se resume en estas palabras de Jesús: *“Yo no he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del*

que me envió; y su voluntad es ésta: que yo no pierda a ninguno de los que me ha entregado, sino que los resucite en el último día” (Jn. 6, 38-39). Es la voluntad de Dios la que brilla como norte y razón de su vida. Por eso dice en otra ocasión: *“Nadie me la quita —la vida—; la doy voluntariamente”* (Jn. 10, 18).

Y como es la voluntad de Dios lo que impera, lo mismo obedece que manda. La razón para obedecer o mandar es la misma: la voluntad del Padre. Confiere a sus apóstoles la misma misión que El ha recibido del Padre; enseña con autoridad; es maestro y señor; perfecciona los preceptos de la Ley dándoles un sentido más profundo. Recuerda aquello de *“Se os ha dicho..., pero Yo os digo...”*, que repite varias veces en el sermón de las Bienaventuranzas.

Este viene a ser el sentido de la obediencia de Jesús. Y no me negarás lo extraordinaria que fue su personalidad. Su personalidad es ser Hijo. Su filiación es precisamente su propio modo de existir. Definitivamente y para siempre, es el Hijo, el Enviado; su obediencia filial es su propio modo de vivir, sin buscar nunca la independencia de esta voluntad del Padre. No busca la emancipación como los demás hijos la buscan

a medida que se van haciendo hombres; no se le ve una tendencia de romper con la autoridad del Padre ni, menos, de rebelarse, por mucho que le cueste cumplir lo que le manda. La voluntad del Padre es la única razón de su vida; y la única razón que da sentido a la vida de los hombres. Por eso sus diatribas contra los escribas y fariseos que, con sus interpretaciones de la ley, están torciendo el camino del Padre y están desviando a quienes, de buena fe, quieren cumplir con la voluntad de Dios; al desviar al pueblo están rompiendo el designio de Dios de salvar a todos los hombres.

Esta obediencia plena y perfecta a la voluntad del Padre no es fruto de una evolución ni de un perfeccionamiento de su personalidad; es algo innato en Él. Hay, en todo caso, una manifestación progresiva de su obediencia. No sucede con Cristo como en cualquiera de los humanos que vamos todos evolucionando hacia un perfeccionamiento de nuestras actitudes vitales. La obediencia de Jesucristo es perfecta desde el primer momento; no hay dudas ni fisuras en ella; no va perfeccionando su obediencia. Su obediencia es siempre la misma. Hay siempre una unidad absoluta entre su voluntad y lo que el Padre quiere. Su voluntad está siem-

pre en perfecta sintonía con la voluntad del Padre, y su obediencia consiste en realizarse en su vida de acuerdo con esta voluntad.

Cuando se queda en el templo hay una manifestación de su especial obediencia al Padre, lo cual no significa que, a partir de ese momento, empiece una obediencia especial al Padre. Se trata de una manifestación de la obediencia que, desde el primer momento, ha sido la constante de su vida.

Lo mismo cabe decir del momento de su bautismo, después del cual inicia su vida pública. No es que tuviese en ese momento una experiencia personal de Dios que le llevase a iniciar un cambio en su vida tal como ha sucedido a tantos hombres a través de la Historia. A partir de ese momento no empieza a ser algo nuevo, como ha empezado a ser algo nuevo cualquier santo a partir de una conversión o de una revelación en que su propia vida se ha visto afectada. Sencillamente, el Padre ha dado testimonio de Él mientras que Él sigue en la misma línea de obediencia y fidelidad de siempre.

Precisamente por esa sintonía de su voluntad con la del Padre, no hay tentación que pueda con Él.

Toda insinuación a apartarse lo más mínimo del camino que tiene trazado choca con su voluntad de hierro. Hay una unidad de vida y de criterios. No hay en Él otras obediencias; ni hay desviaciones de ningún tipo, por pequeñas que puedan parecer. “*No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*” (Jn. 5, 30). Idea ésta repetida frecuentemente en el Evangelio.

La superación de las tentaciones en el desierto inmediatamente después de su Bautismo, es también una manifestación de su vinculación plena a la voluntad del Padre. Al rechazar la tentación de convertir las piedras en pan, nos está manifestando que no podemos nunca buscar una autonomía en nuestra vida al margen de Dios; no podemos usar los bienes de Dios en beneficio propio; Dios sabe muy bien cuidar de sus hijos, por eso vendrán los ángeles y le servirán.

Cuando es tentado para que se arroje desde el pináculo del templo confiando en que los ángeles impedirán que se haga cualquier daño, responde que no hay que tentar a Dios. Es también una manifestación de que no hay que llegar nunca a un obrar irresponsable; de que no se trata de decir, al hacer cualquier cosa, lo hago por Dios, sino que hay que hacer las co-

sas porque Dios las quiere así. El designio de Dios va por otros caminos distintos del de llamar la atención y de imponerse por acciones extraordinarias.

Y cuando es tentado de postrarse ante Satanás para conseguir todos los reinos del mundo, la reacción es fulminante: hay que adorar sólo a Dios. Es también una manifestación de que el poder no es el camino apto para propagar el Reino de Dios. Por otra parte, no se postra ante nadie como tantas veces nos postramos nosotros. Sólo ante su Padre.

La misma actitud de obediencia le lleva a la entrega de su vida en la Pasión. Cuando en la oración del huerto le pide al Padre que, si es posible, aparte de Él ese cáliz, su petición va unida a su entrega total a la voluntad del Padre; su petición va acompañada de la manifestación de su total entrega a su voluntad: *“Mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú”* (Mt. 26, 39). Sin desesperación, con plena confianza, con heroísmo, consciente de que, aceptando la voluntad del Padre, está realizando en plenitud su vida; la está entregando para la salvación de todos los hombres, está cumpliendo la misión que el Padre le ha confiado: realizar a través de su donación incondicional, la comunión de Dios con todos los hombres.

Esta compenetración de su voluntad con la del Padre es la característica, nunca rota, de toda su vida desde el principio. Sabe a dónde va y por qué; nada le detiene. No importa que sea muy duro y difícil el camino que tiene que recorrer. No se arredra. No se defiende cuando ha llegado su hora. En el momento del prendimiento, cuando San Pedro saca la espada y trata de defenderle, le dice: “*Mete la espada en la vaina: ¿no voy a beber el cáliz que me ha dado el Padre?*” (Jn. 18, 11). Y cuando sube por última vez a Jerusalén y anuncia claramente a los apóstoles su Pasión, al intentar San Pedro disuadirle, le responde con una frase muy fuerte: “¡Quítate de mi vista, Satanás! Eres un peligro para mí porque tú no piensas como Dios, sino como los hombres” (Mt, 16, 23).

Una voluntad firme y decidida a obedecer, consciente de que su obediencia al Padre es la única manera de realizarse como debe. Creo que ahí tenemos una magnífica lección que aprender.

CAPÍTULO IV:

SU OBRA

ENCARNACIÓN

Después de haberte hablado de la revelación que Cristo nos hace del Padre, voy a decirte algo sobre la revelación que nos hace de sí mismo, revelación que aceptamos por la fe.

Sólo situándonos en una perspectiva de fe, podremos comprender el significado de la presencia de Jesús en medio del mundo. Sólo desde la fe, le podremos ver en toda su significación, centrando en Él la realidad humana. Podremos percibir cómo todo el cosmos está orientado a Él y cómo Él lo reorienta todo hacia el Padre. Desde la visión del sentido de su presencia en el mundo, trataremos de ir descubriendo el porqué de su encarnación, de su vida, de su pasión, de su muerte y de su resurrección.

Habrás oído decir que Jesús es el salvador de todos los hombres. Nos salva a ti, a mí y a todos. “Os

ha nacido un Salvador” (Lc. 2, 11) es el mensaje que nos viene del cielo apenas ha nacido Jesús. Un mensaje de alegría y esperanza que el ángel transmite a los pastores y que será el mensaje que la Iglesia seguirá proclamando a través de los siglos: Cristo es el Salvador de todos los hombres.

Quizá puedas hacerte una pregunta: Cristo ha venido a salvarnos, pero ¿de qué? Pregunta crucial para poder aceptarle como salvador. Es posible que alguien a quien sonrío la vida pueda pensar que no necesita de salvación; si acaso, se lo pensará cuando las cosas no le rueden bien. Sin embargo, la respuesta no es difícil para un hombre de fe.

Aunque en la actualidad no se emplea mucho la palabra pecado, en él hunde sus raíces la realidad trágica del hombre de la cual Cristo ha venido a salvarnos; nos salva del pecado y de todas sus consecuencias. Para acogerle como Salvador, es necesario que tomemos previamente conciencia de la propia pobreza y de la propia realidad de pecado que hay en nosotros.

El pecado es todo lo contrario de la actitud de obediencia que Cristo manifiesta en sus relaciones con el Padre. El pecado es, fundamentalmente, desobe-

diencia a Dios y a su designio sobre el hombre; como consecuencia de ello, es ruptura, desconexión, división, aislamiento; en otras palabras, el pecado supone vivir a nuestro aire, salimos del designio de Dios sobre cada uno de nosotros; salimos de la comunión.

La misión que Cristo ha recibido consiste en restaurar esa ruptura que hay en el hombre, convirtiéndolo de nuevo en un ser en comunión. Supongo que, a tu edad, ya te irás dando cuenta de que la división impera en todas partes. Hay división en el interior de nosotros: piensa en las veces que, a pesar de querer obrar bien, no lo consigues. Hay también división entre nosotros: piensa en la cantidad de tensiones que hay entre unos y otros, desigualdades, injusticias, abusos, marginación, instrumentalización. De esta realidad destructiva tanto del hombre como del proyecto de Dios sobre él, ha venido Cristo a salvarnos. Y dentro de este proyecto, brilla, con fulgor especial, la plena comunión con Dios en la vida eterna a la que estamos destinados.

Los hombres, creados para la amistad y para la unidad, no somos capaces de ver en el otro a un hermano, sino que vemos a un adversario. Esta es la terrible realidad de la historia en que nos movemos los

hombres, a pesar de que formamos cuerpo unos con otros. Lo positivo o negativo de nuestros actos siempre repercute en los demás. Imagínate la repercusión que tendría en millones de hombres la declaración de una guerra mundial, hombres que particularmente no tienen nada que ver con esa declaración; y, en menor escala, piensa en la repercusión sobre su propia familia, de un padre alcohólico, de un hijo drogadicto, etc. Estamos unidos y vinculados unos a otros formando una única unidad sobre la que repercute el bien y el mal que cada uno de nosotros hacemos. No somos seres aislados e independientes unos de otros. Así es ahora y así ha sido siempre.

Y entramos de lleno en lo peculiar de la presencia de Cristo en el mundo: ataca al pecado en su raíz; hace de su vida precisamente lo contrario del pecado; hace una comunión de Dios con el hombre y de los hombres entre sí. El Dios rechazado por el pecado se incrusta en la humanidad, se vincula a ella y la resitúa en su verdadero puesto. Restablece la comunión. Su presencia en medio de nosotros es como el agua que cae sobre la tierra reseca y agrietada: la empapa, la suaviza, la une; sobre esa tierra empapada por el agua

pueden aparecer de nuevo las flores que hubo un día ya muy lejano. Es lo que llamamos la Encarnación: Dios con nosotros en Cristo.

Fíjate que te acabo de decir que Dios se incrusta en la humanidad, es decir, que se vincula a los hombres, a todos y a cada uno. De ahí que la presencia de Jesús en medio de nosotros no puede equipararse a la presencia de cualquier hombre por muy extraordinario que sea, porque es hombre sujeto, como nosotros, al pecado. Jesús, aunque es hombre como nosotros, es “Otro”. Es Dios y hombre al mismo tiempo. Es Dios que se ha hecho hombre para reconducir la Historia humana por los caminos del amor, caminos distintos de los de tensión, de rivalidad y de división por los que ha ido discurriendo.

Con Jesús se inicia una nueva etapa en la humanidad. Se inicia la etapa de la salvación de los hombres. Te decía antes que la presencia de Jesús en el mundo era como la lluvia que cae sobre la tierra reseca: viene de fuera y aporta algo que no hay en la tierra, la humedad. La Encarnación supone una venida de Dios desde fuera; pero supone, al mismo tiempo, una integración de Dios con la humanidad, una vinculación plena y to-

tal. Por la Encarnación, Jesús forma cuerpo con nosotros, se vincula a nuestra historia y a nuestra realidad. La humanidad es otra desde el momento en que Cristo se ha vinculado a ella por la Encarnación.

La humanidad es otra desde la Encarnación, porque sucede algo parecido a lo que sucede cuando una estrella del deporte ficha por un equipo modesto. Con ese fichaje el equipo es otro. Tiene otra categoría, tiene otra fuerza, otras posibilidades.

Es éste el caso de la humanidad a partir de la Encarnación de Cristo. Esta humanidad nuestra que, a través de su historia, ha ido de fracaso en fracaso, de opresión en opresión, de guerra en guerra y de destrucción en destrucción. Se ha visto reforzada con un nuevo fichaje capaz de aunar a todos los hombres en el amor y en el servicio, capaz de construir en vez de destruir, capaz de llegar a una verdadera comunión entre todos los hombres en vez de seguir por el camino de la lucha y de la división. Por eso la presencia de Cristo en el mundo abre a los hombres un camino de ilusión y de esperanza.

Esta vinculación con todos le supone cargar sobre Él, como miembro de la humanidad, todo el peso

de esta humanidad rota en mil pedazos, para recomponerla. Por su encarnación, Dios le sitúa en el centro neurálgico de la Historia de la Humanidad para que, haciendo comunión con todos los hombres, realice en sí el designio del Padre: la unidad de todos con Él en Cristo. Hasta llegar a conseguir eso que dice San Juan 14, 10: “*En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros*”.

Este es su proyecto alrededor del cual gira toda su vida, proyecto que hemos de asumir nosotros si queremos que nuestra vida tenga sentido. En Él vemos abierto el camino de la unidad porque Él no vive replegado sobre sí como solemos vivir nosotros. Al tomar nuestra propia carne queda vinculado a todos los hombres y se hace solidario con todos. Es capaz de olvidarse de sí para estar totalmente abierto a los demás y pendiente siempre de cualquiera que pueda necesitar de Él. Es sencillamente la presencia de Dios en medio del mundo. Es el “*Dios con nosotros*”.

Desde esa situación de “*Dios con nosotros*” inicia su obra de recomponer la unidad rota. Con ello le da a la Historia un nuevo sentido, un nuevo aire, sin romperla ni detenerla. Siguiendo con la imagen del

equipo, la presencia en el campo del jugador estrella eleva el ritmo de juego del equipo, da moral y estímulo a sus compañeros, que van adquiriendo un nuevo ritmo jugando con Él y aprendiendo a jugar como Él. Empieza a haber un nuevo equipo.

El “*Dios con nosotros*”, es decir, la inserción de Dios en la Historia del hombre, es el primer paso para hacer de la humanidad un “*Nosotros con Dios*”. Este es el sentido de la presencia de Jesús en el mundo, el sentido de toda su vida: hacer que los hombres, todos los hombres, se realicen según el designio del Padre, como hombres en comunión entre sí y con Dios a través siempre de Cristo, punto central en quien la Comunión tiene su consistencia.

Vale la pena que nos detengamos un poco en la consideración del sentido de esta comunión para poder comprender un poco mejor en qué consiste la salvación cristiana que a veces podemos concebir demasiado superficialmente. Atiende bien a esto que voy a decirte, pues es fundamental para comprender la obra de Jesús.

Nos quedamos muy cortos si consideramos sólo el ejemplo que te he puesto del jugador estrella que ficha por un equipo: hay en este caso una relación

un poco desde fuera, una influencia externa de ánimo, de estímulo, de ayuda, de invitación a la imitación, etcétera. Hay una solidaridad, hay una unidad, una vinculación, pero siempre desde fuera. Los jugadores del equipo siguen siendo los mismos; cambian sus relaciones entre ellos lo mismo que sus relaciones con quien se constituye como estrella del equipo.

También nos quedamos cortos si consideramos nuestra comunión con Jesús y nuestra salvación, como un cambio de nuestra relación con Él de manera semejante a como cambiamos nuestra relación con una persona, pasando de ser enemigos a ser amigos. Cuando nos hemos perdonado, hemos cambiado; hemos cambiado nuestra relación, pero seguimos siendo los mismos de antes aunque con una relación nueva entre nosotros. La comunión con Jesús va más allá de una relación de amistad tal como se da entre nosotros. Es amistad, ciertamente, pero va más allá.

Te pongo algún otro ejemplo que te ayudará a profundizar en el conocimiento de ésta comunión de vida con Jesús. Empiezo por proponerte uno que puso el mismo Jesús: nuestra relación con Él es semejante a la unión que hay entre la vid y los sarmientos. Los sar-

mientos viven de la savia de la vid; del mismo modo, la vida de Jesús se nos transmite a nosotros; su vida es nuestra vida; ya no se trata, como en los ejemplos anteriores, de un cambio externo; se trata de algo vital, de un cambio interno, de una infusión de vida nueva; la vida propia de Jesús se nos comunica a nosotros de manera semejante a como la savia de la vid se comunica a los sarmientos que brotan de ella o se injertan en ella.

San Pablo nos propone otro ejemplo en la misma línea. Compara nuestra comunión con Jesús a la comunión de vida que hay entre la cabeza y los distintos miembros de un mismo cuerpo. En la cabeza hay principalidad de vida y esta vida se transmite a los distintos miembros. No hay vidas distintas; todos los miembros participan de una misma vida, que procede de la cabeza.

Y si quieres un ejemplo sacado del mundo de la técnica, podríamos decir que Él da sentido a nuestras vidas como la corriente eléctrica da sentido y hace que funcionen las distintas piezas de cualquier electrodoméstico. La electricidad pasa a través de todas ellas y va haciendo que cada una de ellas vaya cumpliendo su

propia función. Sin la corriente eléctrica las distintas piezas son algo muerto e inútil, algo sin sentido que, en vez de estar al servicio del hombre, no sirve más que para estorbar, como estorba todo lo que es perfectamente inútil.

Al vincularse Cristo a la humanidad, nos da su propia vida —es lo que llamamos gracia—, nos renueva interiormente, nos convierte en hombres nuevos, nos da la filiación divina; en una palabra, nos diviniza: forma cuerpo con nosotros en unidad de vida.

En este sentido hemos de entender la Encarnación y la salvación cristiana. Nos salvamos de la división que hay en nosotros y entre nosotros —eso es el pecado— no por una doctrina o por algo externo a nosotros, sino por nuestra integración en la persona de Jesús. Y como todos estamos llamados a la salvación, todos estamos invitados a comulgar con Él. A nadie rechaza, a todos llama. Forma cuerpo con todos los hombres sin distinción; acepta a todos como miembros de su cuerpo. Comulga con todos y está presente en todos. Y es tal su vinculación con todos los hombres que en el día del juicio, considerará hechas a Él las obras que hacemos con los demás. Fíjate en la descripción

del juicio (Mt. 25, 31-46): *“Cuantas veces lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, conmigo lo hicisteis..., y cuantas veces no lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, conmigo tampoco lo hicisteis”*. No dice: cuantas veces lo hicisteis o no lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, “como si” lo hubieseis hecho conmigo o “como si” no lo hubieseis hecho conmigo. No dice “como si”, sino “lo hicisteis o no hicisteis conmigo”.

Por tanto, el objetivo de su vida no es presentarnos sólo, fríamente, un esquema bien trabado de verdades, como pueda serlo un sistema filosófico o doctrinal. Lo que realmente le importa es la historia rota e inacabada de la relación de Dios con el hombre y se inserta en esta historia ofreciendo su vida en comunión.

Al decir en comunión, no quiero decir que, por las buenas, saque al hombre, de su situación de fracaso y, quiera el hombre o no quiera, lo reconduzca al camino. Comunión supone buena voluntad por ambas partes. Precisamente porque su salvación consiste en la comunión, no se trata de una salvación forzada. Se trata de una salvación en libertad. Por eso apela siempre a la libertad y a la responsabilidad del hombre. Por eso su acción consiste en abrir camino y en invitar al

encuentro. Por eso conjuga perfectamente designio de Dios y libertad humana. Pero quien nos salva es Él, la comunión con Él. Su predicación y su doctrina están orientadas a que nos decidamos a comulgar con Él. Cuando nos decidimos a ello y le damos a Él nuestra vida como Él nos da la suya, es decir, cuando hacemos comunión con Él, es cuando nos estamos salvando porque es cuando estamos adquiriendo y realizando el sentido auténtico de nuestra vida; nos estamos realizando en comunión con Él.

Este es el sentido de toda su obra. Es lo que pide ardientemente al Padre: *“Que todos sean uno como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti. Que ellos sean también uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado”* (Jn. 17, 21). A esta obra de comunión se entrega hasta la muerte, sin tácticas, sin miedo, con serenidad, sin fatalismos y sin fanatismos. Esta comunión es lo que da sentido a su encarnación, a toda su vida, a sus obras, a su muerte y a su resurrección.

Su encarnación es toda una realidad y todo un simbolismo. El amigo que comulga con el amigo asume toda su realidad, se hace semejante a él y se solidariza con él. Cristo, el Dios encarnado, se ha hecho

semejante a nosotros y se ha solidarizado con nosotros. Se ha situado dentro de la propia realidad humana. Ha asumido nuestro pecado sin ser Él pecador. Quiere recomponer la imagen del hombre. ¿No te parece normal que sus preferidos sean aquellos que más sufren las consecuencias del pecado? ¿El hombre roto por el pecado propio o por el pecado de los demás? Allí donde hay una imagen rota de Dios, allí hay una presencia especial de Cristo Salvador.

En su solidaridad con los hombres tiene una actitud de escucha ante los deseos humanos más profundos, y no ofrece respuestas parciales, sino perspectivas de fondo y definitivas; y porque quienes padecen la realidad del pecado o las consecuencias del mismo son los que realmente están sedientos de justicia y de respuestas válidas para salir de su situación, son éstos quienes tienen un acceso más fácil a Cristo; están abiertos al otro, no están encerrados en ninguna autosuficiencia, y Cristo es el otro que viene a saciar los deseos más profundos y vitales del corazón humano.

Se hace pobre con los pobres, incomprendido con los incomprendidos, fracasado con los fracasados. No busca ningún interés personal. Sabe que ni los ricos

ni los pobres le harán justicia. Justicia le hará su Padre; pero Él ha venido a salvarles a todos, y precisamente por eso se acerca con una simpatía especial a quienes más necesitan de Él.

En esta predilección por los marginados no abre ninguna lucha de clases, no se vincula sólo a un grupo, no tiene acepción de personas. No le importa quiénes son, ni de dónde han venido, ni quiénes han sido. “*Vendrán de oriente y de occidente a sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de Dios*” (Mt. 8, 11). Se trata de un sentimiento de fraternidad universal. Es una exigencia de su corazón, que pertenece a todos los hombres. Esta dedicación a los hombres la traduce en servicio: ha venido “*Para servir y para dar su vida en rescate por todos*” (Mt. 10, 45). Da su vida por igual, por los ricos y por los pobres; lo cual no equivale a defender la causa de los ricos para seguir siendo ricos.

Es necesario que uno acepte su ofrecimiento como amigo para que pueda encontrarse con el gran amigo Cristo, que no repara en nada para poder servir al amigo. Y el amigo es cualquiera. Da una importancia extraordinaria al hombre, a cualquier hombre, y es

que la persona humana es irrepetible, algo único en la creación.

De tal manera no existe un Cristo separado que no lo podemos concebir sin su vinculación a los hombres. Por eso el cristianismo ha sido siempre iglesia, reunión de los creyentes con Jesús. Como también podemos afirmar que el cristianismo es el desarrollo de la humanidad de Cristo que crece y se está haciendo hasta llegar a la plenitud, al Cristo total. Porque podemos decir que, desde la Encarnación, todo lo hace con nosotros. La Encarnación es punto clave y fundamental para comprender el cristianismo. Cristo, al encarnarse, se hace solidario con los hombres. Ha asumido la humanidad que va a rescatar; ha hecho cuerpo con ella para transformarla y convertirla, de una humanidad rota y egoísta, en una humanidad nueva donde impere el amor, la caridad y el servicio gratuito; una humanidad en comunión y en camino hacia la comunión plena.

VIVE LA AMISTAD

Precisamente por su vinculación con los hombres, por esa comunión de vida con ellos, se encuentra a gusto

con todos. No es un ser alejado de los hombres, a pesar de su intensa vida de oración. El Padre y los hombres son los dos puntos de referencia en toda su vida, y es que el sentido de la misma es la unión en comunión de Dios con los hombres. Por eso no podemos decir que tenga vida privada al margen de su vinculación con los hombres. Les busca y le buscan. Hasta los fariseos acuden a Él con frecuencia: les hablaba con claridad; criticaba sus posturas, pero sin despreciarles como personas. Y no sé qué tenía Jesús, que volvían a Él, aunque no precisamente por simpatía. Indudablemente, admiraban la integridad de su vida, aunque en sus esquemas mentales de fariseos no cupiese aquello de considerarse Hijo de Dios. Estaban demasiado afeerrados a sus criterios y posturas preconcebidas, demasiado pendientes de sus privilegios, demasiado satisfechos de sí mismos para decidirse a aceptar el mensaje nuevo que Jesús les proponía.

Pero el pueblo sencillo no era así. Y es que el pueblo sencillo busca la amistad y capta perfectamente quién es verdaderamente amigo y quién está a gusto con él y a su servicio. Es algo que se nota; se está a gusto con las personas a las que se quiere; se está a

gusto cuando hay dos vidas abiertas la una a la otra, dándose y aceptándose; y el pueblo ve que la vida de Jesús está totalmente abierta a ellos y a su servicio.

Y porque la amistad es la manifestación de la comunión, podemos decir que toda la vida de Jesús, por su inserción en la humanidad, es, toda ella, un canto a la amistad, a la amistad verdadera, a la amistad abierta, a la amistad universal. No predominan en Él los vínculos de carne y sangre ni los de paisanaje; siempre con una clara referencia al Padre. Cuando le dicen que allí están su madre y sus hermanos, su contestación es ésta: “*Aquí están mi madre y mis hermanos* —señalando a sus discípulos—. *Porque el que cumple la voluntad de mi Padre ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*” (Mt. 12, 50).

Esta proyección universal de la amistad tiene una fuerte expresividad en la parábola de los invitados a las bodas: “*Id ahora a las salidas de los caminos, y a todos los que encontréis invitadlos a las bodas..., malos y buenos*” (Mt. 22, 6-9). Rompe con la concepción judía por la que se creían ser ellos los únicos invitados al banquete mesiánico y abre las puertas del banquete a todos, judíos y paganos.

Va ofreciendo su amistad a aquellos con quienes se va encontrando. A unos les invita a que se vayan con Él, como a los apóstoles; a otros les plantea la posibilidad de dejarlo todo y seguirle, como a aquel joven a quien le dice que si quiere llegar hasta el final que venda todo lo que tiene, que lo dé a los pobres y que le siga (Mt. 19, 21); a otros les anima a que sigan buscando, como al escriba que le pregunta por el principal mandamiento, y al final de la conversación le dice: “*No estás lejos del Reino de Dios*” (Mc. 12, 34); a otros perdona, y si tienes en cuenta que el perdón es la máxima expresión del deseo de amistad, comprenderás que una de las páginas más bellas del Evangelio son las que nos relatan la alegría de Dios al perdonar. Recuerda las parábolas de la oveja perdida, la de la dracma extraviada y la del hijo pródigo (Lc. 15, 1-32), y es que a Dios no sólo no le cuesta perdonar, sino que se alegra de hacerlo. Lo contrario de lo que nos suele suceder a nosotros, que a veces lo hacemos un poco a regañadientes.

Se trata además de una amistad personalizada, como es la verdadera amistad. Su amor de amigo se sale de los esquemas de un amor a una humanidad

abstracta o a un hombre indeterminado; es un amor al hombre concreto en su propia realidad y en su propia circunstancia; no se trata de una amistad general, en que se da la impresión de que se ama a todos porque se es incapaz de amar a nadie en concreto. La misma sensibilidad que tiene para captar los más pequeños detalles de la naturaleza y que refleja en sus parábolas, la tiene en las distintas manifestaciones de su amor. Su gran gesto, la gran señal de la grandeza de su amor, es que ha sido capaz de dar su vida por todos nosotros. Y precisamente porque ha sido capaz de eso, su amor le lleva a interesarse por nosotros en cualquier problema y en cualquier situación en que pueda echarnos una mano. Su vida está volcada sobre cualquiera que pueda necesitar de Él.

De ahí la facilidad que tiene de ponerse en contacto con la miseria humana esté donde esté. Tiene a gala llamar hermanos a los más pobres y a los más desheredados. Es incapaz de negarse a paliar el dolor de quienes se acercan a Él sufriendo en el alma o en el cuerpo. Y cura a todos: *“Le traen enfermos de toda clase de enfermedades y dolores... y Él los curaba”* (Mt. 4. 24). Es un amigo que ama desinteresadamente;

busca al hombre, especialmente al pobre, y todos sabemos que el pobre nunca es rentable. Sencillamente, es un amigo que se da como amigo; un amigo que ofrece desinteresadamente su amistad; un amigo que da su vida por el amigo.

Acoge con simpatía a los pecadores que se acercan a Él, y cuando le acusan de ello, dice aquella célebre frase: “*No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*” (Mt. 9, 13).

Es un hombre capaz de llorar, sensible a la desgracias. Lloro por Jerusalén: “*Al ver la ciudad, lloró sobre ella*” (Lc. 19, 41). Lloro cuando le dicen que su amigo Lázaro ha muerto: “*Jesús se echó a llorar*” (Jn. 11, 35).

Defiende a los pecadores. Sólo te quiero apuntar el caso de la defensa que hace de una mujer pecadora que se acerca a Él mientras está comiendo en casa de un fariseo que le había invitado; cuando el fariseo en su interior está juzgando a esta mujer a quién considera despreciable, Jesús hace una defensa de la mujer, verdaderamente sensacional; ella ha tenido detalles con Jesús que el fariseo no se ha dignado tener a pesar de haberle invitado a su casa. Lee el pasaje, que es precioso. Está en Lc. 7, 36-50.

Es un amigo que está pendiente del amigo cuando ve que el amigo sufre por él. Recuerda cuando, en plena calle de amargura, ve a unas mujeres que lloran de pena al verle en aquella situación y, olvidándose de su dolor, las consuela: “*No lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos*” (Lc. 23, 28).

Es sencillamente el amigo que está pendiente de los demás, no de sí; es el que es capaz de no tenerse en cuenta para estar pendiente siempre de los amigos. Una frase suya viene a resumir esta actitud: “*Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré*” (Mt. 11, 28).

PASIÓN Y MUERTE

Cristo, por su pasión y muerte, viene a sellar definitivamente su amistad y donación en favor de la comunión de vida con todos los hombres. Ha abierto el camino de la mutua comunión. Podemos aceptar su vida como nuestra y darle nuestra propia vida como Él nos dio la suya. Será la respuesta del hombre a la comunión iniciada por Él. En la medida en que seamos capaces de darle nuestra vida, nos estaremos asemejando a Él, puesto que Él es totalmente donación y comunión. Por

eso toda nuestra vida como cristianos la podemos resumir como una imitación de Cristo. Convertir nuestra vida en comunión equivale a convertirla en suya, en sumergirnos en el misterio de la comunión en el amor, que es precisamente la misión y la obra que el Padre le encomendó.

Su pasión y muerte vienen a ser la firma del documento en que se plasma toda una vida de donación y de comunión. Amigo fiel hasta el final, con las mismas reacciones de siempre ante todos aquellos con quienes se relaciona.

UNIDAD DE VIDA Y PASIÓN

Voy a ofrecerte algunas consideraciones sobre la relación que hay entre la vida de Jesús y su pasión. Ambas están en la misma línea de fidelidad al Padre. Forman bloque y unidad. En ambas se manifiestan las mismas reacciones de Jesús, su misma manera de ser, sus mismas actitudes, su mismo estilo. En ambas se ve al mismo Jesús cumpliendo hasta las últimas consecuencias con la voluntad del Padre. En ambas hay una tensión entre amor y pecado. En ambas sale siempre triunfando el amor.

El diálogo constante que tiene con el Padre durante toda su vida lo sigue teniendo durante su pasión. Sigue habiendo una revelación del Padre y sigue haciendo una referencia constante a Él. Ora en la cena, ora en el huerto y ora en la cruz. Sus últimas palabras son una oración de confianza en su Padre: “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*”.

Si toda su vida fue una perfecta obediencia al Padre, sigue en esta misma actitud durante su pasión: no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Lo mismo que tantas veces perdonó a quienes se acercaban a Él conscientes de sus pecados, perdona durante su pasión: a Pedro, con una mirada de misericordia; a quienes le estaban crucificando, intercediendo por ellos ante el Padre, ya que no reconocían su pecado y no les podía decir como dijo a tantos pecadores “*tus pecados son perdonados*”, perdona al buen ladrón al pedirle que se acuerde de él cuando esté en su reino.

Contrario a la violencia, lo mismo que regañó a dos de sus apóstoles cuando querían hacer bajar fuego del cielo que acabase con aquellos samaritanos que no habían querido hospedarle, le dice a San Pedro que

meta su espada en la vaina cuando intenta defenderle contra los que le iban a prender.

De la misma manera que da testimonio del Padre constantemente durante su vida, da también testimonio del Padre durante el juicio ante el sumo sacerdote, consciente de que ello le va a costar la vida.

La misma confianza en su Padre, que es la tónica de su vida, la manifiesta en el momento en que, humanamente hablando, llega a saborear la amargura del fracaso: su espíritu lo pone confiadamente en manos del Padre; sabe que no le va a fallar.

Es tentado por sus enemigos cuando lo consideran vencido y derrotado y le dicen que si es el Hijo de Dios baje de la cruz y creerán en Él; lo mismo que fue tentado por el diablo en el desierto cuando le proponía también que si era el Hijo de Dios, convirtiese las piedras en pan o que se arrojase del pináculo del templo. El reino de Dios, en un caso y en otro, iba por distintos caminos.

Lo mismo que se compadece de quienes sufren de cualquier modo y mira por ellos olvidándose de sí, consuela a las mujeres de Jerusalén que lloran cuando lo ven cargado con la cruz camino del calvario.

Defiende a sus apóstoles, ordenando a quienes van a prenderle que les dejen marchar, lo mismo que defendió a la mujer pecadora y a la adúltera y a sus mismos apóstoles cuando se metían con ellos.

Lo mismo que durante su vida es un hombre incomprendido por todos, durante su pasión queda en la más profunda soledad; hasta sus mismos apóstoles lo dejan solo y huyen todos.

Como ves, Jesús es el mismo durante su vida y durante su pasión. Las mismas actitudes, el mismo estilo, la misma grandeza de alma, la misma dignidad, el mismo Hijo de Dios.

También podemos decir que las reacciones ante Jesús son las mismas durante su vida que durante su pasión, como también son las mismas a través de la historia. La misma debilidad de Pedro se manifiesta entre nosotros sus seguidores. También hay actitudes de estar al margen, durmiendo, y huidas como la de los apóstoles, y compasión como la de las mujeres, y aclamación como la de los niños cuando entra en Jerusalén —¡cómo captan los pequeños la realidad de Jesús!—, y cobardías como la de Pilato, y posturas preconcebidas como la de los fariseos, y traiciones como la de

Judas, y burlas como las de sus enemigos cuando lo consideran vencido y derrotado en la cruz, y curiosidad como la de Herodes, y multitudes instrumentalizadas como las que gritaban que lo crucificasen.

Y ya que estamos hablando de una serie de actitudes con respecto a Jesús, no sé si valdría la pena que te plantease, aunque sea entre paréntesis, cuáles son tus actitudes con respecto a Él; si se parecen y en qué, a alguna de éstas. Intensifica las que veas positivas, corrige las que veas negativas y perfila las que veas defectuosas. No olvides que su vida y su pasión nos están revelando la inmensidad del amor de Dios a todos y a cada uno. No te refugies en el anonimato si no te decides a entregarle tu amor como correspondencia al amor que Él te ha entregado. Ten en cuenta que Él se entregó por todos y por cada uno. Algo así como un padre que entrega su vida por todos sus hijos, la entrega por todos y por cada uno, de tal manera que lo que ha hecho por todos lo ha hecho por cada uno. No es el número de sus hijos lo que le mueve a dar su vida por ellos, sino el hecho de ser sus hijos; también Jesús ha entregado su vida por todos, pero la ha entregado por todos porque la ha entregado por cada uno; piensa —

porque es verdad— que todo lo que ha hecho Cristo lo hecho POR TI. Y a ver qué decides.

Desde luego que hay una característica especial en su pasión y muerte, que consiste en ser capaz de entregarse y aceptar el padecer y sufrir. Esta actitud oblativa o de entrega no es nada fácil; indudablemente es más difícil sufrir por los amigos que actuar en su favor, porque cuando uno actúa es dueño de sus actos y de las iniciativas que va tomando; cuando uno sufre las acciones de los otros, parece que no se siente tan dueño de sí, se siente impotente, se siente víctima; son los otros quienes toman la iniciativa; el que sufre parece derrotado y humillado. Los otros dan la sensación de ser los triunfadores. Es el caso de los escribas y fariseos que estaban saboreando su triunfo junto a la cruz del Señor. En su Pasión y en su muerte, el Señor fue capaz de llegar hasta las últimas consecuencias en su dedicación a forjar la comunión con los hombres.

Cristo en la cruz es el amigo que demuestra su amistad hasta el final. No hay crisis en su Pasión; hay una voluntad inquebrantable de llegar hasta las últimas consecuencias en su amistad con los hombres. Su Pasión viene a consumir su obra de comunión reali-

zada a través de toda su vida. Su actividad apostólica la consume con su Pasión apostólica. Su vida, dada, adquiere un relieve especial en el momento en que se da por completo, hasta la muerte. Es entonces cuando, como semilla sembrada en el campo del mundo, empieza a dar fruto. Como Él mismo dijo en una ocasión: *“Si el grano de trigo no muere, se queda solo; pero si muere, produce mucho fruto”* (Jn. 12, 24). Ha habido por su parte plenitud de donación en función de la comunión de todos los hombres con Él; a partir de ese momento, ya pueden empezar de parte de los hombres las respuestas de comunión. Por eso podemos decir que la cruz es la cuna de la Iglesia, puesto que ésta es el misterio de comunión entre Dios y los hombres en Cristo.

Sin embargo, es tan escandaloso el final de la vida de Jesús que, lógicamente, hemos de preguntarnos por el sentido de su vida, ya que en el horizonte de la misma queda perfilado claramente el final de la cruz. Preguntarnos sobre el sentido de su vida equivale a preguntarnos por el sentido de su muerte, sobre el sentido del sufrimiento; hay unidad en todo ello y nos hemos de preguntar el por qué.

El camina conscientemente hacia la cruz. ¿Por qué? ¿Qué pretende? ¿Es locura o sabiduría el hecho de que su vida esté abocada a la cruz?

Jesús afronta su pasión con una serenidad extraordinaria y sin ninguna vacilación en su estado de ánimo, y no es que fuese de un temperamento frío ni, menos, que fuese un tanto inconsciente de lo que se le venía encima; sabía perfectamente a dónde iba; pero no se arredra; va a consumir la misión que el Padre le había confiado, y va con la misma decisión con que ha ido cumpliendo, día a día, lo que veía que era su voluntad.

Ha ido a la cruz porque ha querido. Su vida no quedó rota ni sus ilusiones tronchadas; al contrario, la cruz dio plenitud a su vida; la ha aceptado con voluntad plena y consciente. ¿Qué tiene de positivo la cruz de Cristo? Porque si todo acabase en la cruz, su vida hubiera sido un absurdo. Su vida hubiese sido como un camino que se interrumpe bruscamente sin conducir a ninguna parte; sobre todo tratándose del final asumido y querido de su vida; hubiese sido una absurda incongruencia como consumación de una vida limpia y extraordinaria. Hay algo detrás de la cruz que le da

sentido; como hay algo detrás de su humanidad que le da sentido también. Hay algo que podemos intuir de alguna manera, pero que, por nosotros mismos, no somos capaces de descubrir ni de afirmar.

Cierto que, desde un punto de vista humano, una vida que acaba en fracaso y soledad en plena juventud, no deja de ser un absurdo. Y lo sería si su muerte no fuese la expresión del máximo amor dado a todos los hombres para hacer una comunión de amor universal. Es entonces cuando este absurdo de la muerte se transforma en fuerza y sabiduría de Dios.

Llegamos con esto a un punto crucial para comprender el misterio de nuestra redención: la vuelta de la humanidad al Padre a través de Jesucristo. Hemos de recordar para ello la vinculación de Cristo con todos los hombres, que arranca de su encarnación. En otras palabras, la comunión entre Cristo y los hombres no tiene en Él su punto final; acaba en la comunión de los hombres con Dios para la cual Cristo es el mediador, el que hace de puente. Se trata de una vuelta de la humanidad a Dios, pero de una vuelta en la comunión, de una vuelta de la humanidad como tal; no se trata de un perdón externo, sino de un cambio profundo e interno

de la humanidad en su relación con Dios, es decir, de un cambio de la relación entre los hombres y Dios.

No sé si te lo sabré explicar con claridad suficiente, pero te ruego que atiendas bien a lo que te voy a decir, porque se trata de una cuestión bastante embrollada y nada fácil. Te repito que no pierdas de vista en toda esta cuestión, el hecho de la vinculación de Cristo a todos los hombres por su encarnación.

Cristo asume a toda la humanidad y se vincula a ella como cabeza de la misma, por lo que, como hombre y en nombre de todos los hombres, se da al Padre en comunión —lo contrario del pecado—. Por eso su muerte en la cruz la constituye en sacrificio perfecto de la nueva alianza de Dios con su pueblo; sacrificio que significa pertenencia a Dios. Pero esa pertenencia total y perfecta a Dios que significa con el sacrificio, no es sólo una pertenencia personal de Cristo, que siempre ha sido pertenencia exclusiva del Padre, sino pertenencia de toda la humanidad. Porque Cristo actúa de cara al Padre como hombre y en nombre de todos los hombres. Por su encarnación asume toda la realidad humana, responsabilizándose de la situación de pecado que tiene la humanidad, para ex-

piar en sí el pecado de los hombres y reconducirlos a la comunión con Dios.

Habrás oído muchas veces la palabra sacrificio aplicada a la cruz y a la misa. Te repito que sacrificio significa donación a Dios y donación por amor. Su muerte es el final y la coronación de una vida de amor limpio y total. Y es desde este amor de Cristo al Padre desde donde hay que comprender su sacrificio como donación y ofrenda de sí al Padre. Al asumir nuestra realidad humana se responsabiliza ante el Padre de nuestra realidad de pecadores y, en nombre nuestro, acepta la obediencia al Padre, obediencia que nosotros no habíamos sabido aceptar, y expía en su propia carne nuestro pecado.

Por eso su sacrificio no es sólo el simbolismo del deseo de volver a Dios, como eran los sacrificios de la ley antigua, sino que es la realidad viva de la vuelta efectiva a Dios de la humanidad que, en Cristo y por Cristo, se da en comunión y en obediencia al Padre. Su sacrificio es un SÍ tan limpio y absoluto dado a Dios en nombre de toda la humanidad, que anula aquel NO dado por Adán también en nombre de todos sus descendientes. La desobediencia de Adán queda anulada

por la obediencia de Cristo. La humanidad en Cristo vuelve al Padre.

Desde esta perspectiva no hemos de imaginarnos al Padre como un ser sediento de sangre y de venganza. Esto es inimaginable para quienes hemos conocido al Dios del amor. Sólo desde el amor podemos comprender sus designios. Es el mismo Cristo quien se ofrece en sacrificio, dándose por amor hasta la muerte, con una donación total para una comunión perfecta. Lo que quiere el Padre es el amor de los hombres. Y es Cristo quien, en nombre de todos los hombres, le ofrece este amor; amor total, amor hasta las últimas consecuencias, amor limpio hasta la muerte. El Padre se complace en este amor de su Hijo, que salda la deuda de amor que la humanidad había contraído por el pecado. Cristo expía el pecado con su obediencia.

¿Pero quién le ha dado a Cristo la representación de todos los hombres? El mismo que se la dio a Adán, el Padre. Por eso el sacrificio de Cristo es el sacrificio que Él realiza en nombre de todos los hombres. Por eso Cristo es el único camino que conduce al Padre. Por eso nadie puede ir al Padre sino por Él. Por eso “No

hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch. 4, 12).

Su pasión y muerte no es un destino fatal y cruel, sino una exigencia del amor que se manifiesta y se hace visible por el sufrimiento hasta el final. La justicia de Dios se satisface con el infinito amor del hombre-Dios. La encarnación es la revelación del infinito amor del Padre dándonos a su Hijo, y la cruz es la revelación del infinito amor del Hijo dándose al Padre en nombre de toda la humanidad. ¿No es maravilloso sentirnos amados de esa manera por Dios? Yo me alegro enormemente cuando pienso en la Pasión: siento muy cerca el inmenso amor de Dios a los hombres, y me asombro al pensar: hasta este punto llega el amor de Dios al hombre; hasta este punto llega el amor de Dios por mí.

Por eso, el sentido de la Pasión y Muerte de Cristo es su infinito amor al hombre. El Padre se complace, no por la sangre derramada, sino por el amor infinito de Cristo, que llega hasta el derramamiento de su sangre, amor infinito que lleva al más perfecto culto de adoración. Por tanto, la Cruz ¿es una derrota o una victoria? ¿Qué triunfa en la cruz, el amor o el pecado? Indudablemente, la Cruz es la gran victoria del amor.

RESURRECCIÓN

Y entramos ya en el punto clave de nuestra fe: la Resurrección de Jesús. Es la coronación de su obra redentora. Nadie presenció el hecho de la resurrección ni vio cómo se produjo. Hay un desconcierto en la mañana del domingo de Pascua y los mismos apóstoles y los seguidores de Jesús no saben a qué atenerse. Van apareciendo una serie de testimonios que dicen haber visto al Señor que se les ha aparecido resucitado. Los mismos apóstoles van un tanto desorientados hasta que Jesús se les aparece a todos juntos; ellos creen que es un fantasma; el mismo apóstol Tomás no da crédito a sus compañeros y no cede en su duda hasta que Jesús se les vuelve a aparecer estando Tomás con ellos.

Si ésta fue la reacción de los apóstoles ante el anuncio de la resurrección de Jesús, imagínate la que sería la de sus enemigos o la de quienes estaban indiferentes ante la realidad de Jesús. No es raro que corriese el rumor de que, mientras los guardias que custodiaban el sepulcro estaban durmiendo, vinieron los amigos de Jesús y robaron su cuerpo.

La Resurrección de Jesús es objeto de fe. Es algo que hay que creer y que no depende de demos-

traciones históricas. Sin embargo, hay un dato que nos llama la atención y que no veo la manera de explicarlo si no es admitiendo el hecho de la resurrección. Se trata del cambio de la conducta de los apóstoles.

Se trata de unos hombres miedosos, apocados, asustados; que en la última cena que tienen con Jesús están discutiendo entre ellos quiénes ocuparían los primeros puestos en el reino que iba a instaurar Jesús: que inmediatamente después, en el momento en que lo prenden, huyen todos, dejándole abandonado; ven que se han derrumbado todos sus proyectos de cara al futuro; Jesús, en quien habían puesto su confianza, ha muerto; algunos de sus discípulos el mismo domingo se van cabizbajos a Emaús con la desilusión de haber perdido el tiempo que han estado con Él.

¿Cómo es posible que unos hombres con ese talante se lancen a predicarlo sólo unos días después, con una fuerza y con un convencimiento extraordinario? ¿Cómo es posible que, unos días después, se lancen a una predicación decidida y valiente diciendo que Jesús ha resucitado? ¿Cómo es posible que tengan coraje para dirigirse a la multitud con estas palabras: *“Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó;*

nosotros somos testigos” (Hch. 3, 15). ¿Cómo es posible que, al comparecer Pedro y Juan ante los mismos que habían condenado a Jesús presididos por el mismo sumo sacerdote, les digan que el prodigio que ellos acababan de hacer con un enfermo lo han hecho en nombre de Jesús, “*A quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de la muerte*”? (Hch. 4, 10).

Si entiendes este cambio de actitud sin que estén convencidos de su resurrección, dímelo, porque yo no lo entiendo de ningún modo. Aunque no intentes convencer con razonamientos a nadie del hecho de la resurrección de Jesús si no cree en ella, porque no lo lograrás. Como todos los misterios, es algo que hay que creer más que probar. Creer en la Resurrección de Jesús es una revelación del Padre en la interioridad del corazón de cada creyente. A lo único que podemos llegar en nuestros razonamientos es a convencerle, y a convencernos, de que nuestra fe en la resurrección de Jesús es razonable, es decir, que no es algo irracional.

En un primer tiempo, lo que ven los apóstoles es lo que podemos ver tú y yo: que el sepulcro está vacío. Los que no creen podrán acudir a mil razones como la que propagaron sus enemigos diciendo que los

discípulos habían robado el cuerpo u otras que se puedan ingeniar. Pero esta realidad del sepulcro vacío te aseguro que a mí personalmente me produjo una honda impresión cuando estuve en Jerusalén.

He visitado sepulcros de grandes personajes: el de los Reyes Católicos, en Granada; los de los reyes de España, en El Escorial; el de San Francisco, en Asís; el de Santa Teresa, en Alba de Tormes; el de San Pedro, en Roma. Te confieso que estas visitas me causaron honda impresión; dentro de cada uno de estos sepulcros están los restos de quienes dejaron una huella profunda en la historia política o religiosa, con una influencia que se ha dejado sentir incluso siglos después de su muerte. Parece mentira que tal grandeza quepa dentro de un espacio tan pequeño y frío como es un sepulcro, por muy artístico que éste pueda ser. Y uno piensa: aquí está el cuerpo de tal personaje a quien admiro y con quien me hubiera gustado tratar y convivir. O, ya en el terreno personal, cuando visito el sepulcro de mis padres, tengo para ellos el recuerdo emocionado de aquellos que más me quisieron en mi vida y que más hicieron por mí; allí están sus restos; yo mismo estaba presente cuando introdujeron allí sus cuerpos muertos y allí siguen hasta ahora.

Pero cuando visité en Jerusalén el sepulcro donde fue enterrado el Señor, el motivo de mi impresión y de mi emoción fue muy distinto. Allí estaba el sepulcro de Cristo, pero... ¡vacío! Cuando el domingo por la mañana, al salir el sol, van unas mujeres al sepulcro, ven que la losa está quitada, y cuando entran, ven a un joven vestido de blanco que les dice: “*Ha resucitado, no está aquí; mirad el sitio donde lo pusieron*” (Mc. 16, 6).

Esta es la peculiaridad del sepulcro de Cristo: es un sepulcro vacío: “*No está aquí*”, dijo el ángel. Los demás sepulcros pueden ser célebres precisamente porque allí están enterrados personajes famosos; incluso el hecho de que ciertos lugares se hayan convertido en centros de peregrinación es también debido a que allí están los restos de personas que fueron importantes. El sepulcro de Cristo, al contrario, se ha convertido en lugar de peregrinación a través de la historia, precisamente porque se trata de un sepulcro vacío.

Es de notar que siempre que Jesús habla de su muerte —cinco veces— la relaciona con la resurrección. La cruz sería un absurdo si no estuviera la resurrección detrás. Su resurrección no es como la de

aquellos a quienes Él resucitó y que continuaron viviendo la misma vida de antes; ni hemos de concebirla como cuando, de pequeños, veíamos a Cristo como triunfador sobre sus enemigos, que no pudieron con Él. Tiene un contenido de mucha densidad. La resurrección es como el sello del Padre aceptando la vida y la muerte de Jesús y restableciendo la comunión con los hombres. La glorificación es el resultado de la acción de Cristo y del Padre. Es el momento de la comunión perfecta de la divinidad con la humanidad, que llega, a través de Cristo, a la gloria del Padre. Es la rúbrica y la garantía de que Cristo hombre, y en nombre de todos los hombres, ha llegado a la comunión perfecta en el amor y en la gloria.

Aunque por el sacrificio de Cristo tenemos abierto el camino hacia Dios, es necesario que cada uno de nosotros nos unamos personalmente a este sacrificio que Cristo hizo de una vez para siempre; es necesario que también nosotros aceptemos ser sacrificio con Él. Este es el aspecto fundamental de la Eucaristía como incorporación nuestra al sacrificio de Cristo.

En la Eucaristía nos unimos a este sacrificio para ser, también nosotros, sacrificio con Él; de ahí

que la Eucaristía sea el sacrificio de la Iglesia que, unida al sacrificio de Cristo, acepta, con Él y como Él, el compromiso de una obediencia plena a la voluntad del Padre, que nos pide hagamos de nuestra vida una comunión con Dios y con los hermanos. La acción de Cristo se consuma en la cruz y la acción de la Iglesia en la Eucaristía. Al participar en ella participamos del sacrificio de Cristo y estamos caminando hacia la Resurrección.

Pero como Cristo ha actuado en nombre de todos, el Padre nos ha glorificado radicalmente a todos cuando el Padre lo ha glorificado como hombre vinculado a los hombres. Por eso pudo decir San Pablo: *“Nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con Él”* (Ef. 2, 6). El Padre que toma la iniciativa en rehacer en Cristo la comunión con los hombres, dándonos en su Hijo, acepta la donación en obediencia que le hace su Hijo en nombre de toda la humanidad y le comunica, también destinada a toda la humanidad, su propia gloria. Obediencia y glorificación que se debe continuar en nosotros.

El hecho de la resurrección viene a romper el fracaso y la resignación de la cruz; la cruz, para el cris-

tiano, dejará de ser un escándalo y una necedad para convertirse en fuerza y sabiduría de Dios; la resurrección que hay detrás de la cruz da sentido pleno a la vida y a la muerte.

Por la Resurrección, Cristo continúa vivo; está presente entre nosotros siempre; por tanto, podemos establecer con Él relaciones de amistad. La resurrección le libera de todas las limitaciones geográficas e históricas para poder ser todo en todos. Desde esta perspectiva de la resurrección adquieren un relieve especial algunas expresiones de San Pablo en las que entona un himno a la gloria y a la grandeza de Cristo, como cuando dice: *“Nos eligió con Cristo..., destinándonos... a ser un himno a su gloriosa generosidad..., y la derrochó con nosotros, revelándonos su designio, ... y proyecto que Él tenía para llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celeste”* (Ef. 1, 4-10).

Un poco más adelante sigue diciendo: *“Que tenga iluminados los ojos de vuestra alma para que comprendáis qué esperanza abre su llamamiento, qué tesoro es la gloriosa herencia destinada a sus consagrados y qué extraordinaria su potencia en favor de*

los que creemos, conforme a la eficacia de su poderosa fuerza” (Ef. 1, 18-19).

También en la carta a los Colosenses entona un himno a la gloria de Cristo: “*Él es el modelo y fin del universo creado, Él es antes que todo y el universo tiene en Él su consistencia. Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Él es el principio, el primero en nacer de la muerte, para tener en todo la primacía, pues Dios, la Plenitud total, quiso habitar en Él para, por su medio, reconciliar consigo el universo, lo terrestre y lo celeste” (Col. 1, 16-20).*

Pero donde el canto del apóstol a la gloria de Cristo adquiere, a mi modo de ver, su mayor densidad es cuando dice en Fil. 2, 7-11: “*Se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos. Así, presentándose como simple hombre, se abajó, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el título que sobrepasa todo título; de modo que a ese título de Jesús toda rodilla se doble —en el cielo, en la tierra, en el abismo— y toda boca proclame que Jesucristo es Señor, para gloria del Padre”.*

Este es el título que le dan después de su resurrección: Señor. Cuando se les aparece a los apóstoles, dicen: “*Es el Señor*” (Jn. 21, 7). El apóstol Tomás, al poner sus dedos en las llagas, dice: “*Señor mío y Dios mío*” (Jn. 20, 28). San Lucas dice: “*El Señor resucitó y se apareció a Simón*” (Lc. 24, 34). Constantemente, en los Hechos y en las cartas se emplea el título de Señor. Es el Señor, que ha recibido del Padre la gloria destinada a toda la humanidad. Cristo es entronizado y glorificado para gloria de Dios Padre.

EXIGENCIA DE AMISTAD

No podemos olvidar que la obra de Jesús somos nosotros. Su obra consiste en configurarnos a su imagen. Respetar nuestra libertad, pero nos invita insistentemente a ser como Él; no le gustan las medias tintas ni las posturas ambiguas, y a nosotros no nos suele gustar demasiado tomar posturas radicales, aunque admiramos a quienes las toman; no nos atrevemos a apostar fuerte y Cristo nos invita a apostar fuerte en favor de su amistad.

Aceptarle como amigo nos ha de suponer dejar de lado muchas cosas incompatibles con una amistad

verdadera; estamos muy llenos de pequeñas cosas y de pequeñas amistades, y a Él hay que hacerle sitio en nuestro interior. Él ha amado demasiado para conformarse con cualquier cosa. Quien ama mucho exige mucho; y precisamente porque Jesús nos ha amado hasta dar su vida por nosotros es muy sensible a la ingratitud, y ésa es a veces nuestra respuesta.

Hay en el Evangelio una pregunta que queda flotando en el aire y que debiera ser un revulsivo para todos nosotros: es la queja de quien ama intensamente y no se ve correspondido. Me estoy refiriendo a aquel pasaje en que cura a diez leprosos y sólo uno vuelve a darle las gracias: “¿No han sido diez los curados? — dice—. ¿Dónde están los otros nueve? ¿No ha habido quien vuelva a dar *gloria a Dios sino sólo este extranjero*” (Lc. 17, 17). No recuerdo otra queja de Jesús en el Evangelio. Y es que cuando uno ha sido capaz de dar su vida por otro, no puede conformarse con que éste le devuelva sólo unas migajas de la suya.

Jesús es un amigo de verdad, no es un amigo cualquiera. Por eso es exigente. Para optar por la amistad con Él hay que romper con todo aquello que pueda enturbiarla, sea lo que sea, aunque se trate de cosas

tan queridas como la mano, el pie o el ojo (Mt. 18, 8-9). Hay que estar dispuestos a perder hasta la vida por Él: *“El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque si uno quiere salvar su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por mí la conservará”* (Lc. 9, 23-24).

Se antepone a todo; no admite componendas ni medias tintas. El amor que nos pide no puede estar condicionado por nada ni por nadie: *“El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí, y el que no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí”* (Mt. 10, 37-38).

Es exigente en la llamada. Cuando dice *“Sígueme”* no admite condiciones. Recuerda aquello de Mt. 8, 22: *“Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos”*. Se trata de una llamada que no admite demora en la respuesta; y no la admite porque se trata de lo más importante y trascendental que hay en el hombre: ocupar el puesto que Dios le ha asignado: únicamente ocupándolo podrá realizarse como Dios quiera que se realice.

Cuando llama, pide una respuesta inmediata. ¡Con lo que nos gusta ir dándole largas al asunto! Pide el ahora, sea cual sea nuestro pasado, y pide que se haga una opción por la plena amistad con Él sin miedo a los riesgos del futuro.

Esta exigencia de respuesta radical, exigencia que nunca disimula, tiene su lógica explicación en que, al invitarnos a seguirle, nos está también invitando a poner, como Él, toda nuestra confianza en el Padre. Al mismo tiempo que exige, da seguridad y confianza: la misma que tiene Él, porque el apoyo, suyo y nuestro, es la confianza en el Padre. Por eso en la última cena les dice a los apóstoles: “*No temáis, yo he vencido al mundo*” (Jn. 16, 33).

Es exigente en la confianza que deben tener en Él quienes le siguen. No busca formarse un grupo numeroso de seguidores para sentirse respaldado. No necesita el respaldo de nadie; sólo el de su Padre. Por eso a los suyos no trata de convencerles con razonamientos. Sencillamente, proclama su verdad y su mensaje e invita a aceptarlo, no a discutirlo. Su palabra hay que aceptarla toda e incondicionalmente.

A mí me llama la atención el pasaje en que promete la institución de la Eucaristía. Hay que reconocer

que la promesa que hace de que su carne sería verdaderamente comida y que su sangre sería verdaderamente bebida debió poner a prueba la fe de quienes creían en Él. Efectivamente, nos dice el Evangelio: “*Muchos discípulos dijeron al oírlo: este modo de hablar es intolerable... Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron más con Él*” (Jn. 6, 60 y 66). Es impresionante esta escena, como lo es también la actitud de Jesús que, ante esta reacción, no trata de convencerles; la fe en Él se funda en su testimonio, no en un convencimiento racional de lo que propone; por eso, en vez de llamarles y tratar de convencerles, se dirige a los doce y les pregunta: “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn. 6, 67). Le resultaría doloroso ver que algunos amigos le abandonaban, pero exigía una aceptación plena del mensaje que proclamaba porque era el mensaje que había recibido del Padre.

También a través de la historia muchos lo han rechazado o no lo han tomado en serio. También muchos han considerado absurdo lo que es palabra de vida. También muchos se han echado atrás y no han vuelto más con Él; sobre todo los autosuficientes, los orgullosos, los seguros de sí mismos, los comodo-

nes, los que no admiten otro principio válido para el convencimiento más que la razón. Tampoco entonces los jefes creían en Él y lo tenían a gala: “¿Hay, por ventura, alguno entre los jefes o entre los fariseos que *haya creído en Él?*” (Jn. 7, 48).

Aunque en la actualidad podamos tener la impresión de que esto de la fe ya no se lleva, hay en nuestro mundo, y los ha habido a través de la historia, millones y millones de hombres y mujeres de toda edad y condición con una vida plenamente dedicada a Él y que no han dudado en ofrecerle incondicionalmente sus vidas como respuesta a la llamada y a la invitación de seguirle; que no se han echado atrás y que también, como San Pedro un día, le han dicho: “*Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios*” (Jn. 6, 68-69).

¿Y tú? ¿Qué tal? ¿Te decides a seguirle? ¿Te fías de Él? ¿Te arriesgas por Él?

CAPÍTULO V:

MORAL CRISTIANA

DOCTRINA Y MORAL

Vamos a ver si sé explicarte correctamente algunos puntos fundamentales sobre la moral de Jesús. Su moral, como cualquier otra moral, hay que verla en conexión con su doctrina y con su proyecto de vida. Sin embargo, hay que hacer algunas precisiones.

Al hablar de doctrina, estamos acostumbrados a pensar inmediatamente en una serie de verdades dependientes unas de otras y expuestas con lógica. Y al hablar de moral, también solemos ver toda una serie de preceptos y prohibiciones, dependiendo de determinados principios que se profesan y de objetivos que se pretenden conseguir. Y aparece la ley que hay que cumplir por encima de todo; la ley marca el camino, aunque corre el peligro de confundirse con la moral, ya que ni todo lo legal es moral ni todo lo moral es legal.

¿En qué consiste la moral de Jesús? Sencillamente, en que tiene un proyecto de vida que ha recibido del Padre y toda su moral está orientada a la realización del mismo. Esa es su ley y su moral. Su proyecto consiste en realizar la comunión con todos los hombres, y a eso se dedica por completo; y se dedica de tal manera que nos resulta imposible comprender su vida si la desconectamos de dicho proyecto.

Jesús no es un maestro como los demás maestros que enseñan una serie de verdades y aconsejan un determinado modo de obrar. Jesús no se mete en filosofías, ni en teologías, ni en teorías, ni en demostraciones, ni en discusiones sobre las cuestiones que enseña.

Jesús, más que enseñarnos una doctrina, nos revela una verdad triple: la verdad del Padre; la verdad del hombre; y la verdad de sí mismo. Él es la Verdad —así, con artículo—, la verdad que procede del Padre, la verdad encarnada. Por eso, al revelársenos a sí mismo, nos revela al Padre cuya verdad es, y nos revela al hombre porque la verdad del Padre ilumina y da sentido al hombre que hay en Cristo.

Su moral, la moral que Él vive y enseña, no es más que una consecuencia de esa revelación de la pa-

ternidad de Dios y de la hermandad de todos los hombres. Su moral consiste en llevar a término el proyecto de comunión de Dios con todos los hombres. Y ésta es la moral que nos revela con sus palabras y con sus obras. La moral que Él vive y que nos invita a vivir con la misma naturalidad y coherencia con que Él la vive.

Nuestra moral, por ser la suya, es una moral de comunión, una moral que deja siempre la puerta abierta a tareas nobles y dignas, una moral de olvido de sí para darse sin reservas al bien de los hermanos, conscientes de que los hermanos son todos los hombres. Esa moral es la que nos ha de dar un gran señorío sobre todas las cosas. Nada ni nadie nos puede impedir ofrecer nuestra vida en comunión a los hermanos; es lo que hizo Jesús y ésta fue su moral.

Te aconsejo que, al pensar en la moral cristiana, te fijes más en su belleza y grandiosidad que en sus exigencias y dificultades; cierto que las tiene, pero uno es capaz de los mayores sacrificios cuando les ve sentido. La moral de Cristo es de una belleza apasionante. Si no miras a ese proyecto de comunión al cual tú y yo y todos los hombres somos invitados, corres el peligro de ver en la moral algo sin sentido; corres el peligro

de preguntarte: ¿Por qué yo no puedo hacer esto o por qué tengo que hacer lo otro? Corres también el riesgo de limitarte a “cumplir”, y esto es muy peligroso. ¿Te acuerdas de la parábola del fariseo y del publicano? El fariseo “cumplía” con todos los preceptos de la ley, y eso le hizo caer en el orgullo y en el desprecio a los demás. No va por ahí la moral cristiana. Nada más contrario a ella que la autosatisfacción de haber “cumplido” con una serie de prescripciones. Bueno, no interpretes que te estoy diciendo que no cumplas lo que está preceptuado; lo que quiero decirte es que no te enorgullezcas de haberlo cumplido y que no te limites a cumplirlo, sino que veas siempre ante ti campo abierto.

Y todo esto te lo voy diciendo para que te des cuenta de que la moral cristiana no es cuestión de hacer determinadas cosas, sino de ser distintos, de mirar las cosas de manera distinta, de cambiar de estilo de vida, pero de manera radical. Te repito que de lo que se trata es que nuestra vida tenga el estilo de la vida de Jesús. Lo que está en juego en la moral cristiana es precisamente una “nueva vida”.

Por eso nos dice Jesús en su conversación con Nicodemo que hay que nacer de nuevo (Jn. 3, 1-21). De ahí

que en todo el Nuevo Testamento se nos hable constantemente de este aire nuevo que tiene la vida y la moral cristiana; y así se nos habla de vida nueva, de hombre nuevo, de mandamiento nuevo, de espíritu nuevo, de vino nuevo, de cielo nuevo, de tierra nueva, de corazón nuevo... Se trata de un nuevo aire, de una nueva atmósfera que se respira en la Buena Nueva —también nueva— que nos trae Jesús. Él es el hombre nuevo en quien convergen vida, doctrina y moral en unidad indisoluble que nosotros debemos reproducir en nuestras vidas.

Esa unidad de vida en la que nos manifiesta su moral tiene como dos puntos de referencia: Dios y el hombre. Ya te he hablado en uno de los capítulos anteriores de su relación con el Padre. El Padre está siempre en el horizonte más inmediato de su vida. Recuerdo a este propósito que una vez propuse a unos jóvenes un trabajo sobre las relaciones de Jesús con el Padre según el cuarto evangelio, y uno de ellos me dijo: “Pero si el cuarto evangelio parece que habla más del Padre que de Jesús; constantemente está hablando del Padre”. Y es verdad.

Su manera de relacionarse con el Padre es para nosotros una revelación de lo que el Padre es en sí, de

lo que el Padre es para Él y de lo que el Padre es para nosotros.

Su moral de cara al Padre te la resumo en una frase: comunión en la obediencia. No hay más. En Jesús lo que cuenta es lo que el Padre quiere de Él en cada momento. Y lo que quiere es, sencillamente, que cumpla con la misión que le ha encomendado. El cumplimiento de esta misión es lo que viene a configurar toda su vida.

De ahí que si nuestra moral ha de ser la suya, nuestro punto de referencia ha de ser también el Padre; y nuestra tarea, cumplir con la misión que nos ha encomendado; de ahí también que, a semejanza de Jesús, hayamos de tener con el Padre las mismas actitudes de adoración, cariño, acción de gracias, respeto filial, amor coherente, confianza, obediencia... Es el primero y principal de los mandamientos, como nos enseña Jesús.

Su moral nos la enseña con su vida. La vivencia de su filiación es para nosotros modelo de vida religiosa. Nuestra moral respecto de Dios es, a imitación de Jesús, la vivencia de nuestra filiación divina. Este tipo de moral nos lo enseña, más que tratando de conven-

cernos, tratando de animarnos; y en este sentido nos habla de la providencia, de la confianza, de la oración. Él se sabe en manos del Padre y nos invita a confiar en Él; ora constantemente y nos invita a orar.

Su enseñanza respecto a nuestro comportamiento con el Padre la realiza proponiéndonos su imitación como camino. Toda su vida se mueve en un clima de aceptación de la voluntad del Padre sobre Él y de total confianza en el Padre; y a esto nos invita constantemente en el Evangelio.

Lo mismo cabe decir de sus relaciones con los hombres. También con su manera de tratar a los hombres nos está revelando lo que el hombre significa para Él y nos está invitando a imitarle en nuestras relaciones con los demás. Su enseñanza moral sobre el comportamiento que debemos tener en nuestras relaciones, no está fundado en una teoría más o menos bella sobre lo que el hombre es, sino en cómo lo trata Dios y en cómo lo trata Él. En esta manera de tratar al hombre nos está revelando el sentido más profundo del hombre.

Él ha venido para integrarse en la humanidad y para integrar a la humanidad en Él; sencillamente, a formar comunión con todos los hombres; y como para

formar comunión es necesaria la donación, Él ha hecho de toda su vida una donación total en favor de todos los hombres. Ha dado su vida incondicionalmente por todos y por cualquiera. Su manera de actuar en favor del hombre es para nosotros un mensaje y una invitación. Mensaje que nos revela la dignidad y la grandeza del hombre, de cualquier hombre, de cualquier “don nadie”, e invitación a actuar siempre en favor del hombre, de cualquier hombre, sin instrumentalizarlo nunca; relativizando todas las cosas cuando se comparan con el hombre.

Este es el modo de obrar de Jesús. Toda su vida está en función del hombre. Toda su actividad la centra en su salvación. Se ha dado por completo a todos y se ha entregado hasta la muerte por todos. Todo lo relativiza en favor del hombre: incluso el sábado y la ley. Hay una frase lapidaria que a muchos pudo sonar a herejía: *“El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”* (Mc. 2, 27).

Sin embargo, a pesar de la importancia que le reconoce al hombre, ni lo exalta ni lo endiosa; al contrario, insiste en que todo hombre es pecador y así ha de presentarse ante Dios. Recuerda aquella parábola-

la del fariseo y del publicano. Es el publicano quien sale justificado después de su oración en que reconoce ante el Señor su pecado: “*Señor, ten piedad de mí, que soy un pecador*” (Lc. 18, 9-14). Y si alguien se cree con derechos ante el Señor, le recuerda su pequeñez en aquella otra parábola en que el siervo, después de haber cumplido con su deber, pronuncia junto con sus compañeros, que también han cumplido, aquella frase llena de humildad: “*Siervos inútiles somos*” (Lc. 17, 10). Nada de endiosarlo ni de halagarlo. Sencillamente, nos presenta al hombre, a todo hombre, necesitado de redención y de salvación; nos revela la realidad de un hombre roto y fracasado por el pecado y se nos revela como salvador de todos los hombres, como el único salvador. Los esfuerzos que pueda hacer el hombre para salvarse son inútiles si no cuenta con la ayuda de su fuerza y de su amor. Es Él, y solamente Él, quien es capaz de recomponer la imagen rota por el pecado. Se nos revela ofreciéndose a todos para que recobremos nuestro verdadero sentido y para que podamos realizarnos en la vida como hijos de Dios. Este es el sentido de su dedicación a los hombres; éste fue el sentido de su vida y de lo que llamamos la revolución de Jesús.

No ha venido a condenar, sino a salvar. Pero esta salvación de la que es portador, no la impone a nadie; la ofrece a todos, y la ofrece confiando siempre en el hombre y respetando sus decisiones y sus opciones. Esta actitud nos la recordará con aquella parábola del trigo y de la cizaña; no elimina a los malos; deja que los buenos y los malos crezcan juntos y convivan unos con otros; ya vendrá la siega y se hará justicia. No es como nosotros, que queremos anular y eliminar al contrario y, cuanto antes, mejor. Con el señorío del omnipotente deja actuar al hombre, por muy perverso que sea; y como no se le van de las manos las riendas de la historia, está siempre brindando su amistad a unos y a otros, complaciéndose en unos y esperando a los otros que vuelvan. Es el camino de la comunión lo que nos está enseñando con este modo de proceder.

Su doctrina, su moral y su vida forman un bloque indivisible, sin fisuras por ninguna parte. Su doctrina y su moral nos las enseña con su vida; nada de elucubraciones; lo que nos ofrece es una vivencia y nos invita a vivir lo que Él está viviendo. Por eso el cristianismo es sencillamente la imitación de Cristo. Obediencia a Dios y comunicarnos la vida unos a

otros, son los dos polos sobre los que gira toda nuestra vida cristiana. Y no hay más. Nos ofrece su vida y, en la medida en que la aceptamos y la hacemos nuestra, estamos realizándonos según el plan de Dios sobre nosotros. Y como su vida es una comunión plena con Dios y con los hombres, también debe serlo la nuestra; ésa es nuestra moral, como fue también la suya.

Su doctrina es la expresión de la gran verdad del amor de Dios, y la moral es la consecuencia lógica de devolverle a Dios el amor de Él hemos recibido; es la respuesta coherente al amor de Dios; sencillamente, lo que Jesús vivió y manifestó.

Puesto que el cristianismo consiste en una imitación de Cristo, cualquier expresión de fe y cualquier verdad cristiana lleva implícito un estilo de actuación. Doctrina y moral no pueden separarse nunca. Su palabra, por ser expresión de su vida, nos está revelando lo que Él es y lo que Él vive; palabra y vida nos están revelando su persona; y su persona, palabra y vida, nos están hablando de comunión, de donación, de fidelidad y obediencia al Padre y de amor a los hombres. Todo esto lo vive Él en unidad vital. Esta es su moral y debe ser también la nuestra.

LAS BIENAVENTURANZAS

Un resumen extraordinario sobre la moral cristiana podemos encontrarlo en el sermón de la montaña. Jesús nos habla en él de las bienaventuranzas y de las actitudes fundamentales con que los cristianos debemos afrontar la vivencia de nuestra fe. Se halla en San Mateo, del capítulo 5 al 7. Vale la pena que te leas con detenimiento estos tres capítulos. Verás cómo en ellos se refleja la vida de Jesús y verás también cómo nos falta mucho, a ti y a mí, para vivir con naturalidad ese estilo de vida cristiana que debe tener como modelo al Señor. Desde luego, el aire que se respira en este sermón no se parece en nada a los criterios por los que nos dejamos guiar en nuestro modo de actuar. Voy a tratar de resumírtelo en pocas palabras.

Empieza llamando bienaventurados o felices a quienes son pobres, no violentos, misericordiosos, a quienes están afligidos, a quienes tienen hambre y sed de justicia, a quienes trabajan por la paz, a quienes son perseguidos por su fidelidad. Y a continuación llama bienaventurados a los suyos cuando “*Os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos*”. Esto, como aperitivo.

A continuación nos dice que seamos luz que alumbre a los hombres; que vean el bien que hacemos y así que glorifiquen al Padre que está en los cielos. Él ha venido, no a derogar la ley ni los profetas, sino a darles cumplimento, no de una manera externa, sino desde la interioridad y la rectitud de intención, es decir, desde aquella dimensión del amor y de la caridad que es la razón de los distintos preceptos.

Y vienen una serie de preceptos que Él va a perfilar con la expresión, varias veces repetida: “*Habéis oído que se dijo a los antiguos..., pero yo os digo...*”. Y así, el no matarás lo traduce en la reconciliación con el hermano antes de presentar la ofrenda ante el altar. Y el no cometerás adulterio lo traduce en la eliminación de los deseos de adulterio que pueden anidar en el corazón del hombre; y en lenguaje figurado, habla de sacarse el ojo o cortarse la mano si nos son ocasión de pecado. Y ante la permisión del repudio a la mujer, insiste en la indisolubilidad del matrimonio. Y ante el ojo por ojo y diente por diente, nos aconseja poner la otra mejilla cuando nos abofetean. Y ante el mandato de amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo, nos dice que amemos a nuestros enemigos y que recemos

por quienes nos persiguen, que es la actitud del Padre celestial. Como ves, se necesitan muchas agallas para afrontar este nuevo estilo de vida con seriedad. Es sencillamente darle a nuestra vida el estilo que le dio Jesús a la suya.

Y sigue hablándonos no sólo de cosas que hay que hacer, sino del estilo con que hay que hacerlas. Y así nos dice que no actuemos de cara a la galería para ser bien vistos y apreciados por los hombres. Y así, la oración y la limosna y el ayuno hay que hacerlos sin alardear, sin ostentación, sin buscar admiradores. Nos propone como modelo de oración el Padrenuestro y, a continuación, insiste de nuevo en el perdón de las ofensas: si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas.

Nos pone a continuación ante la disyuntiva de Dios o el dinero. Nadie, nos dice, puede servir a Dios y al dinero. Dejaos de amontonar riquezas en la tierra: amontonad riquezas en el cielo. A continuación hay una de las páginas más bonitas del Evangelio. Es aquello de que no andemos agobiados por el día de mañana pensando qué comeremos o con qué nos vestiremos; el Padre alimenta a los pajarillos y viste maravillosa-

mente a los lirios del campo; ha de hacer muchísimo más por nosotros, que somos hijos suyos; y repite: no andéis agobiados.

Y nos invita a reconocer nuestros defectos con aquel ejemplo de la mota en el ojo del vecino y la viga en el propio. Con demasiada frecuencia nos fijamos en los defectos de los demás cuando nosotros los tenemos mayores.

Y nos estimula a la oración y a la confianza en el Padre, que la escucha siempre; *“Si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo se las dará a quienes se las piden!”*.

No es nada fácil la vivencia de todas estas actitudes. Hay que arriesgarse. Por eso sigue diciendo que hay que entrar por la puerta angosta y caminar por el camino estrecho que conduce a la vida. Se trata de una vida que no consiste en apariencias, sino en dar buenos frutos; como el árbol bueno, que da buenos frutos, mientras que el árbol dañado no puede darlos. Frutos, frutos es lo que quiere el Señor; no vale aquello que algunos le dirán: Señor, hicimos esto y lo otro en tu nombre. No vale eso; lo que valen son los frutos, las

obras; *“No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre”*.

Y para que no queden en el aire todas estas palabras, y para que nadie considere este sermón como una bonita poesía y nada más, nos propone el ejemplo de las dos casas edificadas, una sobre roca y otra sobre arena. *“Quién escucha estas palabras mías y no las pone por obra se parece al necio que edificó su casa sobre arena”*; no son palabras teóricas; son palabras que son vida y que deben ser vividas. Por eso ha dicho que el que las pone por obra *“Se parece al hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y arremetieron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca”*. ¿Qué tal? Esta es nuestra moral; y es la nuestra porque fue la de Cristo. ¡Anda! ¡Y con qué gallardía y con qué elegancia hablaba Jesús de esta moral! Porque era precisamente lo que Él estaba viviendo. A nosotros se nos cae la cara de vergüenza cuando hablamos de estas cosas. Por eso decía la gente de Él que hablaba con autoridad. Realmente es maravillosa esta moral; pero también nosotros hemos de hablar de

ella con autoridad; y podremos hablar así en la medida en que tengamos el coraje de adentrarnos con seriedad, por este camino de la auténtica moral cristiana. En la medida en que nos vayamos adentrando, seremos más exigentes con nosotros y más comprensivos con los demás. ¿No es esto lo contrario de lo que nos sucede ahora?

MORAL DE FRATERNIDAD

Toda la moral de las Bienaventuranzas en su vertiente humana está fundada en la hermandad de todos los hombres, y ésta, a su vez, en la paternidad universal de Dios. La fraternidad universal que de ahí se deriva no es sino la coherencia de la doctrina evangélica vivida y enseñada por Jesús. Él da unidad en su vida a la filiación y a la fraternidad, vividas hasta las últimas consecuencias. Ahí tenemos todos una meta y una tarea.

Los jóvenes sois muy sensibles a la meta; pero no te creas que los mayores no lo somos. Lo que pasa es que hay una distancia enorme entre las aspiraciones de todos y los logros que vamos consiguiendo. Porque lo difícil no es aspirar a unas metas, sino afrontar las tareas. Los mayores hace ya tiempo que las estamos

afrontando y no lo hacemos bien; vosotros estáis empezando ahora a afrontarlas. Por eso somos los mayores quienes tenemos la responsabilidad de que la sociedad esté funcionando al margen de esta línea evangélica. De ahí las acusaciones que constantemente estáis lanzando los jóvenes contra los mayores. Y tenéis razón. Pero también tenéis que pensar que es éste un problema que viene de lejos, desde que hay jóvenes y mayores, y que, posiblemente, las mismas acusaciones que vosotros estáis lanzando contra los mayores las lanzarán contra vosotros los jóvenes de mañana.

Y esto por la sencilla razón de que construir una sociedad que se rija por los principios de las bienaventuranzas es tarea siempre inacabada que compete a los cristianos de todos los tiempos. No quisiera, con esto que te estoy diciendo, desmoralizarte, ni mucho menos; al contrario, te lo digo para que no te desanimes si ves que, a pesar de todo tu esfuerzo ilusionado, no consigues llegar a donde pretendes. La fraternidad universal es una obra que Dios va haciendo a través de la historia con la aportación de unos y de otros.

La piedra angular que da consistencia a esta obra de Dios es Cristo. Él cumplió con la tarea que el

Padre le había encomendado y la obra quedó iniciada, no acabada. El fruto de la obra de Cristo se va extendiendo a través de los tiempos. Se va construyendo este edificio de la fraternidad. No creas que lo vas a acabar tú ni los que sean como tú. Aunque debes tener el convencimiento de que tu actuación es importante en la construcción de este mundo nuevo. No verás el fruto de tu actuación como no lo vio Cristo durante su vida terrena. Cristo murió para que vivamos, como también tú debes morir para que vivan los demás. Cristo fue grano de trigo enterrado para que brotase la espiga y tú también debes serlo, consciente de que el grano nunca ve la espiga que sale de él.

Cristo vivió esta moral de fraternidad haciendo de su vida una comunión con todos los hombres. ¿Sabes lo que significa eso? Fundamentalmente, tres cosas. La primera: un respeto profundo al otro, a sus valores y a sus puntos de vista, sin forzarlo nunca, sin rechazarlo nunca, sea como sea y piense como piense. La segunda: hacer de la propia vida un don, es decir, actuar siempre con estilo de gratuidad sin esperar nada a cambio, sin esperar ningún agradecimiento por lo que haces por los demás, actuando con un total desin-

terés. Y tercera: vivir en todos los órdenes una auténtica actitud de pobreza y desprendimiento, porque ni yo me pertenezco ni mis cosas tampoco; yo y mis cosas somos para el otro.

Cristo vivió en plenitud la comunión; acogió a todos los que se acercaban a Él; comprendía las situaciones personales, les invitaba a superar las deficiencias, jamás instrumentalizó a nadie ni se aprovechó de nadie, les invitaba a recorrer un nuevo camino; no condenaba, sino que ofrecía la salvación.

Se dio a todos sin esperar nada a cambio; se dio de una manera totalmente gratuita hasta la muerte. Y su pobreza fue total. No se reservó nada para sí. No hizo valer su categoría de hijo de Dios y se rebajó hasta ser uno más entre nosotros. Su vida, su tiempo, su actividad los dedicó a cualquiera que se acercaba a Él. Era totalmente el hombre para los demás. Precisamente por esto fue capaz de crear fraternidad. La fraternidad se crea en la medida en que uno es capaz de olvidarse de sí y de darse a los demás sin reservarse nada.

Como habrás adivinado, la vivencia de este estilo de fraternidad ni te resulta fácil a ti ni a nadie. Estamos muy pendientes de nosotros, de nuestras co-

sas y de nuestros intereses, muy pendientes incluso de lo que puedan pensar o decir de nosotros. ¿No te ha pasado alguna vez que has iniciado un nuevo camino de fraternidad y no has sido capaz de seguir adelante quizá porque, sencillamente, has notado que no te han hecho caso? ¿No es verdad que muchas veces no has hecho más por comodidad, por no complicarte la vida, por miedo a meterte en responsabilidades, por temor a hacer el ridículo, por no haberte atrevido a exigirte el esfuerzo necesario?

Esta es la moral que Cristo vivió y que debemos vivir quienes queremos seguirle; y la debemos vivir prescindiendo de que la vivan o no los demás. Porque, a veces, ponemos la excusa de que otros no la viven, otros que, incluso, ocupan los primeros puestos en la Iglesia. Pero esa excusa, como comprenderás, no sirve. Cada uno debemos ponernos a la escucha del Señor y ver qué quiere de nosotros, y somos nosotros quienes le hemos de dar una respuesta, la nuestra, no la del otro.

En esta moral entra en juego toda nuestra vida. No vale esa distinción que a veces hacemos entre vida pública y vida privada. La vida la vivimos en bloque y en unidad; la vida que tenemos es única y las dimen-

siones de respeto al otro, de gratuidad y de pobreza hay que vivirlas en cualquier situación en que nos encontremos. ¿Cómo vamos a prescindir de ellas en el cumplimiento de nuestros deberes sociales, laborales, políticos o sindicales? En cualquier parte o situación en que nos encontremos debemos, por imperativo de nuestra moral cristiana, estar creando fraternidad, y para crearla son necesarias esas actitudes a que nos hemos referido y que Cristo encarnó perfectamente en su vida.

FRATERNIDAD Y SERVICIO

Esta moral de fraternidad es impensable sin una sincera actitud de servicio desinteresado hacia los demás, en especial a quienes más necesitan de nuestra ayuda. El estilo propio del servicio que debemos prestar a los hombres se deriva de las palabras de Jesús: “*Amaos unos a otros como yo os he amado*” (Jn. 13, 34). Por otra parte, después de lavar los pies a sus discípulos, les dice que Él está en medio de ellos como el que sirve y les invita a lavarse los pies unos a otros, es decir, a servirse unos a otros. De ahí la intensidad del servicio cristiano: al estilo de Cristo, es decir, hasta las últimas

consecuencias, hasta la muerte. Podremos rebajar esta moral de servicio hasta dónde nos convenga, pero no nos engañemos: es ésta, y si la cambiamos, la falsificamos.

El servicio al hermano es la primera consecuencia de nuestra vivencia de fraternidad. También Cristo es nuestro modelo en cuanto al estilo de servir. Fue hermano de verdad y nos sirvió de verdad. Sirvió a todos; desinteresadamente; sin esperar nada a cambio; sin pretender que se lo agradeciesen; de una manera totalmente gratuita.

Date una vuelta por el Evangelio y lo verás dando de comer, curando enfermedades, resucitando muertos, perdonando pecados, defendiendo al pecador, dándole ánimo, olvidando las infidelidades, defendiendo a sus amigos, llamando amigo al traidor, saliendo en defensa de los oprimidos, proponiendo a todos nuevos caminos de vida. En cada situación, la palabra exacta, la actitud correcta, la acción oportuna, contribuyendo así a solucionar la necesidad que cada uno tenía.

Ante nosotros tenemos personas, no cosas de las que podemos usar para conseguir nuestros objetivos, por muy buenos que nos parezcan; personas con

sus problemas, con sus necesidades y con sus preocupaciones; tenemos personas a quienes Cristo intenta salvar y ayudar a través de nosotros; personas con su irrenunciable dignidad de Hijos de Dios como nosotros; hermanos a quienes debemos ayudar y servir.

Desde esta perspectiva quiero plantearte algunas cuestiones que quizá puedan servirte para orientar tu servicio cristiano. Cada persona tiene sus limitaciones y sus necesidades; cada uno es completamente distinto de los demás. Los hay pobres, los hay enfermos, los hay incomprendidos, los hay oprimidos, los hay sin cultura, sin promoción, sin ilusión; los hay sin entrañas, los hay con criterios completamente distintos de los nuestros, los hay degenerados, los hay sin fe, los hay completamente contrarios a la Iglesia, los hay con una fe vacilante... Cada uno es un mundo distinto.

Si nuestra tarea en función de la fraternidad universal es servirles, nuestro servicio ha de estar en función, no del servicio que a nosotros nos guste ofrecerles, sino en función de las necesidades concretas que cada uno tiene. Los cristianos no somos como vendedores ambulantes que ofrecemos un producto a quienes nos lo piden, sino como hermanos que están

atentos a las necesidades del hermano y dispuestos a ofrecerles siempre la ayuda que necesitan. Este estilo del servicio fraternal cristiano debe ayudarnos a revisar algunas de nuestras actuaciones en favor de los demás.

Normalmente tenemos nuestros proyectos tanto en la Iglesia como en la sociedad. En función de esos proyectos vamos eligiendo a las personas y programando nuestras actividades. Y precisamente porque nuestros proyectos son buenos y positivos, corremos el gravísimo peligro de subordinar las personas a los proyectos. Es entonces cuando nuestros proyectos van a la deriva y cuando realmente se convierten en un antitestimonio.

Todo proyecto cristiano ha de estar enraizado en las necesidades concretas de nuestros hermanos. Nunca es válido un proyecto cerrado; ha de estar adaptándose constantemente a las nuevas necesidades que vayan apareciendo. Porque si el sábado es para el hombre, lo mismo cabe decir de cualquier proyecto. Y el hombre ni es para el sábado ni para ningún proyecto, por bien estructurado que pueda estar. El hombre sólo es para Dios y para su amor.

Si esto no se tiene en cuenta, aparecen grupos de puros, de perfectos, de elegidos, de incontaminados

y preservados, capaces de crear cualquier cosa menos espacios de fraternidad y de servicio a las necesidades de los hombres. La Iglesia nunca puede encerrarse en sí misma, y menos con aire de autosuficiencia. Dondequiera que estés, no olvides nunca que tú y la Iglesia y la asociación a la que puedas pertenecer, estáis siempre al servicio de los hombres, y que para servir debidamente, has de estar atento a lo que vaya necesitando cada hombre en cada situación concreta.

También quiero recordarte un detalle del Evangelio en el que no sé si habrás profundizado debidamente. Es posible que te tengas por bastante buena persona si al examinar tu conciencia no encuentras acciones hechas contra alguien; no has robado, no has calumniado, no te has aprovechado de nadie, no has abusado de los débiles, no has cometido ninguna injusticia..., tu conciencia está tranquila porque no has cometido pecados graves y sólo algunos leves. Por eso quiero recordarte un pasaje evangélico, el del juicio final.

Jesús nos describe la escena poniendo a unos a su derecha y a los otros a su izquierda, y al pronunciar sentencia condenatoria sobre los malos lo hace con es-

tas palabras: *“Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno..., porque tuve hambre y NO me disteis de comer, tuve sed y NO me disteis de beber, fui extranjero y NO me recogisteis, estuve desnudo y NO me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”* (Mt. 25, 41-43). Te he puesto con mayúsculas el adverbio “no” para que caigas en la cuenta de que la condenación se lanza contra los que “no” han prestado a los hermanos el servicio que necesitaban; eso que llamamos pecados de omisión. Creo sinceramente que debemos plantearnos con frecuencia si estamos haciendo por los demás lo que podemos, es decir, si estamos sirviéndoles en las necesidades reales que tienen, desarrollando así los lazos de fraternidad que nos unen a todos en Cristo. El pecado no consiste sólo en hacer cosas malas. También es pecado dejar de hacer cosas buenas, que podríamos haber hecho en servicio de los hombres.

Este servicio fraterno es el camino que nos conduce a la auténtica comunión. No hay otro. Mira, a veces soñamos con la fraternidad, con la comunión, con la unidad, incluso internacional; protestamos contra unos y contra otros; queremos paz y justicia y organizamos manifestaciones y sentadas y cosas por el estilo.

No está mal todo eso. Lo que está mal es que no seamos capaces de levantar un dedo para solucionar cualquier problema que tiene quien está a nuestro lado; lo que está mal es no ser capaces de sacrificarnos por los otros, no ser capaces de perdonar al hermano, de querer vivir a nuestro aire, de buscar nuestras propias conveniencias. Ahí es donde debemos apuntar si queremos de verdad ser sembradores de paz y de fraternidad. En Cristo tenemos el modelo y el camino. Nunca estuvo pendiente de sí y siempre estuvo atento a las necesidades de los demás. Se entregó sin reservas e inició el camino de comunión por el que debemos seguir nosotros si nos tomamos en serio nuestra fe cristiana.

COMUNIÓN

Ya te he venido diciendo que la comunión hay que considerarla como el punto clave en el que se centra la obra de Cristo. Toda su vida es una comunión con el Padre y con los hombres. Si la comunión supone poner en común lo que uno es y tiene, la comunión no puede hacerse sin donación. Por eso Cristo se nos ha dado sin reservas de ningún tipo. Toda su vida es un don en favor de los hombres. Desde el principio está junto al

hombre; se ha hecho solidario con él; ha asumido su propia realidad, su pequeñez y su debilidad y le ha inyectado su fuerza y su grandeza, le ha hecho partícipe de su propia dignidad de hijo de Dios para que, desde esa comunión de vida, fuera el hombre capaz de desterrar de sí todo aquello que le impide ser persona, todo aquello que le impide realizarse como Dios quiere, tanto si la causa está en el interior mismo del hombre como si está fuera de él.

La comunión de Cristo con el hombre es una comunión liberadora; una comunión que hace al hombre consciente de su grandeza y de sus derechos, al mismo tiempo que de su responsabilidad en el ejercicio de los mismos. Pero, a la vez, le hace consciente de que los demás tienen la misma dignidad y los mismos derechos que él. Por lo que, si entramos de lleno en la comunión que Cristo nos ofrece, no podemos olvidarnos de que los demás son llamados, exactamente igual que nosotros, a participar de la comunión de vida con Cristo; también hemos de hacer de nuestra vida una comunión sin reservas con los demás; y la razón es que la vida nueva que hay en nosotros es la vida misma de Cristo, y esta vida está dedicada a todos los hombres sin distinción.

De ahí la exigencia de no reservarnos nada si queremos ser consecuentes con la comunión a la que hemos sido llamados. Cuanto más nos adentremos en la vivencia de la comunión con Cristo, más hemos de compartir nuestra vida con los hombres. Recuerdo un ejemplo de un Santo Padre que decía que los cristianos somos como los distintos rayos luminosos que salen del centro de luz que es Cristo. Los rayos, cuanto más cerca están del centro, más juntos están entre ellos. De la misma manera, nuestra cercanía a Cristo nos está suponiendo una cercanía a los hermanos, y en la medida en que nos alejamos de los hermanos nos estamos alejando también del centro que es Cristo. Por eso Cristo ha unido indisolublemente el amor a Dios y el amor a los hombres; dos amores distintos, pero formando siempre unidad inseparable.

Recuerda aquello que Él dijo, que el que se guarda su vida la perderá y el que pierda su vida por Él la encontrará. Perder la vida o guardársela equivale a quemarla, o no, en favor de sus hermanos, los hombres. Parece que sea un antagonismo eso de perder y encontrar; pero imagínate que en un incendio lo que se arroja a la calle es lo que se puede recuperar después; lo que

no te atreves a arrojar, lo pierdes; y te pierdes tú mismo si no eres capaz de saltar. Por eso hemos de saltar fuera de nosotros mismos, por eso hemos de ser capaces de quedarnos sin nuestra propia vida; es la única manera de recuperarla, purificada y enriquecida, al integrarla en la vida de Cristo, que es la vida en plenitud.

En la medida en que la vamos integrando en Cristo, nuestra vida va dejando de ser nuestra porque se va transformando en la suya, de manera que es la vida de Cristo lo que hay en nosotros, y la vida de Cristo es para ser dada a todos. Vivir la comunión con Cristo supone desterrar nuestro egoísmo y ser lo que Él fue, don para los demás. Y vuelve a resonar en nuestros oídos el precepto del Señor: *“Amaos unos a otros como yo os he amado”*.

El amor es el único camino válido para realizar la comunión; el amor a imitación del amor de Cristo, gratuito y universal. Por eso el único precepto que hemos recibido del Señor es amar sin fronteras; a este precepto se pueden reducir todos los demás preceptos y leyes. Necesitamos todos acercarnos a Cristo para que nos enseñe a amar. Si vamos profundizando en un conocimiento vital de Cristo, iremos descubriendo en

Él un amor totalmente gratuito y totalmente universal. Ama a todos y ama a todos porque sí, por pura bondad; y ama a todos incondicionalmente, no porque alguien se lo merezca más o menos; ama porque le gusta amar; y porque le gusta amar, está pendiente de quienes viven más alejados del amor y cuando se los encuentra tiene con ellos unos gestos de cariño y de finura impresionantes. Y siguen resonando en mis oídos aquellas palabras tuyas: “*Amaos unos a otros como yo os he amado*”. ¿No te parece que debiéramos meditar, al menos un poco, sobre todo esto? Porque no sé si damos la talla.

Me da la impresión de que solemos condicionar bastante nuestro amor a los demás; solemos tener un círculo más o menos restringido de amigos; solemos amar más a quienes más nos aman; solemos marginar a quienes nos marginan; solemos despreciar a quienes nos desprecian; solemos evitar encuentros con determinadas personas. Esta manera de actuar, en vez de crear comunión, crea tensiones y divisiones; al menos, deja las cosas como están. Si tratas de reconstruir un mundo nuevo en el amor y en la comunión, has de tomar la iniciativa en el amor a los demás como la tomó

Cristo; no has de esperar a que te amen para amar ni has de amar esperando ser correspondido; como Cristo, has de amar porque sí.

Y también es verdad que el hombre responde más fácilmente al amor cuando se siente amado desinteresadamente. A nadie le gusta verse instrumentalizado por nadie, y todo hombre es muy sensible al amor gratuito; es esta clase de amor lo que puede abrir al hombre un camino de regeneración y de salvación.

Desde luego que no te estoy proponiendo nada fácil ni cómodo; sencillamente te estoy proponiendo el estilo que Dios tiene de amar. Cristo hizo presente en el mundo este amor que es lo único capaz de regenerar al mundo. Por eso su insistencia en el precepto del amor, y por eso su ejemplo extraordinario en amar a todos hasta las últimas consecuencias. También nosotros debemos amar hasta las últimas consecuencias porque estamos ofreciendo al mundo el amor que de Cristo hemos recibido, sin condicionarlo, como tampoco lo condicionó Cristo, a que sea correspondido. Este es el sentido de la frase que con frecuencia empleamos: amar al prójimo por Dios o, si quieres, amar al prójimo con el mismo amor de Dios que está en nosotros.

Esta actitud vale tanto en nuestras relaciones con aquellos que no tienen fe como con aquellos a quienes consideramos alejados de Dios o que, por su cargo en la Iglesia o en la comunidad, debieran dar ejemplo y no lo dan. La comunión en el amor cristiano debemos hacerla con nuestro amor incondicional a todos. Como te decía, es un amor sin fronteras y no se le pueden poner límites ni condiciones; y como es sin fronteras, debe llegar hasta el perdón de las ofensas, vengan de quien vengan. Sencillamente es un amor como el de Cristo o, mejor, es el mismo amor de Cristo que se comunica a los hombres a través de nuestro amor. Este es el amor que forja la amistad, a la que somos tan sensibles. No olvides que el amor de Cristo debe pasar, a través de ti, a los hermanos.

El Evangelio rezuma esta clase de amor. Ahí van unos pocos ejemplos. En cuanto a considerar como hermanos a quienes quizás estamos considerando como enemigos, recuerda la parábola del buen samaritano. Cuando éste atiende al judío que había caído en manos de unos salteadores que lo dejaron medio muerto después de robarle, y le atiende a pesar de la enemistad que había entre judíos y samaritanos, Jesús

le dice al escriba que le había preguntado quién era su prójimo: “*Ve y haz tú lo mismo*” (Lc. 10, 37). Esto es lo que te dice a ti y a mí y a cualquiera que piensa tomarse en serio la vida cristiana.

En el sermón de las bienaventuranzas, dice Jesús: “*Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen y calumnian para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos?... Vosotros, pues, sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial*” (Mt. 5, 43-48).

A imitación del Padre celestial, Jesús promulga su mandamiento nuevo: “*Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis unos a otros*” (Jn. 13, 34-35).

Este amor al estilo de Jesús conduce a un perdón continuo; es la única manera de dejar el camino abierto a la comunión. Por eso cuando San Pedro le pregunta cuántas veces ha de perdonar, y le insinúa si

hasta siete veces, Jesús le contesta: “*No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*” (Mt. 18, 22). Lo que equivale a decir que siempre.

Este camino que el amor y el perdón dejan libre, hay que recorrerlo con el servicio al prójimo, del que te he hablado un poco más arriba. No se trata de un amor platónico, sino de un amor que en aras de la comunión, se traduce en efectividad, en servicio; y son las obras hechas en favor de los hermanos las que dan la garantía de la autenticidad del amor. Por eso, cuando después de la última cena los apóstoles están discutiendo sobre cuál de ellos sería el más grande, Jesús les dice: “¿Quién es más grande, el que está a la *mesa* o el que *sirve*? *El que está a la mesa, ¿verdad? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve*” (Lc. 22, 27).

Una vez más te repito, que éste es el único precepto en la moral cristiana: poner nuestra vida en comunión amando a Dios y a los hombres sean como sean. ¿Cuáles son las prohibiciones? No pienses encontrar en el Evangelio una lista de cosas prohibidas. No valen aquí las listas. Lo único que prohíbe el Evangelio es no amar a Dios y, por tanto, no amar al prójimo. Prohibido está todo aquello que atenta contra el

amor, tanto si se trata de cosas que se hacen como si se trata de cosas que se dejan de hacer.

Por tanto, lo prohibido es la mediocridad, el conformismo, la comodidad, la hipocresía, las medias tintas, la inhibición ante los problemas, el pasotismo, la irreflexión, la rutina, la irresponsabilidad, el gamberrismo, la instrumentalización del hombre; en fin, todo lo que impide o dificulta la comunión. Y nos está prohibido sencillamente porque nos impide ser personas y porque con esas actitudes estamos impidiendo ser personas a los demás; y no es ésta la voluntad de Dios, sino todo lo contrario. Con esas actitudes estamos rechazando a Dios, que quiere hacer comunión con todos los hombres.

¿Camino para realizar ese proyecto de comunión por el amor? Uno muy claro y el único: cambiar el corazón. No hay otro.

Podemos convertir los grandes ideales en ilusiones inútiles. Claro está que debes tener altos ideales y objetivos; claro que sí; nuestra fe cristiana tiene aires de universalidad, y no podemos estar al margen, ni mucho menos, de los grandes y angustiosos problemas que tiene la humanidad; es un deber ineludible de nuestra fe cristiana.

Pero date cuenta de que también hay jefes de Estado que oprimen a su pueblo o a otros pueblos, de una o de otra manera, y están proclamando esos mismos principios de paz y de justicia y de libertad y de igualdad y de derechos humanos. Pero ¿qué? ¿Dónde está su sinceridad? ¿Qué hacen para traducirlos en realidades concretas?

Debes preocuparte por toda la problemática humana, porque Cristo está intentando salvar a cualquier hombre, como está intentando salvarte a ti. Proclamar la paz y la justicia y la defensa de los derechos humanos hay que hacerlo con la cara bien alta, y sólo lo puede proclamar así quien es portador de paz y de justicia y de respeto a los derechos de los demás. Y tú sólo podrás hablar con la cara bien alta en la medida en que estés haciendo de tu vida una donación gratuita a los demás, sean quienes sean: como lo hizo Cristo. De lo contrario, tus palabras y tu actividad sonarán a hueco; serán palabras y palabras vacías, como tantas que se pronuncian por todas partes. Es en tu vida donde está la fuerza de convicción. Tu vida ofrecida gratuitamente a quienes tienes a tu lado. Tu vida vivida con responsabilidad cristiana. Proclamar grandes principios,

ni cuesta ni compromete demasiado; quemar la vida día a día, ofreciéndola gratuitamente a los demás, sí. Eso es lo que realmente compromete. Lo otro lo hace cualquiera.

Si quieres hacer de tu vida algo que valga la pena, has de cambiar el corazón: es lo que, en lenguaje cristiano, llamamos convertirnos al Señor. Es cuestión de iniciar con seriedad ese proceso largo y difícil; es cuestión de convertirnos en esos hombres nuevos del Evangelio, actuando con los mismos criterios de Jesús. Si quieres actuar así, comprométete en las obras que estén a tu alcance. Si quieres que el mundo huela a rosas y no a estiércol, conviértete en rosa, no seas estiércol; estarás contribuyendo a que en el mundo se respire mejor. Los que viven junto a ti se irán dando cuenta que es mejor el olor de la rosa y se sentirán estimulados a convertirse también en rosas. De nada sirve estar clamando y protestando de que en el mundo hay un olor que apesta, si no se está transformando el estiércol en rosas. Ahí está tu tarea y tu responsabilidad. Resumiendo, la moral cristiana consiste en tratar de ser en la vida lo que somos por el Bautismo: hijos de Dios, hermanos de todos los hombres y llamados a

formar comunión con todos ellos; llamados a construir el cuerpo de Cristo.

MORAL DE CORAZONES NUEVOS

La moral evangélica, la moral de Jesús, apunta al centro más recóndito del corazón del hombre, allí donde se encuentra, desnuda de toda apariencia, su propia personalidad. El sentido positivo de los actos de esta moral viene dado por las intenciones que se forjan en el santuario de la propia conciencia, allí donde el hombre se decide por el bien o por el mal, donde el hombre se encuentra a solas con Dios y consigo mismo, donde puede decidir sin hipocresías ni apariencias, con sinceridad y claridad. Por eso el pecado, más que un hacer cosas malas, consiste en ser malo. Por eso también, de lo que se trata es de ser bueno más que de hacer cosas buenas.

Es la calidad del corazón lo que da calidad a las obras; es el corazón lo que mancha o purifica al hombre. Las acciones externas son símbolos de lo que hay dentro; pero el contenido y la consistencia moral de las mismas lo da el corazón. De un corazón bueno saldrán obras buenas, como de un árbol

bueno salen frutos buenos (Mt. 12, 33-35). Por eso, cuando unos escribas y fariseos están reprochándole al Señor el hecho de que sus discípulos no se lavan las manos antes de comer, Él, recordando aquellas palabras de Isaías “*Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí*” (Is. 29, 13), explica a sus apóstoles que la maldad que mancha al hombre, es la maldad que sale del corazón (Mt. 15, 18-20).

Claro que las intenciones se traducen posteriormente en obras externas, pero ten en cuenta que una misma obra externa puede provenir de intenciones contrarias. Uno puede dar una limosna porque está bien visto, por salirse del compromiso, por el qué dirán, para que le alaben, para ser tenido en buena consideración o porque siente como propias las necesidades de los demás y sabe ver en el pobre a Cristo pobre. Las obras externas pueden servirle a uno para buscarse a sí mismo y a otro, para realizar el amor al hermano que lleva en el corazón. Por otra parte, las obras son el medio de dar testimonio de nuestra fe, a través del cual los demás se sienten invitados a obrar del mismo modo y a dar gloria a Dios.

Todo sale manchado de raíz si no sale de un corazón limpio. Siempre puede haber segundas intenciones; y la intención recta, dentro de esta moral, es querer en todo momento cumplir con la voluntad de Dios. Purificar esta intención es tarea constante en nuestra vida cristiana, en la que debe haber un avance progresivo a medida que vamos amando a Dios y sintiéndonos amados por Él.

Por otra parte, es Dios solo quien es capaz de medir nuestra pureza de intención. Los hombres juzgamos sólo por apariencias. ¿Te acuerdas de aquel pasaje evangélico de la limosna de la viuda? Muchos ricos echaban grandes cantidades de dinero en el cepillo del templo; se acerca una pobre viuda y echa unos céntimos. Jesús llama a sus discípulos y les dice: *“Esa viuda, que es pobre, ha echado en el cepillo más que nadie, os lo aseguro. Porque todos han echado de lo que les sobra, mientras que ella ha echado de lo que le hace falta, todo lo que tenía para vivir”* (Mc. 12, 44).

Dios mira no las apariencias, sino el corazón del hombre, sus intenciones, sus gestos; eso es lo que le interesa más que las obras externas materialmente bien realizadas. A Dios le interesamos nosotros más

que nuestras obras. Delante de Dios somos como niños pequeños que ofrecen a sus padres unos garabatos que han hecho en la escuela o unos trabajos manuales que van a regalarles en el día del padre o de la madre. Los padres se los comen a besos, aunque no hayan hecho, ni mucho menos, una obra de arte.

Y seguimos de lleno dentro del espíritu de las bienaventuranzas, que vienen a ser un canto a esta interioridad en nuestra actuación; no hay que hacer las cosas para ser vistos; ni la oración, ni el ayuno, ni la limosna han de hacerse de cara a los hombres, sino de cara a Dios: se trata de agradar a Dios, no a los hombres. Por eso no hay que buscar recompensas humanas. Gráficamente lo expresa el Señor al decir: *“Cuando des una comida o una cena no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, no sea que te inviten ellos para corresponder y quedes pagado. Cuando des un banquete invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y dichoso tú entonces, porque no pueden pagarte”* (Lc. 14, 12-13).

Este no es el estilo que rige en nuestra sociedad; no es frecuente que la gente dé sin esperar nada a cambio, y éste debe ser el estilo de los cristianos, la

gratuidad; hay una diferencia abismal entre estos dos estilos de actuación. Por eso se impone en nosotros un cambio de mentalidad y un cambio en nuestra escala de valores. Es necesaria una reorientación de nuestra vida de cara a Dios y de cara a Dios solo. Es necesario dejarnos cambiar el corazón por Dios, ponernos en sus manos para que, como dice Ezequiel, nos cambie nuestro corazón de piedra y ponga en su lugar un corazón de carne, un corazón nuevo y un espíritu nuevo. *“Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas”* (Ez. 36, 25).

Esta moral de corazones nuevos supone una moral de sencillez, es decir, moral de sinceridad, de claridad en nuestras posturas, de transparencia en nuestras vidas, de espontaneidad, de no estar pendientes de cuidar las apariencias, de no tener recámara; en otras palabras, de hacernos como niños.

Supone también una moral de alegría. No sé qué manía tenemos de considerar la vida cristiana como una carga cuando el evangelio nos dice que es una gozada. Jesús nos presenta el Reino de los cielos no como una carga, sino como un tesoro, como una piedra

preciosa; quien lo encuentra, dice, “*De la alegría va a vender todo lo que tiene y compra aquel campo*” (Mt. 13, 44-46). Esta alegría hay que tenerla incluso en momentos difíciles. Recuerda aquella frase del Señor en el sermón de la montaña: “*Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, que vuestra recompensa será grande en el cielo*” (Mt. 5, 11).

También se trata de una moral de libertad; de libertad para el bien, de libertad para amar de verdad; de libertad para salir del egoísmo que nos asfixia; de libertad para sembrar paz y justicia y alegría y esperanza; de libertad por la que no somos esclavos de nada ni de nadie; de libertad para actuar siempre como hijos de Dios que somos.

Por último, se trata también de una moral de victoria. Por muchas y variadas que puedan ser nuestras dificultades y nuestros trabajos, nunca vemos las cosas negras, nunca vemos el futuro cerrado; siempre miramos el porvenir con confianza. Y no es que seamos optimistas ilusorios; sencillamente nos sabemos en manos de Dios; somos conscientes de que nada acontece fuera de sus previsiones, de que Dios sigue

rigiendo los destinos de la historia y de cada uno de los hombres; de que no se le escapan las riendas del futuro, que siguen estando en sus manos y que nadie le puede arrebatarse. Por eso siguen resonando en los oídos del creyente aquellas palabras que mantienen nuestra esperanza: “*En el mundo tendréis apreturas, pero, ánimo, yo he vencido al mundo*” (Jn. 16, 36).

CAPÍTULO VI: CRISTO Y TÚ

TU ENCUENTRO CON CRISTO

Cristo, para nosotros, no es noticia sino acontecimiento. ¿Qué diferencia hay? La siguiente: decimos que cualquier suceso es noticia cuando, al tener conocimiento de él, nos situamos fuera del mismo sin sentirnos afectados personalmente por él, aunque lo comentemos, lo juzguemos, lo valoremos y saquemos nuestras propias conclusiones. Por ejemplo cuando nos enteramos de que en el último fin de semana ha habido veinte muertos en accidentes de circulación. Y comentamos: se conduce muy mal; se cometen muchas imprudencias; hay que conducir con más precaución; etc. El conocimiento de ese hecho es para nosotros noticia.

Esa misma noticia se convierte en acontecimiento cuando ese hecho nos afecta personalmente, es decir, cuando nuestra vida está implicada en ese suceso del que tenemos conocimiento. Suponte, por ejemplo,

que unas de las víctimas en esos accidentes son nuestros padres. En este caso, lo que para otros es simplemente noticia, es para nosotros acontecimiento, y lo es porque ese hecho nos afecta muy personalmente.

La presencia de Cristo en el mundo es la gran noticia para todos los hombres. Pero esa noticia se convierte en acontecimiento para todos aquellos que lo aceptamos como Salvador y Señor. Esto viene a ser la fe: convertir en acontecimiento la Buena Noticia de la presencia de Jesús en el mundo. Tener fe no consiste en el conocimiento de unos hechos o de unas verdades sin más; consiste más bien, en sentirnos implicados vitalmente en esos hechos de los que tenemos conocimiento. La fe es un don que Dios nos ofrece y que podemos aceptar o rechazar, según que impliquemos o no, nuestra vida en la respuesta a esta llamada que Dios nos hace ofreciéndonos la salvación en Cristo. La raíz de la fe está en esta llamada de Dios, a la que podemos responder positiva o negativamente.

Los caminos por los que Dios sale a nuestro encuentro ofreciéndonos la fe son muy distintos y misteriosos. Dios nos sale al encuentro personalizando su invitación y su llamada; esto no cae dentro de la lógica

humana. Dios actúa libremente, como también el hombre actúa con su propia libertad al aceptar o rechazar la llamada de Dios. Por eso también cae fuera de la lógica humana el hecho de que unos crean y otros no. La verdad de Dios y de Cristo está más allá de la pura razón, más allá de los esquemas de nuestra lógica.

Con la sola razón se podrá llegar a admitir la existencia de algunos de los hechos que llamamos salvíficos, pero sólo considerados como noticia; se podrá llegar a admitir, que es razonable creer, que la fe no es algo irracional, que, incluso, hay motivos para creer. Pero llegar a decir: creo en ti, Señor; decir, como Santo Tomás: Señor mío y Dios mío, y decirlo de corazón y de verdad, ya no es fruto de la razón, sino de la llamada de Dios a la fe. El que Dios sea para mí un acontecimiento, no es la conclusión de una serie de demostraciones. Es Dios quien está en la raíz misma del acto de fe y es mi aceptación lo que convierte en acontecimiento, la realidad divina que se manifiesta.

Desde el punto de vista, a Dios, más que demostrarle, hay que verle. Y se le ve porque Él se deja ver, se nos revela. Pero sólo lo verás junto a ti si lo quieres ver; y para ello es necesaria la decisión de im-

plicar tu vida; son las vidas lo que está en juego en la fe. Todos los razonamientos son ineficaces y todas las evidencias oscuras cuando uno no quiere implicar su vida con la de otro, es decir, cuando uno se resiste a creer y a ser consecuente con la fe.

Hay en el Evangelio un pasaje muy claro a este respecto. El de Jn. 9, 1-38. Es el pasaje de la curación del ciego de nacimiento del que ya te hablé. ¿Lo recuerdas? El hecho milagroso es claro, está a la vista. Sin embargo, hay que querer ver para creer. Ante un milagro de tal categoría como devolverle la vista a un ciego de nacimiento, los fariseos no quieren ver. Actitud contraria a la del ciego, quien, cuando después se encuentra con Jesús y Jesús le pregunta si cree en aquel que le ha curado, le dice: “¿*Quién es, Señor, para que crea en él?*”. Al responderle Jesús: “*Yo soy*”, el hasta entonces ciego, pronuncia estas palabras llenas de fe: “*Creo, Señor*”; y lo adoró.

Te repito: encontrarte con Jesús es cuestión de querer; y te digo más; es cuestión también de rezar. Parece un contrasentido, pues ¿cómo vas a rezar si no crees? Pero ten en cuenta que normalmente Dios no se manifiesta de manera deslumbrante como se manifestó

a San Pablo o a tantos otros a través de la Historia. Normalmente se va abriendo paso, poco a poco, en el corazón de cada hombre. Nadie es extraño para Dios y Dios quiere a cada hombre desde el principio mismo de su existencia. Hay en todo hombre una realidad de la presencia de Dios en él, más o menos viva y actuante. Hay un ansia de Dios en el corazón de cada hombre, hay un principio de fe de la que, quizá, el hombre no es suficientemente consciente. El deseo de rezar es un nuevo paso que Dios da para que el hombre le abra el corazón y podersele revelar con mayor perfección. Desde el momento en que el hombre es capaz de ir dejando su autosuficiencia pidiéndole a Dios que se le manifieste, está abriéndose con su respuesta positiva a nuevas llamadas y manifestaciones de Dios.

En la medida en que vamos perdiendo nuestra autosuficiencia nos vamos abriendo a la confianza en el Señor. Por eso no valen las posturas ni las actitudes preconcebidas; no vale ponerte en actitud defensiva. Sencillamente, hay que tener el corazón abierto y hay que estar dispuesto a unir tu vida con la suya. Se trata de un proceso como el proceso que se da en toda amistad, con la particularidad en este caso de que, a medida

que vamos descubriendo la amistad de Jesús con nosotros, vamos viendo, cada vez con más claridad, que Jesús ha llegado a dar su vida por nosotros, y que la ha dado hasta la muerte. Y ahí es cuando empezamos a recorrer nuestro camino de amistad con Él.

Por otra parte, al recorrer este camino, vamos siendo conscientes de que no damos la talla, de que nos reservamos bastante, de que seguimos preocupándonos demasiado de nosotros y quizá poco de Él. Lo importante es no desanimarnos, no desilusionarnos, ser conscientes de que, a pesar de todo, Él sigue confiando en nosotros. Se trata de un proceso que durará toda la vida. Nunca le amaremos lo suficiente, a pesar de querer comprometernos de verdad por Él y de estar dispuestos a cortar con lo que sea y hacer lo que sea, por muy difícil que nos resulte. Muchas veces tendremos la experiencia de no haber hecho por Él no sólo cosas muy difíciles, sino ni siquiera cosas fáciles. Es esa nuestra debilidad. A Él volveremos a recurrir, presentándonos como lo que somos, débiles, pero deseando, al mismo tiempo, superar nuestra debilidad; en la medida en que nos acerquemos a Él con estas disposiciones, seremos capaces de ir creyendo.

Te voy a ofrecer una consideración que, al menos a mí, me sirve enormemente a la hora de querer ver al Señor en su relación conmigo; me ayuda a implicarme en su vida y en su proyecto de salvación de todos los hombres.

¿Verdad que no se te ocurriría pensar que, si solamente tú hubieses necesitado de salvación, no se le hubiese ocurrido a Dios encarnarse y morir en la cruz sólo por ti? ¿Verdad que ni te imaginas que Dios se hubiese encarnado sólo por ti para vivir su amistad contigo? No te das tanta importancia, ¿verdad? Te hubiese perdonado de otra manera si sólo tú hubieses existido como pecador; seguramente se te hubiese aparecido de vez en cuando para decirte que te amaba y que era tu amigo y que te perdonaba, ¿no? Pues mira, yo estoy convencido de todo lo contrario. Hubiese hecho sólo por ti lo mismo que hizo por todos. Lo que realmente ha movido y mueve a Dios a actuar en favor del hombre no es que seamos muchos o pocos, sino el inmenso amor que nos tiene a cada uno. El número de los necesitados de salvación no es lo que determina la manera de obrar de Dios.

No vale considerar a Cristo como el salvador de una humanidad abstracta y, por tanto, como salvador tuyo, ya que tú formas parte de la humanidad.

Quiero puntualizarte bien esta idea que te estoy exponiendo porque la veo muy rica de contenido. Empiezo proponiéndote dos ejemplos que creo te lo van a aclarar. Suponte que has estado gravemente enfermo y te han desahuciado. Pero en esas circunstancias aparece una nueva medicina, te la aplican y te curas. El inventor de esa medicina te ha salvado la vida y, lógicamente, le estás agradecido. Imagínate, por ejemplo, la cantidad de vidas que ha salvado el doctor Fleming al descubrir la penicilina. Ha hecho un bien inmenso a la humanidad y, lógicamente, le estamos todos muy agradecidos.

Otro ejemplo. Suponte que sois diez hermanos y os secuestran a los diez. Tu padre se ofrece como rehén por los diez. Los secuestradores hacen el canje y os conceden la libertad.

En el primer ejemplo, tú te curas de tu enfermedad porque el descubridor de la penicilina la ha ofrecido a toda la humanidad, pero sin pensar personalmente en cada uno de los hombres que iban a beneficiarse

de su descubrimiento; pero, como tú eres miembro de la humanidad, te beneficias de esa medicina aunque el descubridor de la misma no haya pensado personalmente en ti, o aunque haga ya muchos años que haya muerto. Y, desde luego, le estás agradecido.

En el segundo ejemplo, tú te salvas del secuestro porque tu padre se ha ofrecido para ser canjeado por todos sus hijos, pero pensando personalmente en cada uno de vosotros y ofreciéndose en rescate por todos y por cada uno. Lo mismo que el padre ha hecho por todos lo ha hecho por cada uno; lo que predomina en su decisión no es que seáis diez los hijos por los que se canjea. Lo que hace por los diez lo hace porque son hijos, no porque sean diez.

Cuando te digo que Cristo ha dado su vida por ti, te quiero decir que no despersonalices tu relación con Él, que no te diluyas en un ente abstracto como es la humanidad; que trates de verle muy cerca de ti y muy pendiente de ti. Sencillamente, te lo digo para que veas en Él a tu gran amigo que da su vida por el amigo que eres tú. Y que su vida la da totalmente por ti y totalmente por cada uno de los hombres, como en el ejemplo del padre que se da por la salvación de cada uno de sus hijos.

Ya puedes empezar a sacar consecuencias de todo esto que te estoy diciendo. Llegarás a conclusiones verdaderamente fascinantes. Descubrirás que para Él tú —sí, tú— eres lo más importante que hay en el mundo; fijate bien en lo que te digo: lo más importante. A pesar de que los demás apenas se fijan en ti, a pesar de ser un poco trasto, a pesar de las pocas cualidades que puedas tener, a pesar de que tu vida no sea de lo más brillante que se pasea por ahí. No importa: para Él eres lo más importante que hay en el mundo.

Y precisamente porque eres lo más importante, se te ha dado y se te está ofreciendo de una manera tan gratuita y total que no le podrás pedir nunca algo más de lo que te ha dado y de lo que está dispuesto a darte si tú lo aceptas. Es que ni siquiera eres capaz de pedirle nada mejor ni de imaginar una amistad tan limpia e íntima como la que Él te ofrece.

Realmente, lo que has de hacer es tomarle en serio, y no sé si hasta ahora lo has tomado: tú verás. Aunque, desde luego, tomarle en serio es ya cosa tuya. Él no te forzará a que le consideres como el gran amigo, como el mejor amigo; pero ahí estará siempre junto a ti, sin que tu olvido ni tu indiferencia le hagan desistir

de quererte con locura. El que te quiera no se lo puedes impedir, ni tú ni nadie. Podrás no corresponder al amor que te tienen, pero no podrás impedir que alguien te quiera. Y lo que es verdaderamente asombroso es que en Cristo tengas al Dios Omnipotente convertido en mendigo de tu amor. Te quiere como eres y a pesar de ser como eres.

Como comprenderás, no se trata de sentimentalismos de ninguna clase, sino de que te atrevas a aceptar la amistad que Él te ofrece de manera totalmente desinteresada, de que te decidas de una vez por todas, a integrar tu vida con la suya; sólo así podrás conseguir llegar a ser tú mismo, sin que nada ni nadie te condicione ni te lo pueda impedir.

Mientras estás buscando encontrar tu puesto en la vida y tratas de encontrar el sentido de la misma, Cristo te abre un camino nuevo, el camino de tu realización personal, y se te ofrece como amigo para recorrerlo contigo. Es el mismo camino de amistad y de fraternidad que Él ya recorrió. Si estás buscando a alguien que te comprenda, que te anime y que te ayude, ¿por qué no te tomas en serio la amistad que te ofrece Jesús?

Desde luego que, como te he dicho, no se trata de una amistad impuesta —la amistad nunca se puede imponer—, pero sí de una amistad exigente, como todas las grandes amistades. Y exigente, sobre todo, por la gratuidad que lleva consigo toda verdadera amistad. Cuando se ama de verdad no va uno calculando lo que le cuesta amar. Quien contabiliza los costes del amor no ama de verdad. Por eso cuando uno se encuentra con Cristo y se decide a amarle, debe relativizar todo, incluso la propia vida. Esto lo ha dicho Él bien claramente en el Evangelio; es la exigencia propia del amor cristiano. ¿Por qué calcular tanto lo que te va a exigir tu amistad con Él, si Él no ha calculado en absoluto los costes de su amor por ti?

Indudablemente tienes sed de amor, de amistad, de felicidad. Haciendo más las palabras de Jesús, te aseguro que, si de verdad, aceptas su amistad y sacias en Él esa sed que tienes de amor y de amistad, ya no volverás a tener más sed, ni de amistad, ni de libertad, ni de felicidad. Él te bastará y te sobrará. Como le dijo Jesús a la samaritana, brotará dentro de ti un surtidor que saltará hasta la vida eterna. Lee, lee este pasaje; está en Jn. 4, 10-14. Sobre todo, fíjate en aquellas pa-

labras que también le dirige: “*Si supieras quién te pide de beber...*”. De verdad, piénsalo porque si supieras quién te ofrece su amistad...

COMPROMISO Y ORACIÓN

Al tratar de la moral cristiana ya te decía que, más que centrarla en el cumplimiento de unos preceptos y de unas normas, había que centrarla en un estilo de vida que se moviese dentro de la amistad con Jesucristo. Tomar en serio nuestra amistad con Jesús, constituye el nervio de todo lo que llamamos cristiano; se trata de motivaciones, de criterios, de estilo, del por qué se hacen unas cosas y se dejan de hacer otras; sencillamente, se trata de que Jesús sea la razón de tu vida, la única razón de tu vida. Todos los demás valores están subordinados a este valor, que es el que caracteriza al cristianismo y le da su propia identidad.

Todos tenemos una determinada escala de valores en nuestra vida. Siempre tenemos un valor central al cual subordinamos todos los demás valores. Con más o menos frecuencia, vamos cambiando este valor central, y así nuestra vida va siendo distinta a medida que cambiamos ese centro principal de interés que tene-

mos. Por ejemplo, cambia la vida cuando uno pretende sacar unas oposiciones, montar un negocio, recobrar la salud perdida, casarse con una persona determinada o consagrarse al Señor. La vida seguirá siendo la misma o cambiará, según siga vigente o cambie el proyecto que tenemos ante nosotros.

En la medida en que un centro determinado va adquiriendo más importancia, los demás valores van perdiendo fuerza; la persona va siendo absorbida por un ideal o proyecto de vida. De cara al matrimonio, por ejemplo, a medida que alguien se va enamorando y va centrando su atención en la persona amada, van perdiendo interés otras personas por las que antes se interesaba; su vida se va centrando en una persona concreta. Todos tenemos nuestro centro vital; es aquello que no cambiaríamos por nada, aquello por lo que seríamos capaces de renunciar a cualquier cosa.

Cuando uno descubre a Cristo y centra su vida en su amistad con Él, cuando uno ve en Cristo no un personaje legendario, sino al amigo presente junto a sí, cuando es capaz de dejarse invadir por el amor de Cristo amigo y lo constituye como centro de su propia vida, todas las demás cosas desaparecen como valores

fuertes, al igual que las estrellas desaparecen ante el sol. Por eso no hay nada que se pueda anteponer al amor de Cristo, no hay otro valor comparable al de su amistad. Por eso el amor de Cristo nos capacita para el esfuerzo, la lucha, el sacrificio; no nos arredramos ante las dificultades, ni ante la incomprensión, ni ante la persecución. Ni nos desanimamos a pesar de comprobar por propia experiencia que muchas veces no damos la talla y a pesar de no conseguir lo que nos proponemos; ni nos escudamos en nuestra comodidad cuando vemos que otros, quizá más cualificados, no cumplen como deben.

Es el gran ejemplo que nos dan los santos, los de antes y los de ahora. Son los santos los que hacen avanzar la Iglesia, porque son ellos los que llevan hasta las últimas consecuencias el amor de Cristo; fueron consecuentes con este amor. Cristo era el único centro de sus vidas. Supieron mantenerse unidos y vinculados a Cristo, conscientes de que Cristo nunca se echa atrás ni nunca deja a un amigo en la estacada. Cristo fue para ellos el amigo, el gran amigo, siempre presente, siempre junto a ellos. Fueron consecuentes en su amistad con Él.

Indudablemente, te habrás encontrado con Cristo en distintas etapas de tu vida. Es posible que Cristo sea para ti un valor importante, pero todavía no el valor central de tu vida. Es posible que en el firmamento de tus valores Cristo brille con gran fulgor, pero como una estrella que brilla, más o menos, junto a otras. Es posible que todavía no sea el sol resplandeciente que hace desaparecer las estrellas.

No te desanimes si ves todavía estrellas en tu firmamento. Y te digo que no te desanimes porque supongo que tú eres como yo y como cualquier otro cristiano; mientras vivimos, seguimos viendo estrellas, más o menos tenues; nunca desaparecen del todo. Lo verdaderamente importante es que quieras que sea sólo el sol que brille; lo importante es que no te desanimes si ves que tu encuentro con Cristo no ha sido todo lo fructífero que esperabas; quizá no lo ha sido porque buscabas algo que no era precisamente lo que debías buscar en tu amistad con Él; por eso quizá no lo has tomado en serio, al menos, tan en serio como debías. Lo importante es que no arraigue en ti el desánimo, a pesar de tus fracasos, de tus debilidades, de tus fallos; lo importante es que no te desorientes, ni te canses, ni

te desilusiones. Lo importante es que sigas queriendo que Cristo sea tu gran amigo.

El, desde luego, lo quiere. De esto no te queda ninguna duda. Has de buscar en ti el fallo. Mira, con la misma sinceridad con que te acabo de decir que no te desanimes, te digo que revises tu actitud de amistad con Él, porque el fallo está en ti. Debes tratar de ver cuál es. Quizá has buscado una amistad de conveniencia sin la limpieza y gratuidad de la verdadera amistad. Quizá te has lanzado a una aventura arriesgada sin contar con Él; no has calculado bien tus fuerzas y has abandonado a las primeras de cambio. Quizá has visto que tu amistad con Él te comprometía demasiado y tenías miedo a comprometerte mucho. Quizá ni le has hablado con sinceridad ni le has escuchado con atención. Todas estas actitudes contribuyen a que vaya enfriándose la amistad y a que Cristo no sea la ilusión de nuestra vida. Cuando esto sucede nos solemos defender echando culpas a unos y a otros. Si algún día te encuentras en esa situación, no eches la culpa a nadie. Trata de reencontrar la amistad perdida o de intensificarla si se ha enfriado. No pierdas el tiempo en acusaciones porque no sacarás nada

de provecho; si acaso, reafirmarte en una actitud de mediocridad ante el Señor.

Si de verdad te sientes amigo del Señor, has de comprometerte en su amistad y comprometerte hasta las últimas consecuencias. Amistad sin compromiso con el amigo es algo que no se entiende. ¿Es que puedes sentirte amigo suyo, amigo de verdad, permaneciendo indiferente ante un mundo que va degradando al hombre a quien Cristo ha venido a salvar? ¿Es que puedes cruzarte de brazos ante las necesidades de los hombres, cuando Él ha dado su vida por cada uno de ellos? Sería esto una absurda incoherencia.

Y la misma incoherencia cometerías si pensases que puedes desanimarte o quemarte o echarte atrás o desconectarte de la Iglesia o abandonar, incluso la fe, precisamente por comprometerte con Cristo. Si algo de esto te ha sucedido en tu vida o si te sucede alguna vez, piensa que no ha sido por comprometerte con Cristo, sino por no haberte comprometido con Él, por no haberte sabido comprometer o por comprometerte con otras cosas distintas.

Puedes estar pendiente de muchas estrellas: de la estrella de tu protagonismo; de tener relieve; de ser

comprendido; de que no te marginen; de que hablen bien de ti; de que te admiren; de que te alaben. Puedes tener los miedos de la soledad, de la dificultad o del vacío. En la medida en que estés pendiente de estas estrellas, dejas de estar pendiente del sol. El comprometerse con Cristo en favor de los hermanos supone una lucha larga y difícil; por eso a veces aparecen el cansancio y el desánimo. Sólo el amor fuerte y total de Jesús nos da fuerzas para seguir en la brecha. Sólo cuando nos dejamos invadir por este amor, pero de amor vivo de amigo a amigo, somos capaces de actuar con el mismo aire y con el mismo estilo del amigo; sólo entonces somos capaces de actuar como actuaron los santos, los grandes amigos de Jesús.

Tu amistad sincera con Él es lo que te va a permitir dar tu vida por los demás. Donde veas una necesidad sentirás interiormente el impulso de Jesús, que vibraba ante cualquier necesidad de cualquier hombre y hacía lo que fuese para ayudarle. Hay muchos hombres que sufren mucho y no puedes estar indiferente ante ellos, aunque otros están indiferentes, porque Jesús no estaba indiferente. Hay mucha gente marginada y oprimida que suspira por la liberación, por la paz,

por la justicia; hay mucha gente enferma, hay muchos minusválidos que deben ocupar un puesto digno en la vida; hay mucho paro y mucha pobreza; hay mucha ignorancia de Dios; muchos que apenas han oído el mensaje de Jesús; hay mucha gente egoísta, orgullosa, avara; hay muchos que sólo buscan el placer y el bienestar; hay muchos drogadictos y alcohólicos; hay gente que busca un sentido para su vida, sentido que, por múltiples causas, no acaba de encontrar. Ahí tienes tu puesto porque es el puesto de Jesús.

Si no te comprometes en la salvación de todo este mundo, ¿qué sentido tiene tu hermandad con todos los hombres? El ámbito de tu compromiso abarca a todos los hombres y a todo el hombre, es decir a todos sus valores. No se puede reducir a un solo valor, por muy digno que sea. Te lo digo porque hoy se habla mucho del valor “justicia”; es un valor importantísimo, pero no el único; cualquier cristiano ha de esforzarse para que haya más justicia en el mundo y en nuestra propia sociedad; pero ha de esforzarse también por la promoción de cualquier otro valor humano; y no sólo por los valores que, tanto la sociedad como el cristianismo, consideran como auténticos valores, sino tam-

bién por otros valores que pasan desapercibidos para la sociedad, pero que para el cristiano tienen también una importancia fundamental, como son los valores religiosos y sobrenaturales. La insistencia en unos o en otros, dependerá de las necesidades de cada hombre con quien nos encontremos. Jesús promocionaba unos y otros. Jesús buscaba al hombre concreto y se volcaba sobre él.

En cuanto al estilo, también tu manera de actuar debe ser la de Jesús: se hizo víctima por todos nosotros; la caridad y el no tenerse en cuenta fueron las constantes de su estilo. Ni la imposición ni la fuerza fueron sus características. Abierto a todos, perdonando todo: la obediencia al Padre, la verdad y el inmenso cariño a todos, fueron su estilo. Nunca se tuvo en cuenta para tener en cuenta a los demás. Aguantó mucho, sufrió mucho, perdonó mucho, amó mucho.

Supongo que esto te parecerá bastante complicadillo para llevarlo a la práctica, ¿verdad? Pues no, nada de complicadillo; muy complicado, sumamente difícil y, para nosotros, imposible; pero para Dios no; para Dios todo es posible y Cristo, tu amigo, es Dios.

ORACIÓN Y AMISTAD

Te vengo diciendo que tu relación con Cristo debe convertirse en un compromiso de amistad. Tu amistad con Cristo está en la línea de la amistad que puedes tener con tus amigos, pero con la particularidad de que no encontrarás un amigo como Él. Al hablarte de amistad me estoy refiriendo precisamente a eso, a la amistad; y amistad no se puede tener más que con personas con las que convivimos. No puedes llamarte amigo de quien ya ha muerto; en todo caso podrás decir: “*Éramos amigos*”, pero no que sois amigos. Del amigo que ya ha muerto se podrá tener un grato recuerdo, pero ya no cabe la amistad.

¿Entonces por qué te estoy hablando de la amistad con Cristo si Cristo ha muerto hace ya dos mil años? Sencillamente, porque ha resucitado y con su Resurrección, ha roto las barreras del espacio y del tiempo. Cristo sigue viviendo hoy y siempre, y aquí y en todas partes. Esta es la importancia crucial que tiene para nosotros la resurrección de Jesús. Él es para nosotros un “Tú”; un “Tú” para nosotros y para los que vivieron en los primeros siglos; un “Tú” vivo y actual; un “Tú” amigo siempre junto a ti; un “Tú” com-

penetrado contigo; un “Tú” cuya vida es tu vida y cuya fuerza es tu fuerza; un “Tú” con quien lo puedes todo; un “Tú” con quien valen las normas elementales de la amistad.

Establecer con Él una relación de amistad supone tenerle confianza, charlar con Él, contarle tus cosas, tus proyectos, tus ilusiones, tus fracasos, tus luchas, tus problemas...; supone también escucharle, contemplarle; verás en Él un modelo; constantemente te estará invitando a seguirle, a imitarle; sentirás que te comprende, que te anima, que te ilusiona; le verás pendiente siempre de cumplir con la voluntad del Padre trabajando por el bien de todos los hombres; le verás con una entereza extraordinaria; le verás siempre pendiente del amigo, pendiente de ti.

¿Te importaría mucho llamar a todo esto, oración? Pues esto es la oración. Has de sentirle amigo y has de llegar a estar tan compenetrado con Él, que has de ser capaz de descubrirle siempre junto a ti. Se trata de sentir el calor de la presencia del amigo. Y no es que hayas de esforzarte mentalmente para conseguirlo. Esto depende de la amistad. Lo mismo que cuando se quiere profundamente a alguien se está siempre pen-

sando en él, cuando se quiere de verdad a Cristo, lo llevamos siempre en el corazón; lo mismo que el enamorado está constantemente pensando en la persona amada y la está imaginando junto a sí.

Aunque en el caso de Cristo no es cuestión sólo de pensar en Él o de imaginarte que está junto a ti. Se trata de una presencia auténtica (recuerda lo que te acabo de decir sobre la resurrección). Por tanto, no te digo que pienses en Él, sino que percibas su presencia. Esta percepción de su presencia se va intensificando en la medida en que se va intensificando tu amistad con Él, es decir, en la medida en que eres capaz de escucharle con seriedad y vas tratando de imitarle; en la medida en que te vas portando con Él como verdadero amigo.

Una de las ventajas de ser consciente de su presencia es que nuestro modo de actuar es distinto, según que nos sintamos, o no, acompañados por alguien o en presencia de alguien. Si estás, por ejemplo, haciendo un examen escrito y el profesor que está vigilando se detiene junto a ti, fijándose en lo que estás escribiendo, automáticamente te empieza el cosquilleo del nerviosismo, ¿no? Desde luego, escribes con más tranquilidad cuando el profesor está sentado tranquilamente en

su mesa leyendo el periódico; así hasta puedes copiar alguna chuleta.

La importancia de ser consciente de la presencia de Cristo junto a ti es que tu modo de actuar se va perfilando porque no lo ves como profesor que te vigila, sino como amigo que te acompaña, que te ayuda, que te estimula, que te da ánimo. Tu modo de actuar ha de ser distinto cuando te sientes acompañado por aquel a quien amas y que sabes que te ama.

Los modos de presencia de Cristo junto a nosotros son muy distintos. Está presente en la Sagrada Escritura, en los Sacramentos, en la predicación de la Iglesia, en la reunión de los cristianos, en cualquier hombre, en uno mismo. Y hay una acción del Espíritu en nuestro interior que nos capacita para percibir la realidad de todas estas presencias.

Percibir estas presencias es uno de los aspectos más importantes de la oración. Por ella Jesús nos va manifestando sus distintas presencias, se nos va revelando; y si nuestra oración es seria y auténtica, es decir, si nos va comprometiendo en nuestra amistad con Él, le iremos conociendo mejor, le iremos viendo por todas partes, y esto nos ayudará a actuar con Él y como

Él. No nos sentiremos solos. Él irá siendo nuestra fuerza y nuestra alegría. Nos sentiremos seguros como se siente el niño pequeño junto a su padre.

Siendo la oración algo tan trascendental para tu vida cristiana, ha de haber modos de hacer la oración que no sean nada complicados. ¿Es que acaso puede ser complicado charlar con los amigos? Nada de eso; charlar con Jesús no puede ser complicado. Voy a proponerte unos cuantos modos de hacer oración y ya me dirás si tiene esto muchas complicaciones.

Puedes sentarte un rato en la iglesia, o en el campo, o en tu casa, o junto al mar, sintiendo su presencia y sencillamente estando con Él, estando con tu amigo Jesús. Puedes contarle tus cosas, tus problemas, cómo ves los problemas de la Iglesia, de la sociedad, de la parroquia, de la juventud, de los pobres, del mundo del hambre, de los enfermos. Dile cómo piensas y trata también de escucharle.

Para escucharle puedes leer un trozo del evangelio y hacer como hacían los apóstoles: ahora, Señor, explícame eso que has dicho; ponte a la escucha; claro que te lo explicará, y que muy bien que te lo explicará. Y a medida que te lo vaya explicando, irás viendo que

hay algo en tu vida que necesita cambiar; y serás tú mismo quien verás qué hay que cambiar. Y tu oración se irá convirtiendo en una auténtica conversión, es decir, en un auténtico deseo de ser como Él, de imitarle, de parecerle a Él, de ser como el amigo.

Otra manera de hacer oración, y para mí de las más bonitas, es mirar hacia fuera; por ejemplo, contemplar la naturaleza. ¡Qué maravilla la vida. ¿Te has dado cuenta de lo que es contemplarle en los hombres; con todos está construyendo el reino; unos muy cerca, otros un poco lejos, pero todos llamados al reino; preocupado por todos, queriéndoles a todos, pendiente de todos. En el corazón de cada hombre hay una presencia del Señor. Contéplale en la entereza de tantos hombres y en la debilidad de tantos otros, en los que le dedican sus vidas y en los que viven al margen; contéplale en los niños y en los ancianos, en los enfermos y en los pobres, en los que no tienen entrañas y en los que lo dan todo por Él, en los marginados, en los drogadictos y en las prostitutas. En todos está. Trata de descubrir su presencia y de escuchar el mensaje que te da desde allí.

También puedes hacer oración contemplándole a Él. Oye, es algo maravilloso este modo de hacer ora-

ción. Pruébalo y verás. Es un amigo que subyuga, que te deja encandilado, que te lleva tras de sí. Piensa en Él; sencillamente eso. Y lo mismo que te decía antes que la oración auténtica va acompañada de la actitud de conversión, te digo ahora que ha de ir acompañada también de la actitud de disponibilidad. Los corazones cerrados no valen para la amistad y menos, cuando el amigo está siempre dispuesto a lo que sea por ti.

Vale también la oración cuando desde Él miras el futuro: el tuyo y el de los demás; el de la sociedad y el de la Iglesia. Con Él mirarás el futuro con esperanza. No hay horizontes cerrados, aunque humanamente hablando haya situaciones a las que no se les ve salida. No importa. Recuerda con frecuencia aquellas palabras suyas: “*No temáis, yo he vencido al mundo*” (Jn. 16, 33).

La oración así entendida va aunando nuestra vida con la suya. Nuestra vida se va fundiendo con la suya sin que quede nada fuera o al margen. Nada hay en nosotros que podamos hurtar a esa identificación con Cristo muerto y resucitado. Nuestra amistad con Él se va estrechando a medida que vamos haciendo nuestras sus actitudes y vamos incorporando a nuestra

vida su propia vida, hasta poder decir con San Pablo que ya no vivimos nosotros, sino que es Cristo quien vive en nosotros.

Te ofrezco a continuación unas citas de San Pablo en las que, empleando la preposición “*con*”, concibe la vida cristiana como una plena incorporación a Cristo. Y así habla de:

con-figurar (Fil. 3, 10). *con*-formar (Rm. 8, 21). *con*-vivificar (Ef. 2, 5). *con*-vivir (Rm. 6, 8). *co*-plantar (Rm. 6, 5). *com*-padecer (Rm. 8, 17). *con*-crucificar (Rm. 6, 6). *con*-morir (2 Cor. 7, 3). *con*-sepultar (Rm. 6, 4). *con*-resucitar (Ef. 2,6). *co*-herederos (Rm. 8, 17). *con*-glorificar (Rm. 8, 17). *co*-sentarse (Ef. 2,6). *co*-reinar (2 Tim. 3, 10).

Por ahí ha de ir tu vida, tu oración y tu compromiso. No hay otro camino si quieres estrechar tus lazos de amistad con Jesucristo. Si te desconectas de Él, serás tú quien actúe, y ten en cuenta que eres muy débil; te desfondarás a las primeras de cambio. Si te vinculas a Él, será Él quien actúe en ti y desde ti. Y Él sí que ha

triunfado, y seguirá triunfando en ti y, a través de ti, en el mundo.

DE CARA AL FUTURO

En el proyecto de Dios de hacer la comunión con todos los hombres a través de Cristo, cada persona y cada cosa tienen un por qué y un para qué. También lo tienes tú.

Cristo es quien restaura la humanidad rota por el pecado. Pero esta restauración no tiene lugar sobre algo abstracto, sino sobre realidades concretas, sobre cada hombre en particular. También sobre ti. Cristo vino para hacernos hombres nuevos; nos va rehaciendo día a día, en la medida en que le vamos dando entrada en nuestra vida; pero, y ahí es donde quiero que pongas atención, nos va rehaciendo incorporándonos a su cuerpo místico, a esa comunidad que formamos con Él y que llamamos Iglesia.

No somos seres aislados que nos entendemos a solas con Él, sino miembros distintos y con funciones distintas y con responsabilidades distintas en su cuerpo, que es la Iglesia. Cada uno tenemos un puesto en ella. En esta restauración universal, Dios tiene un proyecto sobre ti distinto del que tiene sobre mí o sobre

cualquiera; te ha asignado un puesto en su Iglesia y te invita a ocuparlo. Esto es lo que llamamos la vocación de cada uno. Por estar llamado a formar parte de la Iglesia, tienes un puesto en ella; tienes una vocación.

Si respondes con sinceridad a la llamada de amistad con Cristo, ten en cuenta que esta llamada de amistad no es sólo para salvarte a ti, sino para ayudar a Cristo en la salvación de todos los hombres. Si aceptas vincularte a Él y formar cuerpo con Él, tienes un puesto en la Iglesia, personal e intransferible. Es el tuyo, exclusivamente tuyo y que nadie puede ocupar por ti. Si no lo ocupas, ahí quedará un hueco sin cubrir, ahí quedará una misión y una tarea sin realizar para llevar a cabo el proyecto de salvación de todos los hombres. Hueco que Dios tratará de llenar de otra manera.

Has de saber encontrar tu puesto. Si en ti hay sinceridad, lo irás encontrando poco a poco, porque Cristo, tu amigo, no se presta a jugar al escondite contigo ni con nadie. Te lo irá manifestando, te lo irá revelando día a día. Y cuando optes por un estilo de vida determinado como respuesta a su llamada, te irá mostrando nuevas concreciones y nuevas posibilidades y nuevos horizontes. Dentro de este compromiso

de amistad con Cristo no hay sectores de tu vida que puedan permanecer al margen. Es toda tu vida la que está en juego, porque es toda tu vida lo que entregas a Cristo como respuesta a quien ha entregado también toda su vida por ti. Por eso en la base de cualquier proyecto vocacional está tu ser de cristiano, es decir, tu compromiso de amistad con Cristo.

Cualquiera que sea tu vocación, ten en cuenta que para descubrirla no debes estar pendiente de lo que te gusta o de lo que “te va”, sino de lo que Dios quiere de ti. Lo importante es tu decisión a comprometerte con Él y por Él. Los apóstoles iban buscando los primeros puestos; discutían entre ellos sobre quiénes ocuparían los cargos más importantes en el reino que iba a fundar Jesús. Pero Él les dijo que el que quisiera ser el mayor que se hiciese servidor de sus hermanos. Cuando el Espíritu les hace ver las cosas de distinta manera, como las veía Jesús, ya no buscan figurar ni prestigio ni bienestar; buscan cumplir con la misión que les ha encomendado el Señor.

Es entonces cuando descubren que su vida no es para ellos sino para los demás; es cuando descubren que la vida es servicio; es cuando entienden las

predicciones de Jesús al decirles: “*Os entregarán al suplicio y os matarán; por mi causa os odiarán todos los pueblos*” (Mt. 24, 9-10). Es cuando comprenden que su vida no es para reservársela, sino para dedicarla gratuitamente a los demás por amor a Él; es cuando son conscientes de que hay que ir quemando y perdiendo la vida si la quieren recuperar; Jesús les ha estado hablando constantemente de exigencias y no le entendían.

Prácticamente todo el Evangelio es una invitación a la comunión; por tanto, es una invitación a renunciar a todo aquello que impide o dificulta la comunión. Léelo y verás. Empieza por el sermón de la montaña (Mt. 5-7) y sigue con aquello de que les manda como ovejas entre lobos, y que no ha venido a traer paz, sino espada, y del que encuentra un tesoro y va a vender todo lo que tiene para conseguirlo, y el perdón de las ofensas, y el joven rico, y el grano de trigo que debe morir para dar fruto. Pero en todo ello no se trata de una exigencia porque sí, sino de un ofrecimiento de algo tan extraordinario que todo lo que pueda impedir vivirlo en plenitud ha de estimarse como basura, según dice San Pablo.

Y no veas en esto que te estoy diciendo, que desprecio nada de lo que tenemos a nuestro alrededor; porque hay muchas cosas que, de basura, nada. Hay cosas y personas de una valía extraordinaria; y si te digo que son basura ni te lo crees tú ni me lo creo yo. Las considero basura cuando las comparo con la amistad con Cristo. Y es que en Cristo está la plenitud y nada puede ni siquiera compararse con esta plenitud. Es como si le propones a un padre que elija entre cualquier cosa y su hijo; y no es que no le gusten ni que desprecie las cosas a que debe renunciar por él; claro que las aprecia, pero no son nada comparadas con el amor que tiene a su hijo.

Cuando vamos entrando en el ámbito de la amistad con el Señor parece que tenemos un poco de miedo. Es que vamos viendo cosas a las que hay que renunciar. Sé valiente. No temas. Acércate a Él sin prejuicios. Trata de conocerle un poco mejor. Trata de penetrar en el misterio profundo de su amistad y verás que vale la pena. Sobre todo ve dando pasos en este sentido. Sigue adelante y no vuelvas la vista atrás. Devuélvele la amistad que tú has recibido de Él; no le tengas miedo, que en Él estás encontrando al mejor amigo.

Y si de verdad no tienes miedo a ser su amigo, tu primer compromiso en tu encuentro con Él debiera ser descubrir junto a Él el designio del Padre sobre ti, que, te repito, no es lo que te gusta ni porque te gusta, sino lo que el Padre quiere de ti, te guste o no. Cristo está a tu lado para ayudarte a ser lo que debes ser y para serlo como debes.

Te voy a proponer los distintos proyectos de vida cristiana; tu vida va a discurrir por cualquiera de ellos. Te los expongo, aunque sea con brevedad, porque creo que debes tenerlos en cuenta todos a la hora de optar por alguno.

Los jóvenes pueden sentirse llamados al sacerdocio. El sacerdote es totalmente necesario para la vida de la Iglesia, porque es quien hace presente ante el mundo a Cristo como redentor. Es Cristo quien sigue enseñando, y santificando, y aunando a la comunidad cristiana a través del sacerdote. Así como Cristo tomó la naturaleza humana para realizar la redención, toma ahora la persona del sacerdote para continuarla.

Otra opción abierta a la juventud es la vida religiosa. Los religiosos se unen en comunidad para dar ante la Iglesia un testimonio fuerte de fe, tratando de

vivir con la mayor radicalidad las bienaventuranzas. Por eso renuncian a contraer matrimonio, para que su vida esté totalmente al servicio de cualquiera que pueda necesitar de ellos; hacen voto de pobreza para decir a todo el mundo que la felicidad no está en las riquezas de las que la gente está tan pendiente, y hacen también voto de obediencia renunciando a hacer la propia voluntad, diciéndonos con ello a todos, que lo que realmente cuenta es hacer la voluntad de Dios, no la nuestra.

Otra modalidad de vida cristiana es la vida se-
gular consagrada con los mismos tres votos de castidad,
pobreza y obediencia; pero viven su consagración no
en comunidad, como los religiosos, sino como seglares
en sus propias casas y trabajando en su profesión labo-
ral. No se separan del mundo ni de su ambiente propio,
sino que quieren ayudar a la salvación del mundo des-
de dentro mismo del mundo, como los demás seglares,
porque son seglares consagrados al Señor. Forman lo
que llamamos institutos seculares.

Puedes optar también por el matrimonio. Dios
llama a la inmensa mayoría de los cristianos por este
camino. Es el camino del amor mutuo entre esposo

y esposa, a semejanza del amor que Cristo tiene a su Iglesia, por la que dio su sangre; así deben amarse los esposos entre sí. Y fruto de este amor son los hijos a quienes han de educar y formar. La familia está basada en el matrimonio; sus miembros son como una célula de la Iglesia y, como dice el Concilio, la familia forma lo que podría llamarse una iglesia doméstica.

Por último, los jóvenes pueden seguir viviendo como solteros sin optar por cualquiera de los proyectos que te acabo de proponer. Aunque lógicamente, como comprenderás, no se trata de no querer complicarse la vida y vivir cómodamente en la soltería. Se trata de saber ver en la situación de soltería una manera concreta de seguir sirviéndole como se le sirve en los institutos seculares, pero sin consagración.

Quizá me preguntes cuál de todos estos caminos es el más difícil. Mi contestación es clara: todos. Si optas por cualquiera de ellos buscando la facilidad, estás perdiendo el tiempo. Y si rehúyes cualquiera de ellos porque te parezca más difícil, pierdes también el tiempo. La dificultad empieza desde el momento en que uno se decide a tomarse en serio su vida cristiana. Esto es lo difícil, vivir cristianamente. No creas que el

matrimonio o la soltería son unos estados de placer, y los otros, de dificultad. La dificultad la tiene uno por delante desde el mismo momento en que uno se decide a tomarse en serio sus responsabilidades cristianas. Pero, al mismo tiempo, uno goza interiormente en la medida en que se decide a seguir de cerca a Cristo, a dedicarle incondicionalmente su vida. Es el gozo que manifiestan en cualquiera de los estados los que están buscando cumplir con la voluntad del Señor.

Hay algunos jóvenes que dan la sensación de esconder la cabeza bajo el ala, como el avestruz, cuando se tratan estos temas. Aunque, a decir verdad, muchos sienten en su interior deseos de que se traten. Es lógico que les interese porque está en juego nada menos que su proyecto para el futuro.

Por tanto, es cuestión de que te vayas preguntando cuál es tu puesto. Yo no lo sé y quizá tú tampoco; por eso es cuestión de que te lo plantees. Para encontrar tu puesto has de desterrar, de entrada, una opción fundada en la facilidad y en la comodidad. Por ahí nunca encontrarás una invitación del Señor. Has de tener rectitud de intención para descubrir qué es lo que Dios te va pidiendo y en qué estado de vida puedes

realizarte como Dios quiere que te realices. Te juegas mucho en la elección. Tómatelo muy en serio.

Es posible que descubras tu puesto y no te atrevas a ocuparlo. Caso de que esto pudiera darse, tampoco quiero cargarte las tintas diciéndote que vas a ser un fracasado durante toda tu vida, no. Pero sí te digo, con toda sinceridad, que no le tengas miedo a Dios, que seas fiel a la amistad que os habéis prometido. El Señor respeta tu libertad, se fía de ti y te invita a que ocupes el puesto que te ha asignado. Y no es que te vaya a rechazar, y menos a rechazar definitivamente si no te atreves. Es que no has llegado todavía a depositar en Él la confianza del amigo; y un poco defraudado sí que le dejas.

Desde luego, aunque no te atrevas, Él no se va a vengar; te va a salir al encuentro por otro camino —no lo dudes— e irá rehaciendo su proyecto sobre ti. ¿No hizo lo mismo al rehacer el proyecto que tenía sobre la humanidad? Dios nos quiere de manera tan extraordinaria que nunca deja de confiar en nosotros. A Dios le interesas tú, y porque le interesas, te confía un proyecto, y si no te atreves con él, no te echa como se echa una tuerca que no encaja y ya no sirve para nada; te irá

buscando un nuevo sitio donde puedas encajar. Dios es tan bueno que es así.

Lo cierto es que Dios tiene un proyecto muy personal sobre ti y te lo va revelando a través de mil circunstancias concretas. Has de tratar de descubrirlo, porque tu vida, como cualquier proyecto, es una historia escrita al revés. Has de saber hacia dónde vas, has de tener clara la meta hacia la cual caminas y has de decidirte a caminar para alcanzarla. Esa es tu vida. Debes tratar de descubrir tu vocación, vocación que tienes desde el primer momento. Debes madurar tu vocación, aunque lo que ha de madurar no es tu vocación, sino tu disposición a seguirla una vez descubierta. No te pongas a quedarte a medio hacer, con el proyecto de Dios inacabado o a medio realizar. Cristo confía en ti. Que tu fidelidad al amigo sea para ti fuente de alegría y camino hacia la plenitud.

CONCLUSIÓN

Este libro no ha pretendido ser más que una ayuda para que te encuentres personalmente con tu amigo Jesús. No sé si lo que te he dicho sobre Él te puede servir; supongo que sí. Aunque, lógicamente, has de ser tú quien lo ha de decir. Sin embargo, te invito a que se lo digas a Él y a que se lo digas en el clima de amistad y de confianza de una conversación sincera entre amigos.

Cristo te mira con simpatía; con la misma simpatía con que miró al joven que se le acercó preguntándole qué había de hacer para conseguir la vida eterna. Este joven buscaba algo más; insistió preguntándole a Jesús, y cuando Jesús le invitó a algo tan extraordinariamente bello y apasionante como era dejarlo todo e irse con Él, no se atrevió: se echó atrás y se fue triste. El pasaje puedes leerlo en Mt. 19, 16-12. Ya te lo comenté anteriormente.

Acércate a Jesús y, de amigo a amigo, pregúntale: ¿Qué debo hacer yo hoy y aquí para ser, de verdad, fiel a tu amistad? Yo no sé la respuesta que te insinuará en tu interior. Tú la puedes intuir sintiendo el gozo y el peso de la mirada amorosa de Dios sobre tu persona. También aquel joven del evangelio sintió sobre sí la mirada confiada de Jesús, pero no se atrevió a aceptar su invitación porque era muy rico.

Yo no sé cuáles pueden ser tus riquezas; desde luego, no me refiero a riquezas económicas, porque, como joven, supongo que no tendrás cuatro perras; me refiero a tus riquezas que yo, más bien, llamaría esclavitudes, como pueden ser tus defectos, sobre todo el gran defecto de pretender vivir para ti, despreocupándote de servir a los demás.

Si de verdad y con sinceridad le preguntas a Jesús, Él te responderá, no lo dudes. Y cuando te responda, ¡no te echés atrás!, ¡no le des la espalda, aunque sean grandes las exigencias! ¡Inicia la gran aventura de recorrer el camino de tu vida con la amistad de tu amigo Jesús!

ANEXOS: FICHAS CATEQUETICAS

Estas fichas están elaboradas siguiendo la exposición del libro. En cada ficha se indican las páginas de referencia del libro. Están dirigidas a jóvenes confirmados que siguen las huellas de Jesús ayudados por un grupo catequético.

Capítulo I: CÓMO ERA JESÚS

- | | |
|---------|----------------------------------|
| Tema 1. | Queremos conocer a Jesús. |
| Tema 2. | Jesús niño. |
| Tema 3. | Jesús joven. |
| Tema 4. | Jesús adulto. |
| Tema 5. | Hombre de cualidades. |
| Tema 6. | Modo de vivir y actuar de Jesús. |

Capítulo II: JESÚS EL HIJO DE DIOS

- | | |
|---------|-----------------------|
| Tema 7. | El Misterio de Jesús. |
| Tema 8. | El Hijo del hombre. |
| Tema 9. | El Hijo de Dios |

Tema 10. Ver en Jesús al Hijo de Dios.

Capítulo III: SU RELACIÓN CON EL PADRE

Tema 11. Nos revela al Padre.

Tema 12. Enviado del Padre.

Tema 13. Obediente al Padre.

Capítulo IV: SU OBRA

Tema 14. Encarnación.

Tema 15. Pasión y muerte.

Tema 16. La resurrección de Jesús.

Capítulo V: MORAL CRISTIANA

Tema 17. Doctrina y moral.

Tema 18. Las Bienaventuranzas.

Tema 19. Moral de la fraternidad.

Tema 20. Moral de comunión.

Tema 21. Moral de corazones nuevos.

Capítulo VI: CRISTO Y TÚ

Tema 22. Tu encuentro con Cristo.

Tema 23. Compromiso y oración.

Tema 24. De cara al futuro.

TEMA 1: Queremos conocer a Jesús (págs. 6-8 del libro)

Objetivo catequético: Que el grupo de jóvenes se motive al itinerario de catequesis que inicia alrededor de Jesucristo.

Desarrollo: Se inicia la sesión con una “lluvia de ideas” acerca de “¿Qué es Jesucristo para nosotros?” y sobre “¿Qué sabemos de Jesús?”. Las respuestas se escriben en dos paneles distintos o en un encerado dividido. El resultado más probable es que pese a haber oído hablar de Jesús tantas veces no se le conoce, se tienen “referencias” pero no se “sabe bien” de él, ni se le conoce de verdad como a un amigo. El catequista centrará su exposición comentando que en nuestro mundo algo sabemos de todo pero realmente de lo más importante no “sabemos la verdad”, pues se conoce a una persona cuando se le trata y convive con ella... y no tenemos tiempo para eso. Terminará la sesión leyendo la introducción del libro comentándola como lenguaje catequético testimonial.

TEMA 2: Jesús niño (págs. 14-26 del libro)

Estudiar en grupos los primeros capítulos del Evangelio de San Lucas y San Mateo (LC. 2, 8-20 y 46-52) (Mt. 2, 1-23).

Mientras se lee y trabaja en grupos el catequista escribe en un mural o pizarra el siguiente texto del Concilio Vaticano II:

Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante a todos nosotros, excepto en el pecado.
(Gaudium et Spes, 22.)

La puesta en común sobre los textos se centra en descubrir en Jesús la sencillez y pobreza desde su nacimiento, la sencillez de vida en una familia cualquiera, la relación familiar y maduración humana y religiosa... Todo un estilo de vida.

TEMA 3: Jesús joven (págs. 26-39 del libro)

¿Adónde desemboca la etapa juvenil de Jesús? El joven forja un día en el que se presenta en sociedad con todo lo que él es. Hasta que llega ese día el joven es “tentado” por la vida. Jesús comienza su vida pública predicando el Evangelio o Buena Noticia del Reino de Dios y llamando a la conversión. Antes de presentarse en la Sinagoga de su pueblo se ha retirado durante un tiempo —¿acaso reflejo de su juventud?— al desierto y allí es tentado:

Leer detenidamente y comentar en grupo el texto de las tentaciones: Mt. 4, 1-11 o Lc. 4, 1-13.

Relacionar este texto con el diálogo con el joven rico: Mt. 19, 16-22.

El catequista concluye con unos párrafos de la Carta de Juan Pablo II a los jóvenes, números 5-8.

TEMA 4: Jesús adulto (págs. 39-43 del libro)

El bautismo en el Jordán y las tentaciones contra la vocación de Jesús marcan el final de la vida oculta y el inicio de la vida pública: Jesús manifiesta cuál es su misión y proclama la Buena Noticia del Reino de Dios:

Leer Lucas 3, 21-22; Mateo 4, 1-10; Lucas 4, 18-19; Lucas 5, 26.

Cuestionario

- ¿Qué significa que “el Reino de Dios está cerca”?
- ¿Por qué llega el Reino de Dios con Jesús?
- ¿Quién trae el Reino de Dios? ¿Dónde se encuentra hoy?

Para contestar el cuestionario se trabaja en grupo las siguientes parábolas:

- Mateo 13, 31-43.
- Lucas 19, 12-27.
- Marcos 4, 26-29.

TEMA 5: Hombre de cualidades (págs. 43-65 del libro)

Se leen en público las páginas del libro, mientras se reparte una cita bíblica a cada catequizando que la busca en su Nuevo Testamento. Terminada la lectura y ante una pizarra o mural se pregunta: “¿Qué cualidades destacaríais de Jesús según el texto bíblico que habéis leído?”. Salen al mural y expresan la cualidad con una palabra.

Subrayadas las más repetidas, el catequista y quienes los han anotado las comentan.

Textos bíblicos a repartir: Mt. 12, 1-14; Mt. 5, 23-25; Mt. 8, 20-21; Lc. 11, 37-44; Lc. 13, 31-32; Mt. 11, 27; Jn. 1, 41; Mt. 26, 63-64; Jn. 1, 49; Jn. 4, 42; Le. 4, 16-21; Jn. 4, 34; LC. 2, 49.

TEMA 6: Modo de vivir y actuar (págs. 65-77 del libro)

Tema que puede servir de recopilación de esta primera parte. Pueden, pues, plantearse la catequesis como un panel donde cada uno de los catequizandos expone durante unos minutos un aspecto atractivo y sugerente para él de la vida de Jesús.

A la expresión verbal puede y debe acompañarle otro tipo de expresión: canción, pintura, diapositivas, mimo..., etc. Para ello esta sesión se les anunciará al final de la anterior a fin de que tengan tiempo durante una semana para prepararla. El catequista, por su parte, preparará un “escenario” o ambientación que resuma lo hecho por el grupo hasta este momento.

TEMA 7: El misterio de Jesús (págs. 78-91 del libro)

El libro hace “diez observaciones” sobre la vida y comportamiento de Jesús. Se distribuyen estas observaciones para un trabajo en grupos acerca de “el misterio de Jesús”.

Para introducirles en este trabajo el catequista les explica brevemente cómo los discípulos de Jesús también fueron poco a poco interrogándose por el “secreto” de Jesús.

Puede servirle al catequista leer la introducción al Evangelio según San Marcos que se encuentra en la Biblia para la iniciación cristiana EDICE, o en el Catecismo Escolar de 7.º de E.G.B., Luz del Mundo, pág. 14, referido también el Evangelio según San Marcos.

TEMA 8: El Hijo del hombre (págs. 91-94 del libro)

Leer el libro para situar el “título”.

Se leen en voz alta los siguientes textos:

Daniel 7, 9-14; Mateo 24, 30; Mateo, 26, 64; Marcos 14, 62; Apocalipsis 1, 7; Apocalipsis, 14, 14-16.

¿Cómo define el grupo hoy el título “Hijo del hombre”?

¿”Qué esperanzas” arden hoy en el corazón de los hombres?

¿Se cumplieron ya en Jesús?

Este tema, dada su complejidad, es conveniente que se trate mediante un diálogo con todo el grupo.

TEMA 9: El Hijo de Dios (págs. 94-101 del libro)

En un mural o pizarra estará escrita la profesión de la fe cristiana: “Creemos en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor”.

La sesión la comienza el catequista leyendo las páginas del libro, subrayando cómo Jesús se presenta “poco a poco” a sus Apóstoles. Hoy los cristianos hemos recibido la fe de la Iglesia que profesamos en el Credo. ¿Cómo la expresamos?

El catequista invita a recordar “textos”, “oraciones”, “signos” de la vida del cristiano y de la Iglesia en los que se profesa la divinidad de Jesús. Se les puede ayudar indicándoles que recuerden los gestos y oraciones de una celebración eucarística.

Termina la sesión escribiendo en el mismo mural o pizarra del principio:

¡Gracias, Señor, por la fe de la Iglesia!

TEMA 10: Ver en Jesús al Hijo de Dios (págs. 101-112 del libro)

Tema debate

Puntos para el debate por grupos, cuyas conclusiones se ponen en común:

1. Leer las páginas del libro.

¿Les fue fácil ver a los contemporáneos de Jesús en el “gran hombre” Jesús de Nazaret, al Hijo de Dios? ¿Por qué sí? ¿Por qué no?

2. ¿Más fácil o menos que a nosotros nos resulta ver en la Iglesia la acción del Espíritu de Dios?

3. ¿No sería más fácil creer o ver al Hijo de Dios en Jesús si se nos hubiere manifestado como un “Superman”? ¿Por qué sí? ¿Por qué no?

TEMA 11: Jesús nos revela al Padre (págs. 113-119 del libro)

Cada uno elige una foto que mejor expresa lo que para él significa y es Dios. (Para ello se tendrán a disposición del grupo un buen número de revistas y periódicos si no se dispone de fotografías para esta técnica.)

Escogida en silencio, el catequista les invita a que le pongan un pie con un texto de un dicho o un hecho de Jesús.

A su vez el catequista ha puesto como pie a una imagen de Cristo el texto siguiente: “Quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre” (Juan 14, 9).

Se concluye leyendo y comentando el libro.

TEMA 12: El Enviado del Padre (págs. 120-123 del libro)

Trabajo personal: Leer los capítulos 5-8 del Evangelio según San Juan y subrayar o seleccionar los textos en donde aparece la palabra “enviado”. Con este conjunto de citas cada joven las ordena con una lógica propia que explique según él lo que significa que Jesús es enviado del Padre, Se contrasta este trabajo personal poniéndolo en común y con la explicación del libro y del catequista.

TEMA 13: Obediente al Padre (págs. 123-132 del libro)

Lluvia de ideas: ¿A cuántas personas, cosas, modas, “slogans”, estamos obedeciendo?

Cada catequizando anota en pizarra o mural lo que opina con una palabra. Ante el mural el catequista pregunta: “¿A cuántas de todas estas cosas o ídolos obedecemos absolutamente?”. Tras las respuestas o el silencio lee el libro y plantea un debate en gran grupo acerca de la obediencia en general y la obediencia en particular.

Mientras el debate se anima, escribe textos del Evangelio que se citan en el libro y que se refieren a la obediencia de Jesús al Padre.

TEMA 14: Encarnación (págs. 133-154 del libro)

Esta sesión debe utilizarse para leer el libro y a partir de él recordar los principales hechos de la Historia de la Salvación que culminan en la Encarnación del Hijo de Dios.

La proclamación de la Plegaria Eucarística IV leída lentamente con una música sagrada de fondo puede ayudar a un momento de oración de acción de gracias por el gran don del Hijo dado por el Padre a los hombres.

TEMA 15: Vida, Pasión y muerte (págs. 154-167 del libro)

Tema que debe prepararse con una semana de antelación. Se va a hacer una lectura dramatizada de la Pasión y muerte de Jesús según San Marcos. Para ello se reparten los personajes una semana anterior y se pide que lean el texto del Evangelio durante la semana asumiendo el papel que les ha tocado.

El catequista ha preparado una música sacra e imágenes de arte religioso sobre la Pasión y Muerte.

La dramatización debe salir espontáneamente. No se pretende hacer una representación teatral, sino una lectura meditativa del texto. Terminada la dramatización, se lee en voz alta el libro y se abre un diálogo.

TEMA 16: La resurrección de Jesús (págs. 168-182 del libro)

Celebración paralitúrgica en torno al cirio pascual

El catequista explica el significado del cirio pascual en la Iglesia y recuerda los momentos más importantes de la Vigilia Pascual.

Lectura de la Palabra: Lc. 24, 13-35.

Comentario catequético del presidente de la celebración que concluye invitando a encender en el cirio pascual la candela que se les entrega y a formular en voz alta un compromiso de amistad con Cristo resucitado (referencia al libro).

Juntos se canta un Aleluya, se reza el Padre Nuestro y se vuelve a cantar el Aleluya.

TEMA 17: Doctrina moral (págs. 183-193 del libro)

Además de las páginas del libro, el catequista lee de la carta de Juan Pablo II a los jóvenes el núm. 6 sobre la moral y la conciencia, y se abre un debate general sobre:

- 1- El proyecto de vida de las personas
- 2- La conciencia
- 3- Las normas o leyes universales (naturales)
- 4- El Decálogo
- 5- La moral cristiana

¿Por qué hay tantas reticencias a ser consecuentes con la vida con respecto a la fe que profesamos en Jesús?

TEMA 18: Las Bienaventuranzas (págs. 194-199 del libro)

Trabajo personal: leer detenidamente los capítulos 5 al 7 del Evangelio según San Mateo.

Puesta en común del trabajo personal: En un mural están escritas las Bienaventuranzas. Entre cada una de ellas hay unos espacios en blanco que van rellenándose con fotografías, palabras o frases que durante el trabajo personal cada catequizando escribe.

Pregunta general para el diálogo: “¿Qué características tiene la moral o vida cristiana que Cristo nos enseña?”; “¿Cómo definiríamos con pocas frases en qué consiste la moral cristiana?”.

TEMA 19: Moral de fraternidad (págs. 199-210 del libro)

Lectura de la parábola del samaritano: Lc. 10, 30-37. En un mural o pizarra está escrito con claridad lo siguiente:

- Para el judío: PRÓJIMO = PRÓXIMO = DE MI PUEBLO.
- Para el cristiano: PRÓJIMO = PRÓXIMO = CUALQUIER NECESITADO.

¿Cuáles son las fronteras de la fraternidad para el cristiano? Se hace un debate en el que se implican las distintas discriminaciones que se producen en el mundo y que ellos mismos producen a otros; “a quienes no son los nuestros”...

Redactar un comunicado para la prensa sobre la ley y las aspiraciones de la juventud.

TEMA 20: Moral de comunión (págs. 210-222 del libro)

Proclamación de los textos de Juan 13, 34 y 1 Juan 14, 20-25.

Lluvia de ideas sobre el Amor que Jesús vive y proclama.

Fotolenguaje: se distribuyen en tres grupos. A cada grupo se le entrega un conjunto de fotografías o revistas y una tira de papel con una frase:

Grupo 1.º: El Amor de Dios es un amor primero (da el primer paso).

Grupo 2.º: El Amor de Dios es un amor de balde (no pide nada a cambio).

Grupo 3.º: El Amor de Dios es un amor sin fronteras (incluso al enemigo).

Cada una de las paredes del recinto o sala se dedica a cada uno de los grupos para que peguen la frase y las fotos que seleccionen. La cuarta pared tiene sólo una frase que la pone el catequista y que dice: “AMAOS UNOS A OTROS COMO YO OS HE AMADO”.

TEMA 21: Moral de corazones nuevos (págs. 222-228 del libro)

Buscar en el Nuevo Testamento los siguientes textos y distribuirlos en tres grupos:

- Filipenses 2, 3-5.
- 1 Corintios 13, 1-3.
- Mateo 5, 43-48.

El catequista señala cómo el hombre nuevo que nace del agua y del Espíritu Santo cree, espera y ama. La explicación del catequista y la de los grupos sobre los tres textos abre paso a la proyección del montaje audiovisual: “Las Bienaventuranzas de chavales que saben elegir”. Editorial Tres Medios.

Se concluye la sesión con un coloquio sobre el audiovisual, que sirve de resumen a todo el capítulo (sesiones 17 a 21).

TEMA 22: Tu encuentro con Cristo (págs. 229-241 del libro)

Celebración penitencial:

Se lee el libro y el catequista plantea la pregunta: “¿Qué nos falta para ser cristianos de verdad?”. El examen de conciencia se dirige con preguntas que el catequista previamente ha preparado de acuerdo con lo que el grupo ha ido sugiriendo a lo largo de la catequesis.

— Lectura bíblica: Juan 4, 10-14.

— Homilía del sacerdote.

— Confesión individual, Absolución individual.

— Acción de gracias: expresadas espontáneamente por los catequizandos y que se concluye con el Padre Nuestro y un canto.

TEMA 23: Compromiso y oración (págs. 241-258 del libro)

Este tema puede orientarse hacia algo que es sumamente importante en la catequesis juvenil: al intercambio de experiencias de fe. Al joven hay que invitarle a que comunique a otros sus experiencias de oración y de compromiso. Para que en la intercomunicación salga de todo, el catequista les resumirá (no leerá) las páginas del libro y les motivará a que sean testigos de la oración y del compromiso unos con otros.

El catequista motivará, subrayará, enfatizará, pero sobre todo en este tema debe dejar que hablen los catequizandos.

Se terminará la sesión rezando juntos el modelo de toda oración cristiana: Padre Nuestro.

TEMA 24: De cara al futuro (págs. 258-268 del libro)

Para esta sesión es conveniente invitar a un sacerdote, un religioso o religiosa, un laico, padre o madre de familia, un joven.

Panel de expertos: con esta dinámica de grupos se plantea una pregunta a los “expertos”. “¿Cómo seguís a Jesucristo?”; “¿Cuál es vuestro testimonio ante estos jóvenes que se plantean la pregunta del cómo?”. Tras la exposición de cada “experto” se abre un diálogo general.